

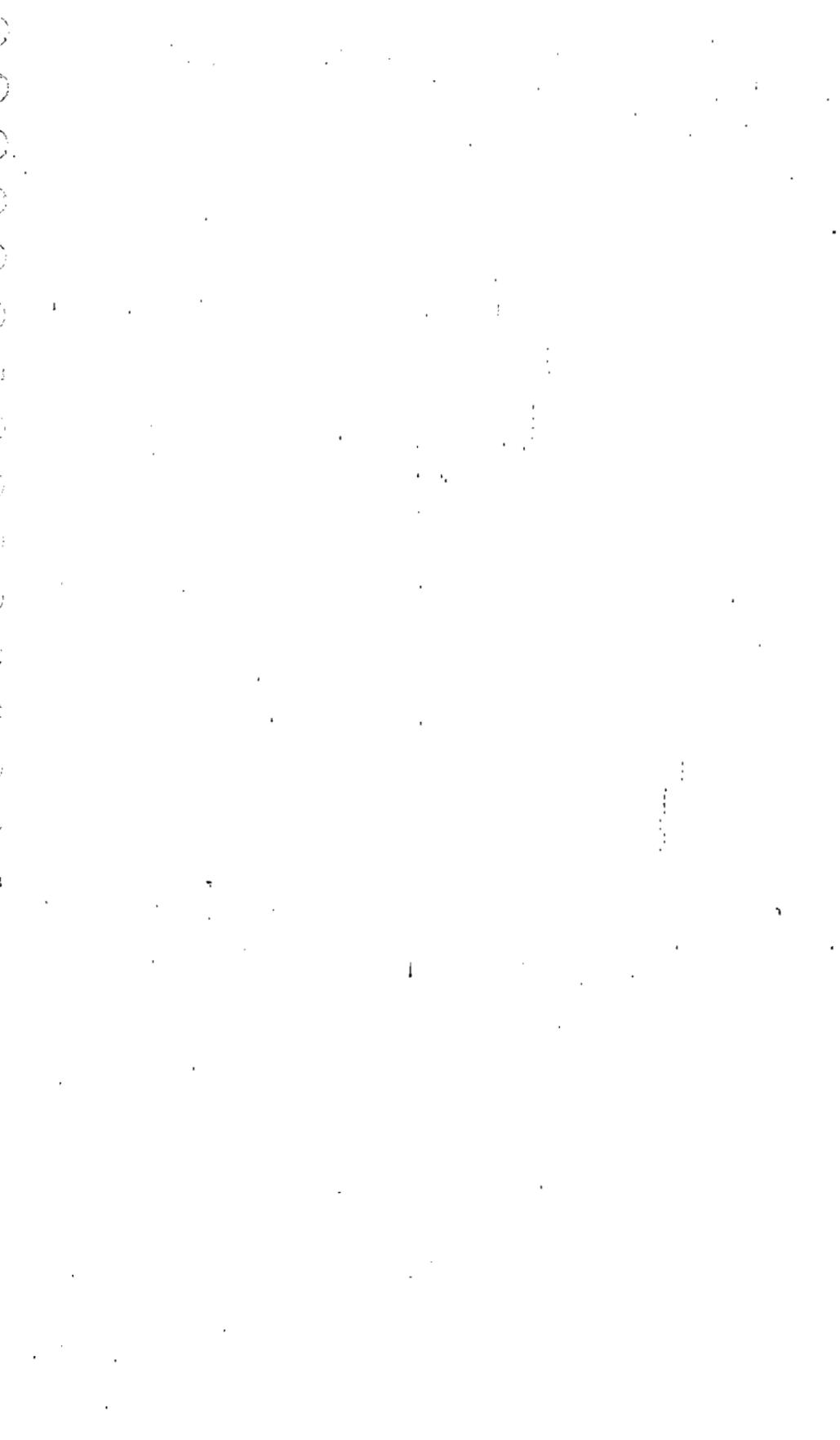
# La otra mirada

Antología del microrrelato hispánico

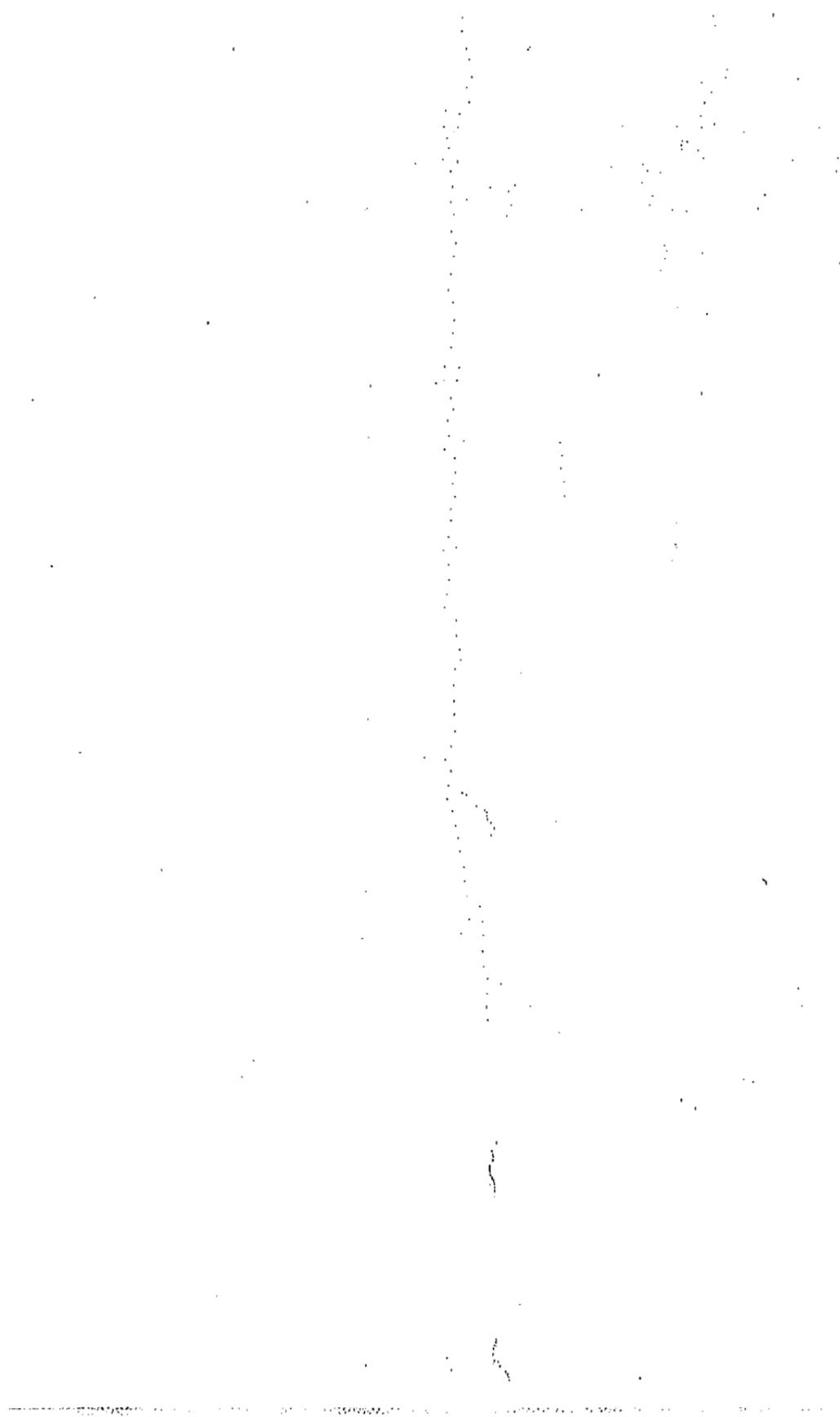
EDICIÓN DE DAVID LAGMANOVICH



menos**cuarto**



*Precursores e iniciadores*



RUBÉN DARÍO

## Naturaleza muerta

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltaban con su lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas de té.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo: peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugó y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado y las uvas de cristal.

RUBÉN DARÍO

## El nacimiento de la col

En el paraíso terrenal, en el día luminoso en que las flores fueron creadas, y antes de que Eva fuese tentada por la serpiente, el maligno espíritu se acercó a la más linda rosa nueva en el momento en que ella tendía, a la caricia del celeste sol, la roja virginidad de sus labios.

—Eres bella.

—Lo soy —dijo la rosa.

—Bella y feliz —prosiguió el diablo—. Tienes el color, la gracia y el aroma. Pero...

—¿Pero?...

—No eres útil. ¿No miras esos altos árboles llenos de bellotas? Ésos, a más de ser frondosos, dan alimento a muchedumbres de seres animados que se detienen bajo sus ramas. Rosa, ser bella es poco...

La rosa entonces —tentada como después lo sería la mujer— deseó la utilidad, de tal modo que hubo palidez en su púrpura.

Pasó el buen Dios después del alba siguiente.

—Padre —dijo aquella princesa floral, temblando en su perfumada belleza—, ¿queréis hacerme útil?

—Sea, hija mía —contestó el Señor, sonriendo.

Y entonces vio el mundo la primera col.

LEOPOLDO LUGONES

## Mr. Bergeret

[1924]

Quizá, propuso el célebre profesor, con la cautela de quien se arriesga y no a formular una teoría — quizá la idea de Dios proviene de la invención del espejo. Cuando el hombre pudo ver su imagen, comprendió la posibilidad de que existieran seres reales e incorpóreos a la vez. En suma, todo lo sobrenatural está ahí. Aquello explica el don de ubicuidad, y hasta el misterio de la trinidad inclusive. En el espejo, soy simultáneamente uno y doble. Basta un sencillo bisel para transformarme en trino y uno...

LEOPOLDO LUGONES

## El espíritu nuevo

[1924]

En un barrio mal afamado de Jafa, cierto discípulo anónimo de Jesús, disputaba con las cortesanas.

—La Magdalena se ha enamorado del rabí —dijo una.

—Su amor es divino —replicó el hombre.

—¿Divino?... ¿Me negarás que adora sus cabellos blondos, sus ojos profundos, su sangre real, su saber misterioso, su dominio sobre las gentes — su belleza, en fin?

—No cabe duda; pero lo ama sin esperanza, y por esto es divino su amor.

ALFONSO REYES

## Los relinchos

[1917]

Se han poblado de relinchos las calles, el campo y los desmontes vecinos. ¡Gran fiesta para los caballos! Casi ni les ha faltado la alegría de los dioses: comer carne humana.

Los relinchos.

¡Potros piafantes de la vida! En la mitología y la pintura, el mar y la luz y los vientos y los santos vienen a caballo.

¡Potros piafantes de la muerte! En la superstición y la pintura, la guerra y la peste y el diablo y las cosas fatídicas vienen a caballo pisando cráneos.

Los relinchos.

Hay relinchos que van al paso, de gran parada; otros, incómodos, que trotan; relinchos ligeros, que galopan; y relinchos desgarrados que huelen a viento y a pólvora. Dejan regueros de chispas en el aire. Hay relinchos extáticos, de estatua de bronce que canta con el sol.

Los relinchos suben desde la calle burguesa, como llamaradas de selva virgen. O como recuerdos del vivac. (La tienda, la noche, los dados sobre el tambor.) Suben, y rompen con sus pezuñas las vidrieras, y se andan por toda la casa. Nos abren el corazón con sus tajos metálicos.

Cohetes del alma del caballo, unos corren por el suelo como buscapiés. Otros suben, rectos, y estallan como una palmera momentánea de oro.

Los relinchos.

ALFONSO REYES

## Sentimiento espectacular

[1937]

Los periódicos y la gente hablan de algunos muertos y heridos. Es que, teniendo un arma en la mano, la tentación es grande. Y apedrear tranvías es un instinto como el de apedrear conejos. Aparte de que el vidrio y la piedra son enemigos de suyo. Todos los cantos están clamando por caer sobre todos los tejados de vidrio.

Salvo en el crimen pasional, los demás delitos no tienen relación con la ética; son amorales, inocentes, casi extraños a la noción del bien y del mal. Yo tengo un cañón: frente a mí se yergue una torre. ¿Cómo desistir de hacer blanco? Yo tengo unos buenos puños que Dios me dio: hacia mí adelanta un guardia, etcétera.

Muchos desmanes se cometen por el puro gusto de hacer blanco. La prueba es que se siente alegría al oír un disparo: ¿Le dio? ¿No le dio?

Y es lástima que la gente sufra cuando la hieren o se muera cuando la matan. Porque sería agradable ensayar...

JULIO TORRI

## A Circe

[1917]

¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

JULIO TORRI

## El descubridor

[1940]

A semejanza del minero es el escritor: explota cada intuición como una cantera. A menudo dejará la dura faena pronto, pues la veta no es profunda. Otras veces dará con rico yacimiento del mejor metal, del oro más esmerado. ¡Qué penoso espectáculo cuando seguimos ocupándonos en un manto que acabó ha mucho! En cambio, ¡qué fuerza la del pensador que no llega ávidamente hasta colegir la última conclusión posible de su verdad, esterilizándola; sino que se complace en mostrarnos que es ante todo un descubridor de filones y no mísero barrendero al servicio de codiciosos accionistas!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## De sangre seca

Una bella albina señora de Maryland me regaló la noche de Navidad, que es la de mi cumpleaños, una magnífica flor blanca y sin nombre, una flor que duraba, que vivía sólo una noche, aquella noche precisamente.

“¡Maldita sea usted!”, le dije. “¿Por qué no pensó usted, antes de arrancarla, en todo lo que tendría que hacer esta hermosa flor en esta hermosa noche única de su vida? Y yo, ahora, ¿qué voy a hacer con ella sin saber nada de sus necesidades ni de sus caprichos?”.

Puse la flor en el jardín. Por la mañana sólo encontré sobre la yerba una mancha de sangre seca.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## El recto

Tenía la heroica manía bella de lo derecho, lo recto, lo cuadrado. Se pasaba el día poniendo bien, en exacta correspondencia de líneas, cuadros, muebles, alfombras, puertas, biombos. Su vida era un sufrimiento acerbo y una espantosa pérdida. Iba detrás de familiares y criados, ordenando paciente e impaciente lo desordenado. Comprendía bien el cuento del que se sacó una muela sana de la derecha porque tuvo que sacarse una dañada de la izquierda.

Cuando se estaba muriendo, suplicaba a todos con voz débil que le pusieran exacta la cama en relación con la cómoda, el armario, los cuadros, las cajas de las medicinas.

Y cuando murió y lo enterraron, el enterrador le dejó torcida la caja en la tumba para siempre.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## La niña

La niña llegó en el barco de carga. Tenía la naricilla gorda, hinchada, y los ojos de otro color que los suyos. En el pecho le habían puesto una tarjeta que decía: "Sabe hablar algunas palabras en español. Quizá alguien español la quiera".

La quiso un español y se la llevó a su casa. Tenía mujer y seis hijos, tres nenas y tres niños.

—¿Y qué sabes decir en español, vamos a ver?

La niña miraba al suelo.

—¿Ser *nice*? —Y todos se reían—. Me *custa* el *socolate*. —Y todos se burlaban.

La niña cayó enferma. "No tiene nada", decía el médico. Pero se estaba muriendo. Una madrugada, cuando todos estaban dormidos y algunos roncando, la niña se sintió morir. Y dijo:

—Me muero. ¿Está bien dicho?

Pero nadie la oyó decir eso. Ni ninguna cosa más. Porque al amanecer la encontraron muda, *muerta* en español.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## ¡Abrió los ojos!

Abrió los ojos. (Había estado tirado en su butaca toda la mañana fea, durmiendo su largo, desesperado hastío.)

Las cuatro paredes de su cuarto estaban oscuras de tanto deslumbre. Una ventanita cuadrada cortaba el cuadro resplandeciente. Un cielo azul limpio, casas radiantes de sol y sombra, una plaza llena de jentes gritando y corriendo.

“Ésa es la vida, sal”, le dijeron seres oscuros por dentro de su sangre.

Y se tiró por la ventana.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## Cuentos largos

¡Cuentos largos! ¡Tan largos! ¡De una página! ¡Ay, el día en que los hombres sepamos todos agrandar una chispa hasta el sol que un hombre les dé concentrado en una chispa; el día en que nos demos cuenta de que nada tiene tamaño, y que, por lo tanto, basta lo suficiente; el día en que comprendamos que nada vale por sus dimensiones —y así acaba el ridículo que vio Micromegas y que yo veo cada día—; y que un libro puede reducirse a la mano de una hormiga porque puede amplificarlo la idea y hacerlo universo!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

## Él y él mismo

Detenido por la policía, sostenía ante todos que se había ido a América en el vapor *Suntanton*.

Se telegrafió al puerto de Dakar, y de allí contestaron que, en efecto, a bordo iba un caballero con aquel nombre y aquellas señas personales.

“Devuélvanlo península”, fue el telegrama de la policía.

Así la expectación que había en el puerto el día de la llegada del otro, que era él mismo, que le esperaba acordonado de gendarmes, sobrepasaba lo imaginable y las filas primeras de los espectadores caían constantemente al agua y se ahogaban.

El otro avanzó por la pasarela, y al llegar al que era él mismo, le abrazó y los dos quedaron convertidos en uno solo.

Entonces el “reintegrado” dijo a la policía:

—¡Lo ven!

## Yo vi matar a aquella mujer

En la habitación iluminada de aquel piso vi matar a aquella mujer.

El que la mató, le dio veinte puñaladas, que la dejaron convertida en un palillero.

Yo grité. Vinieron los guardias.

Mandaron abrir la puerta en nombre de la ley, y nos abrió el mismo asesino, al que señalé a los guardias diciendo:

—Éste ha sido.

Los guardias lo esposaron y entramos en la sala del crimen. La sala estaba vacía, sin una mancha de sangre siquiera.

En la casa no había rastro de nada, y además no había tenido tiempo de ninguna ocultación esmerada.

Ya me iba, cuando miré por último a la habitación del crimen, y vi que en el pavimento del espejo del armario de luna estaba la muerta, tirada como en la fotografía de todos los sucesos, enseñando las ligas de recién casada con la muerte.

—Vean ustedes —dije a los guardias—. Vean... El asesino la ha tirado al espejo, al trasmundo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

## Sueño del violinista

Siempre había sido el sueño del gran violinista tocar debajo del agua para que se oyese arriba, creando los nenúfares musicales.

En el jardín abandonado y silente y sobre las aguas verdes, como una sombra en el agua, se oyeron unos compases de algo muy melancólico que se podía haber llamado "La alegría de morir", y después de un último "glu glu" salió flotante el violín como un barco de los niños que comenzó a bogar desorientado.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

## El ilusionista

En el despacho de la Dirección del Circo se presentó una tarde un hombre flacucho, con tipo de cesante y de gato disecado.

El director le preguntó que qué hacía. Él dijo que era ilusionista, y que hacía desaparecer los objetos y las personas.

El gordo director, que jugaba con la moneda de un dije, como si con ella en la mano estuviese pensando una jugada sobre el tapete verde, le dijo riendo:

—¿A que no me hace usted desaparecer a mí?

El ilusionista se desabotonó los puños de la americana y de la camisa, sacó el lápiz largo que era su varita mágica y dando un golpecito en la calva al director le hizo desaparecer. Después se quedó pensativo y resolvió no volverle a hacer aparecer.

Desde entonces es el director del circo el ilusionista.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

## Cuando nos ahogó una cortina

Alguna vez hemos estado como fuera de la vida, en el espacio laberíntico entre la vida y la muerte, y fue cuando nos envolvió una cortina o bien se nos desprendió encima o porque no supimos encontrar la salida entre sus grandes pliegues.

Envueltos en la cortina y rizados en su rizo nos perdimos en un interregno entre ópera y baile de máscaras, entre negro y blanco, sin saber qué podía ser de nosotros, en manos del verdugo de terciopelo.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

## Mi pecado

Era el tiempo en que las amadas salían del baño con las puntas de la cabellera goteando constelaciones. Tiempo difunto en que se sentaban a la mesa con los hombros cubiertos por una toalla para defenderse de la humedad. Tiempo en que una hirviente escala solar se descolgaba por el tragaluz, incendiando las rojas mayúsculas del mantel. Hambre' ingente y anhelos frugales. Pero luego, a poco andar, el hambre física se trasladará a los planteles del espíritu, cambiando la temerosa legumbre en los gajos de la insaciable voluptuosidad.

Por zurdo cálculo me acerqué a la segunda de las hijas de aquel notario. Desde la siniestra imparcialidad con que estoy mirándola, me confieso traidor, egoísta y necio. En las efemérides de mi flaqueza, es ella, en realidad, mi único pecado.

La aproveché mientras duró la comodidad de mi conciencia. Al sentirme incómodo, la saqué del calor de mis entrañas y la solté sobre el invierno. Casi no se quejó. Lancé su corazón con la ceguera desalmada con que los niños lanzan el trompo. Hoy, castigándome la cuerda los dedos, la dignidad de su martirio me echa en cara la más hueca de mis faltas.

Me faltó personalidad. De la interferencia de nuestras vidas, salí deshonrado. A partir de entonces hay alguien que puede hablarme de arriba abajo. En el sol y en las estrellas he indagado por una reparación, no ante ella, que quizá me despreciaría, sino ante mí mismo. Mas la noche y el día me esconden el emblema de la expiación.

Viejo pecado, que en este instante rezarás o coserás: si eres expiable, te ofrezco mi voluntad de permanecer inferior a ti. Quiero hablarte siempre desde abajo. Mi iniquidad rayó tu horóscopo diamantino con una estría de duelo. Viejo pecado, que en este instante cantarás dentro del vaho de la tarde lluviosa: conserva en rehènes mi deshonor.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

## Eva

Porque tu pecado sirve a maravilla para explicar el horror de la Tierra, mi amor, creciente cada año, se desboca hacia ti, Madre de las víctimas. Tu corazón, consanguíneo del de la pantera y del del ruiseñor, enloqueciéndose ante la ira de Jehová, que te produjo falible y condenable, se desenfrenó con la congoja sumada de los siglos. La espada flamígera te impidió mirar el laicismo pedestre que habría de convertir al verdugo de Abel en símbolo de la energía y de la perseverancia. Pon mi desnudez al amparo de la tuya, con el candor aciago con que ceñiste el filial cadáver cruento. Mi amor te circuye con tal estilo, que cuando te sentiste desnuda, en vez de apelar al follaje de la vid, pudieras haber curvado tu brazo por encima de los milenios para pescar mi corazón. Yo te conjuro, a fin de que vengas, desde la intemperie de la expulsión, a agasajar la inocencia de mis ojos con el arquetipo de tu carne. Puedo merecerlo, por haber llevado la vergüenza alícuota que me viene de ti, con la ufanía de los pigmeos que, en la fábula de nieve, conducen el cadáver cuyas blancas encías envenenó la fruta falaz.

VICENTE HUIDOBRO

## La joven del abrigo largo

Cruza todos los días la plaza en el mismo sentido.

Es hermosa. Ni alta ni baja, tal vez un poco gruesa. Grandes ojos, nariz regular, boca de fruta madura que azucara el aire y que no quiere caer de la rama.

Sin embargo, tiene un gesto amargado y siempre lleva un abrigo largo y suelto. Aunque haga un calor excepcional. Esa prenda no cae jamás de su cuerpo. Invierno y verano, más grueso o más delgado, siempre el sobretodo como escondiendo algo. ¿Es que ella es tímida? ¿Es que tiene vergüenza de tanta calle inútil?

¿Ese abrigo es la fortaleza de un secreto sentimiento de inferioridad? No sería raro. Por eso tiene un estilo arquitectónico que no sabría definir, pero que, seguramente, cualquier arquitecto conoce.

Tal vez tiene el talle muy alto o muy bajo, o no tiene cintura. Tal vez quiere ocultar un embarazo demasiado largo, de algunos años. O será para sentirse más sola o para que todas sus células puedan pensar mejor. Saborea un recuerdo adentro de ese claustro lejos del mundo.

Acaso quiere sólo ocultar que su padre cometió un crimen cuando ella tenía quince años.

VICENTE HUIDOBRO

## Tragedia

María Olga es una mujer encantadora. Especialmente la parte que se llama Olga.

Se casó con un mocetón grande y fornido, un poco torpé, lleno de ideas honoríficas, reglamentadas como árboles de paseo.

Pero la parte que ella casó era su par e que se llamaba María. Su parte Olga permanecía soltera y luego tomó un amante que vivía en adoración ante sus ojos.

Ella no podía comprender que su marido se enfureciera y le reprochara infidelidad. María era fiel, perfectamente fiel. ¿Qué tenía él que meterse con Olga? Ella no comprendía que él no comprendiera. María cumplía con su deber, la parte Olga adoraba a su amante.

¿Era ella culpable de tener un nombre doble y de las consecuencias que esto puede traer consigo?

Así, cuando el marido cogió el revólver, ella abrió los ojos enormes, no asustados, sino llenos de asombro, por no poder entender un gesto tan absurdo.

Pero sucedió que el marido se equivocó y mató a María, a la parte suya, en vez de matar a la otra. Olga continuó viviendo en brazos de su amante, y creo que aún sigue feliz, muy feliz, sintiendo sólo que es un poco zurda.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

## Un paciente en disminución

El señor Ga había sido tan asiduo, dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba a llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y "meneando con grave modo" la cabeza resolvió: "Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario, a un cirujano".

MACEDONIO FERNÁNDEZ

[Sin título]

—Mujer, ¿cuánto te ha costado esta espumadera?

—1,90.

—¿Cómo, tanto? ¡Pero es una barbaridad!

—Sí; es que los agujeros están carísimos. Con esto de la guerra se aprovechan de todo.

—¡Pues la hubieras comprado sin ellos!

—Pero entonces sería un cucharón y ya no serviría para espumar.

—No importa; no hay que pagar de más. Son artificios del mercado de agujeros.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

[Aforismos]

Toda vez que se ha intentado la definición de la locura, buena parte de la cordura quedó abarcada en la definición.

\* \* \*

Un bombero es un mojadador de fuegos, un incomodador de incendios, un abreviador de las fiestas de catástrofe en el barrio.

\* \* \*

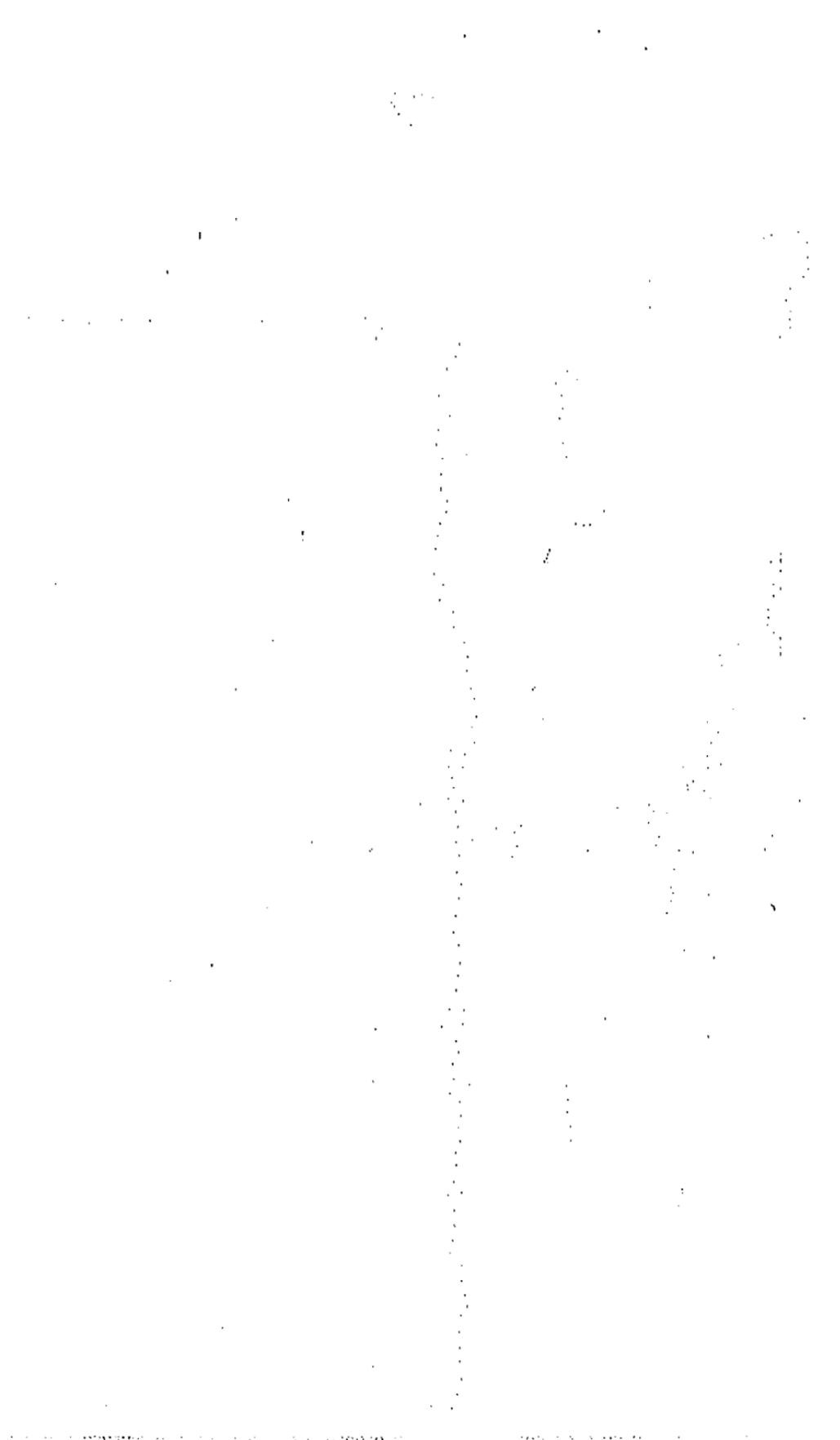
Se exagera mucho sobre aumento de la locura: en una sala donde sólo están dos personas nunca hay más de dos locos.

\* \* \*

Con agua que no ahogue y vino que no trastorne cualquiera hace buen mundo.

\* \* \*

Al español o se le mata o no queda ningún modo de impedir ser salvados por él.



*Los clásicos del microrrelato*



JUAN JOSÉ ARREOLA

## De un viajero

En el vientre de la ballena, Jonás encuentra a un desconocido y le pregunta:

—Perdone usted, ¿por dónde está la salida?

—Eso depende... ¿A dónde va usted?

Jonás volvió a dudar entre las dos ciudades y no supo qué responder.

—Mucho me temo que ha tomado usted la ballena equivocada...

Y sonriendo con dulzura, el desconocido se disipó blandamente hacia el abismo intestinal.

Vomitado poco después como un proyectil desde la costa, Jonás fue a estrellarse directamente contra los muros de Nínive. Pudo ser identificado porque entre sus papeles proféticos llevaba un pasaporte en regla para dirigirse a Tartessos.

JUAN JOSÉ ARREOLA

## Camélidos

El pelo de la llama es de impalpable suavidad, pero sus tenues guedejas están cinceladas por el duro viento de las montañas, donde ella se pasea con arrogancia, levantando el cuello esbelto para que sus ojos se llenen de lejanía, para que su fina nariz absorba todavía más alto la destilación suprema del aire enrarecido.

Al nivel del mar, apegado a una superficie ardorosa, el camello parece una pequeña góndola de asbesto que rema lentamente y a cuatro patas el oleaje de la arena, mientras el viento desértico golpea el macizo velamen de sus jorobas.

Para el que tiene sed, el camello guarda en sus entrañas rocosas la última veta de humedad; para el solitario, la llama afelpada, redonda y femenina, finge los andares y la gracia de una mujer ilusoria.

JUAN JOSÉ ARREOLA

## De *L'Osservatore*

A principios de nuestra Era, las llaves de San Pedro se perdieron en los suburbios del Imperio Romano. Se suplica a la persona que las encuentre, tenga la bondad de devolverlas inmediatamente al Papa reinante, ya que desde hace más de quince siglos las puertas del Reino de los Cielos no han podido ser forzadas con ganzúas.

JUAN JOSÉ ARREOLA

## Alarma para el año 2000

¡Cuidado! Cada hombre es una bomba a punto de estallar. Tal vez la amada hace explosión en brazos de su amante. Tal vez...

Ya nadie puede ser vejado ni aprehendido. Todos se niegan a combatir. En los más apartados rincones de la tierra, resuena el estrépito de los últimos descontentos.

El tuétano de nuestros huesos está debidamente saturado. Cada fémur y cada falange es una cápsula explosiva que se opera a voluntad. Basta con apoyar fuertemente la lengua contra la bóveda palatina y hacer una breve reflexión colérica... 5, 4, 3, 2, 1... el índice de adrenalina aumenta, se modifica el quimismo de la sangre y ¡cataplum! Todo desaparece en derredor.

Cae después una ligera llovizna de ceniza. Pequeños grumos viscosos flotan en el aire. Fragmentos de telaraña con leve olor nauseabundo como el bromo: son los restos del hombre que fue.

No hay más remedio que amarnos apasionadamente los unos a los otros.

JUAN JOSÉ ARREOLA

## Cuento de horror

La mujer que amé se ha convertido en fantasma. Yo soy el lugar de las apariciones.

JORGE LUIS BORGES

## Borges y yo

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme, definitivamente, y sólo algún instante de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy cediéndole todo, aunque me consta su perversa costumbre de falsear y magnificar. Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser: la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos

en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra. Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro.

No sé cuál de los dos escribe esta página.

JORGE LUIS BORGES

## *Argumentum ornithologicum*

Cierro los ojos y veo una bandada de pájaros. La visión dura un segundo o acaso menos; no sé cuántos pájaros vi. ¿Era definido o indefinido su número? El problema involucra el de la existencia de Dios. Si Dios existe, el número es definido, porque Dios sabe cuántos pájaros vi. Si Dios no existe, el número es indefinido, porque nadie pudo llevar la cuenta. En tal caso, vi menos de diez pájaros (digamos) y más de uno, pero no vi nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres o dos pájaros. Vi un número entre diez y uno, que no es nueve, ocho, siete, seis, cinco, etcétera. Ese número entero es inconcebible; *ergo*, Dios existe.

JORGE LUIS BORGES

## Juan López y John Ward

Les tocó en suerte una época extraña.

El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras.

López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil; Ward, en las afueras de la ciudad por la que caminó Father Brown. Había estudiado castellano para leer el *Quijote*.

El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en un aula de la calle Viamonte.

Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel.

Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen.

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender.

JORGE LUIS BORGES

## Nota para un cuento fantástico

En Wisconsin o en Texas o en Alabama los chicos juegan a la guerra y los dos bandos son el Norte y el Sur. Yo sé (todos lo saben) que la derrota tiene una dignidad que la ruidosa victoria no merece, pero también sé imaginar que ese juego, que abarca más de un siglo y un continente, descubrirá algún día el arte divino de destejer el tiempo o, como dijo Pietro Damiano, de modificar el pasado.

Si ello acontece, si en el decurso de los largos juegos el Sur humilla al Norte, el hoy gravitará sobre el ayer y los hombres de Lee serán vencedores en Gettysburg en los primeros días de julio de 1863 y la mano de Donne podrá dar fin a su poema sobre las transmigraciones de un alma y el viejo hidalgo Alonso Quijano conocerá el amor de Dulcinea y los ocho mil sajones de Hastings derrotarán a los normandos, como antes derrotaron a los noruegos, y Pitágoras no reconocerá en un pórtico de Argos el escudo que usó cuando era Euforbo.

JORGE LUIS BORGES

## La trama

Para que su horror sea perfecto, César, acosado al pie de una estatua por los impacientes puñales de sus amigos, descubre entre las caras y los aceros la de Marco Junio Bruto, su protegido; acaso su hijo, y ya no se defiende y exclama: *¡Tú también, hijo mío!* Shakespeare y Quevedo recogen el patético grito.

Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías; diecinueve siglos después, en el sur de la provincia de Buenos Aires, un gaucho es agredido por otros gauchos y, al caer, reconoce a un ahijado suyo y le dice con mansa reconvención y lenta sorpresa (estas palabras hay que oír las, no leerlas): *¡Pero, che!* Lo matan y no sabe que muere para que se repita una escena.

JULIO CORTÁZAR

## Cortísimo metraje

Automovilista en vacaciones recorre las montañas del centro de Francia, se aburre lejos de la ciudad y de la vida nocturna. Muchacha le hace el gesto usual del auto-stop, tímidamente pregunta si dirección Beaune o Tournus. En la carretera unas palabras, hermoso perfil moreno que pocas veces pleno rostro, lacónicamente a las preguntas del que ahora, mirando los muslos desnudos contra el asiento rojo. Al término de un viraje el auto sale de la carretera y se pierde en lo más espeso. De reojo sintiendo como cruza las manos sobre la minifalda mientras el terror poco a poco. Bajo los árboles una profunda gruta vegetal donde se podrá, salta del auto, la otra portezuela y brutalmente por los hombros. La muchacha lo mira como si no, se deja bajar del auto sabiendo que en la soledad del bosque. Cuando la mano por la cintura para arrastrarla entre los árboles, pistola del bolso y a la sien. Después billetera, verifica bien llena, de paso roba el auto que abandonará algunos kilómetros más lejos sin dejar la menor impresión digital porque en ese oficio no hay que descuidarse.

JULIO CORTÁZAR

## Nos podría pasar, me crea

El *verba volant* les parece más o menos aceptable, pero lo que no pueden tolerar es el *scripta manent*, y ya van miles de años de manera que calcule. Por eso aquel mandamás recibió con entusiasmo la noticia de que un sabio bastante desconocido había inventado el tirón de la piolita y se lo vendía casi gratis porque al final de su vida se había vuelto misántropo. Lo recibió el mismo día y le ofreció té con tostadas, que es lo que conviene ofrecer a los sabios.

—Seré conciso —dijo el invitado—. A usted la literatura, los poemas y esas cosas, ¿no?

—Eso, doctor —dijo el mandamás—. Y los panfletos, los diarios de oposición, toda esa mierda.

—Perfecto, pero usted se dará cuenta de que el invento no hace distingos, quiero decir que su propia prensa, sus plumíferos.

—Qué le vamos a hacer, de cualquier modo salgo ganando si es verdad que.

—En ese caso —dijo el sabio sacando un aparatito del chaleco—. La cosa es facilísima. ¿Qué es una palabra sino una serie de letras, y qué es una letra sino una línea que forma un dibujo dado? Ahora que estamos de acuerdo yo aprieto este botoncito de nácar y el aparato desen-

cadena el tirón que actúa en cada letra y la deja planchada y lisa, una piolita horizontal de tinta. ¿Lo hago?

—Hágalo, carajo —bramó el mandamás.

El diario oficial, sobre la mesa, cambió vistosamente de aspecto: páginas y páginas de columnas llenas de rayitas como un morse idiota que solamente dijera \_\_\_\_\_

—Échele un vistazo a la enciclopedia Espasa —dijo el sabio, que no ignoraba la sempiterna presencia de ese artefacto en los ambientes gubernativos. Pero no fue necesario porque ya sonaba el teléfono, entraba a los saltos el ministro de cultura, la plaza llena de gente, esa noche en todo el planeta ni un solo libro impreso, ni una sola letra perdida en el fondo de un cajón de tipografía.

Yo pude escribir esto porque soy el sabio, y además porque no hay regla sin excepción.

JULIO CORTÁZAR

## Elecciones insólitas

No está convencido.

No está para nada convencido.

Le han dado a entender que puede elegir entre una banana, un tratado de Gabriel Marcel, tres pares de calcetines de nilón, una cafetera garantida, una rubia de costumbres elásticas, o la jubilación antes de la edad reglamentaria, pero sin embargo no está convencido.

Su reticencia provoca el insomnio de algunos funcionarios, de un cura y de la policía local.

Como no está convencido, han empezado a pensar si no habría que tomar medidas para expulsarlo del país.

Se lo han dado a entender, sin violencia, amablemente.

Entonces ha dicho: "En ese caso, elijo la banana".

Desconfían de él, es natural.

Hubiera sido mucho más tranquilizador que eligiese la cafetera, o por lo menos la rubia.

No deja de ser extraño que haya preferido la banana.

Se tiene la intención de estudiar nuevamente el caso.

JULIO CORTÁZAR

## The canary murder case II

Es terrible, mi tía me invita a su cumpleaños, yo le compro un canario de regalo, llego y no hay nadie, mi almarraque es defectuoso, al volver el canario canta a chorros en el tranvía, los pasajeros entran en amok, le saco boleto al animal para que lo respeten, al bajarme le doy con la jaula en la cabeza a una señora que se vuelve toda dientes, llego a casa bañado en alpiste, mi mujer se ha ido con un escribano, caigo rígido en el zaguán y aplasto al canario, los vecinos claman por la ambulancia y se lo llevan en una tablita, me quedo toda la noche tirado en el zaguán comiéndome el alpiste y oyendo el teléfono en la sala, debe ser mi tía que llama y llama para que no vaya a olvidarme de su cumpleaños, ella siempre cuenta con mi regalo, pobre tía.

JULIO CORTÁZAR

## Amor 77

Y después de hacer todo lo que hacen se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se visten, y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son.

AUGUSTO MONTERROSO

## La tela de Penélope, o quién engaña a quién

Hace muchos años vivía en Grecia un hombre llamado Ulises (quien a pesar de ser bastante sabio era muy astuto), casado con Penélope, mujer bella y singularmente dotada cuyo único defecto era su desmedida afición a tejer, costumbre gracias a la cual pudo pasar sola largas temporadas.

Dice la leyenda que en cada ocasión en que Ulises con su astucia observaba que a pesar de sus prohibiciones ella se disponía una vez más a iniciar uno de sus interminables tejidos, se le podía ver por las noches preparando a hurtadillas sus botas y una buena barca, hasta que sin decirle nada se iba a recorrer el mundo y a buscarse a sí mismo.

De esta manera ella conseguía mantenerlo alejado mientras coqueteaba con sus pretendientes, haciéndoles creer que tejía mientras Ulises viajaba y no que Ulises viajaba mientras ella tejía, como pudo haber imaginado Homero, que, como se sabe, a veces dormía y no se daba cuenta de nada.

AUGUSTO MONTERROSO

## La Oveja negra

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

AUGUSTO MONTERROSO

## Vaca

Cuando iba el otro día en el tren me erguí de pronto feliz sobre mis dos patas y empecé a manotear de alegría y a invitar a todos a ver el paisaje y a contemplar el crepúsculo que estaba de lo más bien. Las mujeres y los niños y unos señores que detuvieron su conversación me miraban sorprendidos y se reían de mí pero cuando me senté otra vez silencioso no podían imaginar que yo acababa de ver alejarse lentamente a la orilla del camino una vaca muerta muertita sin quien la enterrara ni quien le editara sus obras completas ni quien le dijera un sentido y lloroso discurso por lo buena que había sido y por todos los chorritos de humeante leche con que contribuyó a que la vida en general y el tren en particular siguieran su marcha.

AUGUSTO MONTERROSO

## La brevedad

Con frecuencia escucho elogiar la brevedad y, provisionalmente, yo mismo me siento feliz cuando oigo repetir que lo bueno, si breve, dos veces bueno.

Sin embargo, en la sátira 1, I, Horacio se pregunta, o hace como que le pregunta a Mecenas, por qué nadie está contento con su condición, y el mercader envidia al soldado y el soldado al mercader. Recuerdan, ¿verdad?

Lo cierto es que el escritor de brevedades nada anhela más en el mundo que escribir interminablemente largos textos, largos textos en que la imaginación no tenga que trabajar, en que hechos, cosas, animales y hombres se crucen, se busquen o se huyan, vivan, convivan, se amen o derramen libremente su sangre sin sujeción al punto y coma, al punto.

A ese punto que en este instante me ha sido impuesto por algo más fuerte que yo, que respeto y que odio.

AUGUSTO MONTERROSO

## El dinosaurio

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

MARCO DENEVI

## Teoría sobre Barranca Yaco

Durante muchos años el capitán Santos Pérez esperó a Facundo Quiroga (cuando Quiroga era todavía un joven arrebatado) en Barranca Yaco. Pero Quiroga se cuidaba muy bien de pasar por allí. Lejos de Barranca Yaco cosechó un triunfo tras otro. La gloria y el poder lo envalentaron. Terminó por creer que Barranca Yaco no existía, que era un sueño, una superstición, un mito creado por antiguos terrores juveniles ya vencidos. Desde entonces anduvo despreocupadamente por todas partes y, en una de esas, pasó (cuando ya contaba cuarenta y dos años) por Barranca Yaco y allí seguía esperándolo el capitán Santos Pérez con su partida de asesinos.

MARCO DENEVI

## La verdad sobre el canario

En estado salvaje era verde y no cantaba. Domesticado, preso en una jaula, se ha vuelto amarillo y gorjea como una soprano.

Que alguien atribuya esos cambios a la melancolía del encierro y a la nostalgia de la libertad. ¡Mentira!

Yo sé que el muy cobarde antes era verde y mudo para que no lo descubrieran entre el follaje, y ahora es amarillo para confundirse con las paredes y los barrotes de oro de la jaula. Y canta porque así se conquista la simpatía cómplice del patrón.

Lo sé yo, el Gato.

MARCO DENEVI

## La contemporaneidad y la posteridad

El miembro de la Academia caminaba por la calle rumiando su undécimo ensayo sobre Baudelaire. De pronto vio a un joven con el pelo teñido de verde, que abrazaba a una negra.

—¡Llévense a ese amoral, a ese escandaloso, a esa lacra de la sociedad! —aullaba el académico.

Sólo se calmó cuando un policía arrestó al joven bajo la acusación de atentado contra las buenas costumbres. Entonces siguió caminando, siguió rumiando su undécimo ensayo sobre Baudelaire.

En la comisaría el joven dio su nombre:

—Charles Baudelaire.

MARCO DENEVI

## Nada satisface al resentido

Jesús ama tiernamente a Judas. Lo elige como uno de sus discípulos. Judas tuerce la boca. Piensa: "Por algo me eligió. Algún interés esconde": Jesús lo nombra tesorero. Judas masculla: "Me nombra tesorero para tenerme todo el día ocupado y mientras tanto él se luce haciendo milagros". Jesús le permite que haga dos o tres milagros. Judas le contesta que él no tiene por qué imitar a nadie. Judas anda con el ceño arrugado y la cara permanentemente desencajada en una mueca de mal humor. Nada le cae bien. Todo es un pretexto para desencadenar interminables discusiones. La popularidad de Jesús lo irrita. Finge temer por su suerte y le aconseja desistir de su campaña de agitación social, pero lo que busca es boicotarlo. En vista de que Jesús sigue haciendo proselitismo lo denuncia a la autoridad con la excusa de que así lo salva de males mayores. Cuando, gracias al escándalo del proceso y la crucifixión, Jesús se convierte en el hombre del día, Judas se da cuenta de que el tiro le salió por la culata. Rabioso, se suicida.

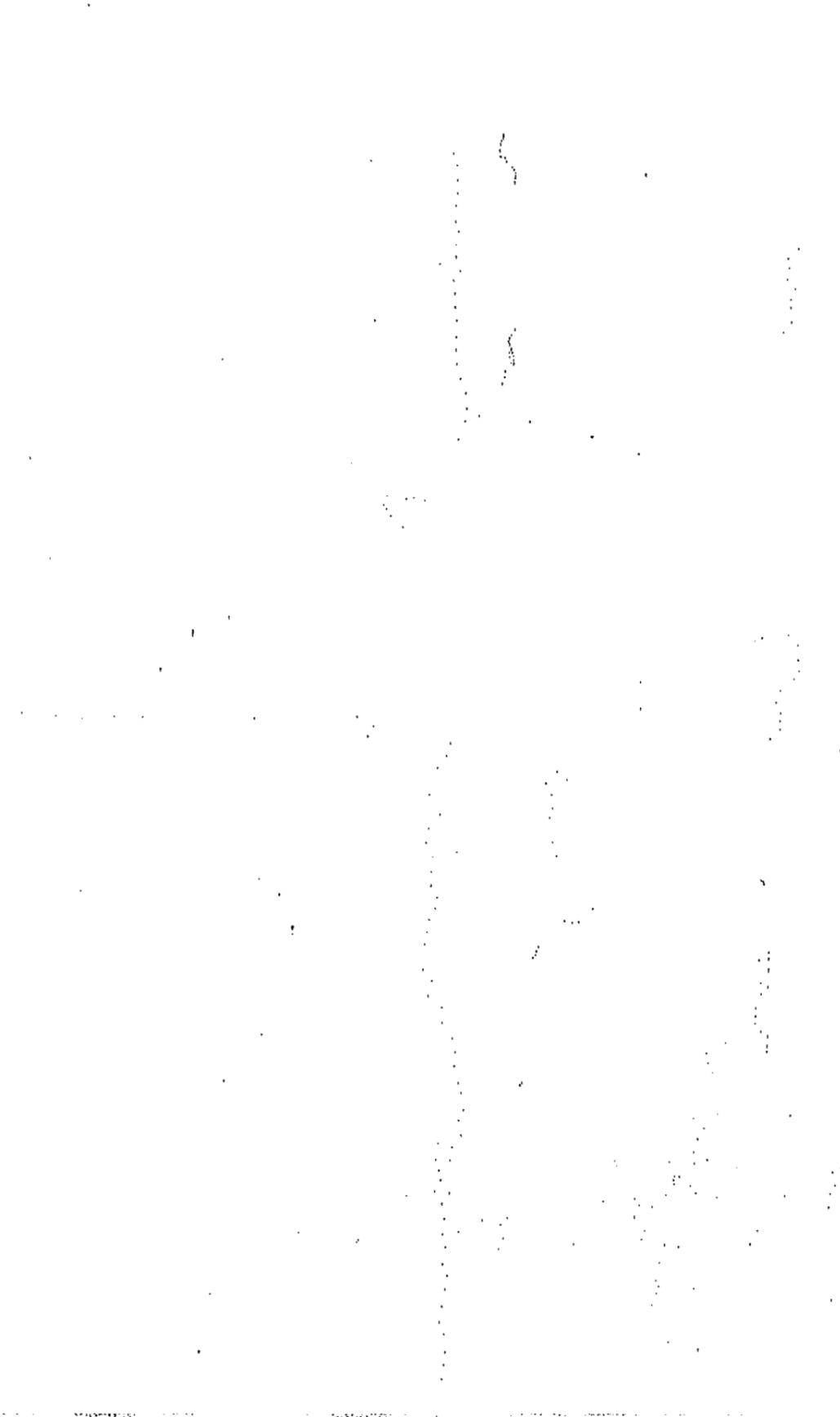
MARCO DENEVI

# Justificación de la mujer de Putifar

¡Qué destino: Putifar, eunuco, y José, casto!



*Hacia el microrrelato contemporáneo*



ANA MARÍA MATUTE

## El niño que no llegó

El niño debía cumplir un año. Salió a la puerta y miró el borde de las cosas, donde se puso una luz de color distinto a todo. "Voy a cumplir un año, esta noche, a las diez", dijo. La luz se hizo más viva, extendiéndose, llenando la corteza del cielo. El niño tendió los brazos y empezó a andar, torpemente. Tenía, sujeto a cada pie, un saquito de arena dorada. Oyó el grito estridente de los vencejos. Subían, como una salpicadura de tinta, hacia aquella luz hermosa. "Voy a cumplir un año, esta noche, a las diez." Pero el grito de los vencejos agujereó la corteza de luz, el color que era distinto a todas las cosas, y aquel año, nuevo, verde, tembloroso, huyó. Escapó por aquel agujero, y no se pudo cumplir.

ANA MARÍA MATUTE

## El incendio

El niño cogió los lápices color naranja, el lápiz largo amarillo y aquél por una punta azul y la otra rojo. Fue con ellos a la esquina, y se tendió en el suelo. La esquina era blanca, a veces la mitad negra, la mitad verde. Era la esquina de la casa, y todos los sábados la encalaban. El niño tenía los ojos irritados de tanto blanco, de tanto sol cortando su mirada con filos de cuchillo. Los lápices del niño eran naranja, rojo, amarillo y azul. El niño prendió fuego a la esquina con sus colores. Sus lápices —sobre todo aquél de color amarillo, tan largo— se prendieron de los postigos y las contraventanas, verdes, y todo crujía, brillaba, se trenzaba. Se desmigó sobre su cabeza, en una hermosa lluvia de ceniza, que le abrasó.

ANA MARÍA MATUTE

## El hijo de la lavandera

Al hijo de la lavandera le tiraban piedras los niños del administrador porque iba siempre cargado con un balde lleno de ropa, detrás de la gorda que era su madre, camino de los lavaderos. Los niños del administrador silbaban cuando pasaba, y se reían mucho viendo sus piernas, que parecían dos estaquitas secas, de esas que se parten con el calor, dando un chasquido. Al niño de la lavandera daban ganas de abrirle la cabeza pelada, como un melón-cepillo, a pedradas; la cabeza alargada y gris, con costurones, la cabeza idiota, que daba tanta rabia. Al niño de la lavandera un día lo bañó su madre en el barreño, y le puso jabón en la cabeza rapada, cabeza-sandía, cabeza-pedrusco, cabeza-cabezón-cabezota, que había que partírsela de una vez. Y la gorda le dio un beso en la monda lironda cabezorra, y allí donde el beso, a pedrada limpia le sacaron sangre los hijos del administrador, esperándole escondidos, detrás de las zarzamoras florecidas.

ANA MARÍA MATUTE

## El otro niño

Aquel niño era un niño distinto. No se metía en el río, hasta la cintura, ni buscaba nidos, ni robaba la fruta del hombre rico y feo. Era un niño que no amaba ni martirizaba a los perros, ni los llevaba de caza con un fusil de madera. Era un niño distinto, que no perdía el cinturón, ni rompía los zapatos, ni llevaba cicatrices en las rodillas, ni se manchaba los dedos de tinta morada. Era otro niño, sin sueños de caballos, sin miedo de la noche, sin curiosidad, sin preguntas. Era otro niño, otro, que nadie vio nunca, que apareció en la escuela de la señorita Leocadia, sentado en el último pupitre, con su juboncillo de terciopelo malva, bordado en plata. Un niño que todo lo miraba con otra mirada, que no decía nada porque todo lo tenía dicho. Y cuando la señorita Leocadia le vio los dos dedos de la mano derecha unidos, sin poderse despegar, cayó de rodillas, llorando, y dijo: "¡Ay de mí, ay de mí! ¡El niño del altar estaba triste y ha venido a mi escuela!".

ANA MARÍA MATUTE

## El niño que no sabía jugar

Había un niño que no sabía jugar. La madre le miraba desde la ventana ir y venir por los caminillos de tierra, con las manos quietas, como caídas a los dos lados del cuerpo. Al niño, los juguetes de colores chillones, la pelota, tan redonda, y los camiones, con sus ruedecillas, no le gustaban. Los miraba, los tocaba, y luego se iba al jardín, a la tierra sin techo, con sus manitas, pálidas y no muy limpias, pendientes junto al cuerpo como dos extrañas campanillas mudas. La madre miraba inquieta al niño, que iba y venía con una sombra entre los ojos. "Si al niño le gustara jugar yo no tendría frío mirándole ir y venir." Pero el padre decía, con alegría: "No sabe jugar, no es un niño corriente. Es un niño que piensa".

Un día la madre se abrigó y siguió al niño, bajo la lluvia, escondiéndose entre los árboles. Cuando el niño llegó al borde del estanque, se agachó, buscó grillitos, gusanos, crías de rana y lombrices. Iba metiéndolos en una caja. Luego, se sentó en el suelo, y uno a uno los sacaba. Con sus uñitas sucias, casi negras, hacía un leve ruidito, ¡crac!, y les segaba la cabeza.

MAX AUB

## [Si no duermo...]

Si no duermo ocho horas soy hombre perdido y me tenía que levantar a las siete... Eran las dos y no se marchaban: repantigados en los sillones, tan contentos. Y sabe Dios que no había tenido más remedio que invitarlos a cenar. Y hablaban por los codos, por las coyunturas, a chorros, lanzándose el uno al otro la hebra, enredándola a borbotones, despotricando de cosas insubstanciales, y venga tomar copas de coñac y otra taza de café. De pronto, a ella se le ocurrió que, un poco más tarde, podríamos tomar unas sopas de ajo. (Mi cocinera tiene reputación.) Yo no podía más. Los invité a cenar porque no tenía más remedio, porque soy una persona bien educada. Llegaron más o menos puntualmente, a las nueve y media, y eran las dos de la mañana y no tenían trazas de marcharse. Yo no podía apartar mi pensamiento del reloj, porque mirarlo no podía, ya que ante todo está la buena educación. Yo me tenía que levantar a las siete, y si no duermo ocho horas paso todo el día hecho un guiñapo; además lo que decían no me importaba nada, absolutamente nada. Claro está que podía haber procedido como un grosero y haberles dicho de una manera o de otra que se fueran. Pero eso no reza conmigo. Mi mamá, que se quedó viuda joven, me ha inculcado los mejores principios. Lo único que tenía

eran ganas de dormir. Lo demás me importaba poco. No es que tuviera mucho sueño: pensaba en el que tendría al día siguiente... Mi educación me impedía simular bostezos, que es medida corriente en personas ordinarias.

Y usted por aquí, y usted por allá... y aquél, y el de más allá. El gin rommy, el ajedrez, el póker... Ginger Rogers, Lana Turner, Dolores del Río (odio el cine). El sábado en Cuernavaca (odio Cuernavaca). ¡Ay, la casa de Acapulco!, y Mengano perdía tanto y tanto, ¿a usted qué le parece? A usted, a usted, a usted... Y el Presidente, y el ministro, y la ópera (odio la ópera). Y el casimir inglés, don Pedro, la chamba, las llantas.

Y aquel veneno tan parecido de color al coñac.

MAX AUB

[Yo no lo sé...]

Yo no lo sé. Allá ustedes. Quizá sean de una pasta distinta, pero yo soy así. ¡Qué le vamos a hacer! Asumo toda la responsabilidad. Lo único cierto es que aquel día yo estrenaba zapatos. Si fuésemos a analizar las cosas el verdadero responsable es el zapatero. Yo soy un hombre, nada menos que todo un hombre, como dijo el señor Hoyos. No lo aguanté. Esto está claro. Hay dolores que no se resisten. A mí me operaron una vez sin anestesia: porque me dio la gana. Ésa es otra historia que no tiene nada que ver con esto. La verdad es que yo no podía más. Esos dolores insidiosos, que ni siquiera son dolores; hipócritas. Y tomé el tranvía. La cosa empezó en seguida: me pisó. Sí, me pisó. Me pidió perdón, muy atentamente. Me aguanté y no pasó nada. Desde luego un desconocido que le pisa a uno es siempre un ser antipático. Un momento después —creo que fue en la parada siguiente, a la entrada de la calle Mayor— nos empujaron y aquel hombre me pisó por segunda vez. Esta vez no me pidió perdón. Pero no lo pude resistir. Lo zarandeeé. Entonces me pisó por tercera vez. Lo demás lo saben ustedes. Tampoco tengo la culpa de ser representante de la mejor fábrica americana de navajas de rasurar, dejando aparte que soy muy hombre.

MAX AUB

[Hacia un frío...]

Hacia un frío de mil demonios. Me había citado a las siete y cuarto en la esquina de Venustiano Carranza y San Juan de Letrán. No soy de esos hombres absurdos que adoran el reloj reverenciándolo como una deidad inalterable. Comprendo que el tiempo es elástico y que cuando le dicen a uno las siete y media, lo mismo da las ocho. Tengo un criterio amplio para todas las cosas. Siempre he sido un hombre muy tolerante: un liberal de buena escuela. Pero hay cosas que no se pueden aguantar por muy liberal que uno sea. Que yo sea puntual a las citas no obliga a los demás sino hasta cierto punto; pero ustedes reconocerán conmigo que ese punto existe. Ya dije que hacía un frío espantoso. Y aquella condenada esquina está abierta a todos los vientos. Las siete y media, las ocho menos veinte, las ocho menos diez. Las ocho. Es natural que ustedes se pregunten que por qué no lo dejé plantado. La cosa es muy sencilla: yo soy un hombre respetuoso de mi palabra, un poco chapado a la antigua, si ustedes quieren, pero cuando digo una cosa, la cumplo. Héctor me había citado a las siete y cuarto y no me cabe en la cabeza el faltar a una cita. Las ocho y cuarto, las ocho y veinte, las ocho y veinticinco, las ocho y media, y Héctor sin venir. Yo estaba positivamente helado: me dolían los

pies, me dolían las manos, me dolía el pecho, me dolía el pelo. La verdad es que si hubiese llevado mi abrigo café, lo más probable es que no hubiera sucedido nada. Pero esas son cosas del destino y les aseguro que a las tres de la tarde, hora en que salí de casa, nadie podía suponer que se levantara aquel viento. Las nueve menos veinticinco, las nueve menos veinte, las nueve menos cuarto. Transido, amoratado. Llegó a las nueve menos diez: tranquilo, sonriente y satisfecho. Con su grueso abrigo gris y sus guantes forrados:

—¡Hola, mano! .

Así, sin más. No lo pude remediar: lo empujé bajo el tren que pasaba. Triste casualidad.

MAX AUB

## [Es que ustedes...]

Es que ustedes no son mujeres, y, además, no viajan en camión, sobre todo en el Circunvalación, o en el amarillo cochino de Circuito Colonias, a la hora de la salida del trabajo. Y no saben lo que es que la metan a una mano. Que todos y cualquiera procuren aprovecharse de las apreturas para rozarle los muslos y las nalgas, haciéndose los desinteresados, mirando a otra parte, como si fuesen inocentes palomitas. Indecentes. Y una procura hurtarse a la presión y empuja hacia otro lado. Y ahí otro cerdo, con las manos en los bolsillos rozándola a una. ¡Qué asco! Pero ese tipo se pasó de la raya: dos días seguidos nos encontramos lado por lado. Yo no quería hacer un escándalo, porque me molestan, y son capaces de reírse de una. Por si acaso me lo volvía a encontrar me llevé un cuchillito, filoso, eso sí. Sólo quería pincharle. Pero entró como si fuera manteca, puritita manteca de cerdo. Era otro, pero se lo merecía igual que aquél.

MAX AUB

## Errata

Donde dice:

La maté porque era mía.

Debe decir:

La maté porque no era mía.

VIRGILIO PIÑERA

## El parque

Siempre se había discutido con viva pasión si el parque era rectangular o cuadrado. El sabio del pueblo afirmaba que era una de tantas ilusiones ópticas muy frecuentes en toda la tierra; opinión que apoyaba el agrimensor afirmando que cualquier transeúnte que viniera en dirección al parque por su lado norte lo vería rectangular, pero que, asimismo, otro que lo hiciera por su lado este lo vería cuadrado. En el fondo, sólo inocentes disputas municipales. Sobre todo, lo que hacía el orgullo de los habitantes de M. era el magnífico piso de granito gris que cubría los doscientos metros —rectangulares o cuadrados— del parque. Ayudaba a prestarle mayor solemnidad la total ausencia de arbolado. En el centro se levantaba algo así como una columna retorcida. O también podría decirse que aquella masa gris no tenía forma definida o que recordara algún objeto preciso. Se la llamaba humorísticamente el Monumento a los Obreros del Ramo de Marmolería y Piedras de Pavimentación. Se contaba que los obreros encargados de accionar las máquinas pulimentadoras del granito las habían, en la última jornada de trabajo, manejado con tal ardor, con tal devoción ciudadana, que al llegar los cuatro obreros y las cuatro máquinas, desde los cuatro ángulos de la plaza hasta su centro

chocaron para ser inmediatamente cubiertos por una gigantesca columna de granito líquido que resolvió el espinoso problema de orden público de la putrefacción de los cuerpos y el enmohecimiento de las máquinas. Tampoco se advertían bancos.

De pronto y bajo un sol terrible —eran aproximadamente las tres de la tarde— T. avanzó destocado, de izquierda a derecha y de norte a sur. Al llegar al espacio inmediatamente anterior al monumento conmemorativo, vio a D. que, viniendo del oeste, sombreaba un tanto con su cuerpo la mitad derecha de su cara. Un poco más allá las excretas de un perro probaban que el basurero no había pasado todavía.

VIRGILIO PIÑERA

## La batalla

La batalla comenzaría con matemática precisión a las once de la mañana. El generalísimo de uno y otro ejército se hacía lenguas de la eficiencia y el valor de sus soldados, y de haber confiado en los entusiasmos de los generalísimos se habría caído en el grave error lógico de suponer que dos victorias tendrían que producirse inevitablemente. Pero siguiendo estas mismas deducciones lógicas es preciso confesar que algo extraño comenzaba a deformar aquellas concepciones. Por ejemplo, el generalísimo del ejército atrincherado en la colina dio muestras de ostensible impaciencia al comprobar, cronómetro en mano, que todavía a las once y cinco minutos no se había producido el ablandamiento de las defensas exteriores de su ejército por parte de la aviación enemiga. Todo esto era tan insólito, contravenía de tal modo el espíritu de regularidad de la batalla, que sin poder ocultar sus temores tomó el teléfono de campaña a fin de comunicárselos a su rival, el generalísimo del otro ejército, atrincherado a su vez en la vasta planicie frontera a la citada colina. Éste le respondió con la misma angustia. Ya habían transcurrido cinco minutos y el ablandamiento de las defensas exteriores no tenía trazas de comenzar. Imposible iniciar la batalla sin esta operación preparatoria. Pero las cosas se fueron com-

plicando al negarse los tanquistas a iniciar el asalto. Los generalísimos pensaron en los procedimientos expeditivos del fusilamiento. Tampoco fue posible llevarlos a cabo. Los generalísimos estuvieron de acuerdo en que la negativa a combatir no provenía de esas causas que se resumen en la conocida frase: "baja moral de las tropas...". A fin de dar ejemplo de disciplina y obediencia a la causa militar, los generalísimos entablaron una singular batalla: conduciendo cada uno un gran tanque se acometieron como dos gigantes. La lucha fue breve y ambos perecieron. Frente a un espejito colgado de un trípode, un soldado se rasuraba. Un enorme gato daba vueltas alrededor de un paracaídas desplegado.

El perro mascota del ejército atrincherado en la planicie mordisqueaba con indolencia una mano del generalísimo del ejército atrincherado en la colina. No era muy aventurado suponer que todavía a las doce y cuarto la batalla no había comenzado.

VIRGILIO PIÑERA

## En el insomnio

El hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño. Da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarro. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormirse. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pide consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco. Que en seguida tome una taza de tilo y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede, el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

VIRGILIO PIÑERA

## La boda

Los invitados que llegaron con la debida puntualidad pudieron ver cómo dos hombres de alguna edad, caminando de espaldas al atrio y viniendo del altar, desenvolvían de un enorme carrete dos cintas blancas que colocaban sobre los espaldares de los asientos situados junto a la senda nupcial. Los que no llegaron con la debida puntualidad vieron las cintas ya colocadas. También, la gran alfombra roja. A una señal, el altar se iluminó, mientras el pie derecho de la novia penetraba en el templo. Cuando el extremo de la cola de su vestido tocó justo el sitio donde su pie derecho había marcado una levísima huella, se pudo observar que dejaba atrás treinta cabezas de águila que formaban el tope de otras tantas columnas situadas en el atrio. Así que una vez llegada la novia ante el oficiante, el extremo de su cola vino a quedar separado de su cuerpo por una distancia de treinta cabezas de águila. Claro que la distancia parecía un tanto mayor a causa del ángulo que se formaba de los hombros al suelo. Pero no era tan agudo como para que se le considerase capaz de producir una sensación de ostensible malestar físico. El piso, de mármol, estaba un poco manchado. También, las cintas limitadoras dejaban ver un pequeño ángulo por el vacío existente entre asiento y asiento. Pero ya la novia

iniciaba la salida apoyando suavemente su pie izquierdo en el primer peldaño de la graciosa escalinata que conducía hasta el altar. De modo que, a causa del paso dado por su pie derecho, el extremo de la cola avanzó un tanto en dirección al altar. Igualmente, por efecto de su cuerpo al volverse hacia la concurrencia, parte de la cola que arrancaba de los hombros enrollose sobre la espalda y en su parte izquierda. Entonces fue descendiendo pausadamente los peldaños de la escalinata y comenzaron de nuevo los pasos cortos sobre la alfombra roja. También el piso de la senda estaba un poco manchado. Ya se acercaba al punto donde el extremo de la cola se abandonaba como un animal echado. Al coincidir con ésta, hizo un ligerísimo movimiento desarrollado de abajo arriba, esto es, de su talle a sus hombros, y el extremo de la cola respondió con un breve fruncimiento, pero tan afinado que permitió al pie derecho pasar sin fatiga alguna. Desde este momento la cola fue perdiendo su inclinación y comenzó a seguir a la novia. Ésta ya daba su último paso con el pie derecho sobre la alfombra roja, y su cuerpo, perdiéndose en la caja del coche, indicaba claramente que la boda había terminado.

VIRGILIO PINERA

## Natación

He aprendido a nadar en seco. Resulta más ventajoso que hacerlo en el agua. No hay el temor a hundirse pues uno ya está en el fondo y por la misma razón se está ahogado de antemano. También se evita que tengan que pescarnos a la luz de un farol o en la claridad deslumbrante de un hermoso día. Por último, la ausencia de agua evitará que nos hinchemos.

No voy a negar que nadar en seco tiene algo de agónico. A primera vista se pensaría en los estertores de la muerte. Sin embargo, esto tiene de distinto con ella: que al par que se agoniza uno está bien vivo, bien alerta, escuchando la música que entra por la ventana y mirando el gusano que se arrastra por el suelo.

Al principio mis amigos censuraron esta decisión. Se hurtaban a mis miradas y sollozaban en los rincones. Felizmente, ya pasó la crisis. Ahora saben que me siento cómodo nadando en seco. De vez en cuando hundo mis manos en las losas de mármol y les entrego un pececillo que atrapo en las profundidades submarinas.

ADOLFO BIOY CASARES

## Un museo de objetos monstruosos

Cuando descubrí en Alta Gracia aquella tetera en forma de cabeza de negra fumando un cigarro, imaginé la posibilidad de reunir un museo de objetos monstruosos; pero muy pronto comprendí que ese depósito sería como una enfermedad en la casa y que yo pasaría por el lugar atroz, con asco y aun con miedo. Hay que vivir lejos de las cosas feas, me dije: no tolerar que la perversa curiosidad nos eche en brazos de cualquier mujer ni que en la lista de obras aparezcan los primeros libros.

ADOLFO BIOY CASARES

## La salvación

Esta es una historia de tiempos y de reinos pretéritos. El escultor paseaba con el tirano por los jardines del palacio. Más allá del laberinto para los extranjeros ilustres, en el extremo de la alameda de los filósofos decapitados, el escultor presentó su última obra: una náyade que era una fuente. Mientras abundaba en explicaciones técnicas y disfrutaba de la embriaguez del triunfo, el artista advirtió en el hermoso rostro de su protector una sombra amenazadora. Comprendió la causa. "¿Cómo un ser tan ínfimo" sin duda estaba pensando el tirano "es capaz de lo que yo, pastor de pueblos, soy incapaz?". Entonces un pájaro que bebía en la fuente, huyó alborozado por el aire y el escultor descubrió la idea que lo salvaría. "Por humildes que sean" dijo indicando al pájaro "hay que reconocer que vuelan mejor que nosotros."

## Fábula

Aquel bote estaba demasiado cargado de náufragos. Alguien recordó una ley de Rodas y convinimos que, para no morir todos, uno de nosotros debía ser arrojado al agua. El doctor Moreno dijo en voz alta:

—No conozco a cada una de las personas que hay en este bote. Parecéis todos gente oscura, gente de trabajo y no creo que sobre vuestras conciencias pesen culpas demasiado grandes. Mi vida ha sido de estudio; cuando no he estudiado, he luchado por la libertad. Pero este crápula.—señaló a un hombre de cara de payaso, que lo miraba aterrado— ha engañado a su pueblo. A quien no pudo pervertir, lo sepultó en la cárcel. Fue dictador y merece la muerte.

Lo escuchábamos, escépticos: tal vez porque éramos de otras tierras, no holladas por ese particular tirano, y porque su nombre había llegado a nosotros en diferentes telegramas de los periódicos, perdido entre las calamidades del mundo; o tal vez porque pensábamos que en ese bote, en el umbral de la muerte, ya no teníamos historias personales, ni circunstancias, ni méritos, ni culpas, ni nombres: ya éramos todos idénticos, todos lo mismo, y concebir elecciones de uno para el infierno y de otros para el cielo nos parecía una perversa y enigmática locura.

Entonces uno de los hombres, que dormía echado entre las cuerdas, despertó y quiso enterarse de lo que hablábamos. Cuando oyó la explicación, dio la razón al doctor Moreno, aseguró que siempre había deseado la muerte del tirano y se ofreció como verdugo. Enumeró las iniquidades del hombre de cara de payaso, pero no acabó su diatriba porque algo lo interrumpió: el doctor Moreno se había arrojado al mar.

ADOLFO BIOY CASARES

## Retrato del héroe

Algunos al héroe lo llaman holgazán. Él se reserva, en efecto, para altas y temerarias empresas. Llegará a las islas felices y cortará las manzanas de oro, encontrará el Santo Graal y del brazo que emerge de las tranquilas aguas del lago arrebatará la espada del rey Arturo. A estos sueños los interrumpe el vuelo de una reina. El héroe sabe que tal aparición no le ofrece una gloriosa aventura, ni siquiera una mera aventura —desdeña la acepción francesa del término— pero tampoco ignora que los héroes no eluden entreveros que acaban en la victoria y en la muerte. Porque no se parece a nuestros héroes criollos, no sobrevive para contar la anécdota. ¿Quiénes la cuentan? Los sobrevivientes, los rivales que él venció. Naturalmente, le guardan inquina y se vengan llamándolo zángano.

ADOLFO BIOY CASARES

## Escribir

Cada frase es un problema que la próxima frase plantea nuevamente.

MANUEL DEL CABRAL

## Los perros del odio

La gente decía que en una caverna, no muy lejos de los hombres, nacieron unos perros enormes y oscuros que poblaban de terror y asombro la ingenuidad de la comarca.

Los perros pertenecían a un déspota de vieja y ancha fortuna. Por la noche los vecinos escuchaban sin tregua a estos canes gigantes. Sin embargo, nadie los había tocado, nadie los había visto. Pero el pueblo sabía que eran enormes, oscuros y horribles. Mas, no era necesario temerles, ni ocultárseles ni huirles, porque de día, cuando de la caverna salían estos ladridos, hambrientos, feroces, al contacto del aire y del sol se deshacían...

La luz los devoraba.

MANUEL DEL CABRAL

## El grillo

Y el primer hombre que apareció sobre la Tierra comenzó desde temprano a caminar para ver por primera vez las cosas maravillosas que le rodeaban.

Luego, al anochecer, cansada su anatomía —no aburrida— bajo tanta belleza que le caía encima, los astros que se le metían por todos los sentidos, se acostó sobre la primera yerba virgen del mundo, y tranquilamente se dispuso a dormir el primer sueño del hombre. Pero, apenas se quedó en reposo, sintió que un grito agudo se le subió por los pies.

Entonces, las primeras manos del mundo ahogaron entre sus dedos al primer grito de la Tierra.

Pero aquel hombre no se durmió tranquilo, no estaba satisfecho de haber matado la primera canción del universo.

Quizá por eso el hombre no acaba de dormirse, busca tal vez en el ruido de su sangre aquella voz primera...

MANUEL DEL CABRAL

## Solidaridad

No recuerdo el nombre del asesinado. Pero al día siguiente lo llevaron a enterrar. Y el asesino —que aún no había sido descubierto— se sumó a la comitiva silenciosa y enlutada. Una hora de sol y llegaron al cementerio. Enterraron el cadáver. Terminaron los discursos. Y lloró el criminal. Mas, lloró tanto, tanto que todavía... Con el agua de sus lágrimas el abogado le lava su puñal.

MANUEL DEL CABRAL.

## Dos caminos

Y bien, ya estamos honrados, pero, ¿qué hacemos ahora con la honradez? B —Lo que yo hice con ella durante cincuenta años. A —¿Y qué hiciste? B —Pedir limosna. A —Padre, tú estarás muy limpio pero estarás muy triste. B —Yo no te contradigo, pero moriré tranquilo. A —Padre, el hambre no es justicia. B —Pues, vete, quizá ya no esté sobre la Tierra cuando regreses. Y el muchacho partió. Pasaron veinte años. Regresó. Su padre ya reposaba bajo la tierra. El muchacho era ya un gran señor, todo un magnate. Pero un día visitó la tumba de su padre. Estaba solo. Sólo acompañado por su gran silencio. De súbito se le cayeron dos lágrimas que al dar contra el suelo se convirtieron en monedas. Y dijo: Ya ni para llorar tienen mis ojos agua pura. Padre mío, ayúdame a ser pobre para llorarte.

MANUEL DEL CABRAL

## El regreso inútil

Cristo volvió por segunda vez a este planeta y le contaron cosas nuevas; usaron su ternura para limpiar espadas; le escondieron el tiempo dentro de una moneda; le cobraron el agua que les sobró a los ojos; le robaron su burro, su lentitud, su "no te apures que hay un cielo", su "ama a tu prójimo", y hasta sin su permiso, a sus sandalias les pusieron hélices; y estaba tranquilo... y, como siempre, inofensivo; pero al entrar al Vaticano, preguntó: ¿Y esta es mi casa? Perdóneme, señor, le respondió el portero, pero este palacio tiene dueños... y es ya muy tarde para los turistas...

EDMUNDO VALADÉS

## La incrédula

Sin mujer a mi costado y con la excitación de deseos acuciosos y perentorios, arribé a un sueño obseso. En él se me apareció una, dispuesta a la complacencia. Estaba tan pródigo, que me pasé en su compañía de la hora nona a la hora sexta, cuando el canto del gallo. Abrí luego los ojos y ella misma, a mi diestra, con sonrisa benévola, me incitó a que la tomara. Le expliqué, con sorprendida y agotada excusa, que ya lo había hecho.

—Lo sé —respondió—, pero quiero estar cierta.

Yo no hice caso a su reclamo y volví a dormirme, profundamente, para no caer en una tentación irregular y quizás ya innecesaria.

EDMUNDO VALADÉS

## La marioneta

El marionetista, ebrio, se tambalea mal sostenido por invisibles y precarios hilos. Sus ojos, en agonía alucinada, no atinan la esperanza de un soporte. Empujado o atraído por un caos de círculos y esquinces, trastabillea sobre el desorden de su camerino, eslabona angustias de inestabilidad, oscila hacia el vértigo de una inevitable caída. Y en última y frustrada resistencia, se despeña al fin como muñeco absurdo.

La marioneta —un payaso en cuyo rostro de madera asoma, tras el guiño sonriente, una nostalgia infinita— ha observado el drama de quieh le da transitoria y ajena locomoción. Sus ojos parecen concebir lágrimas concretas, incapaz de ceder al marionetista la trama de los hilos con los cuales él adquiere movimiento.

EDMUNDO VALADÉS

## Fin

De pronto, como predestinado por una fuerza invisible, el carro respondió a otra intención, enfilado hacia imprevisible destino, sin que mis inútiles esfuerzos lograsen desviar la dirección para volver al rumbo que me había propuesto.

Caminamos así, en la noche y el misterio, en el horror y la fatalidad, sin que yo pudiera hacer nada para oponerme.

El otro ser paró el motor, allí en un sitio desolado.

Alguien que no estaba antes, me apuntó desde el asiento posterior con el frío implacable de un arma.

Y su voz definitiva, me sentenció:

—¡Prepárate al fin de este cuento!

EDMUNDO VALADÉS

## La búsqueda

› Esas sirenas enloquecidas que aúllan recorriendo la ciudad en busca de Ulises.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

## La montaña

El niño empezó a treparse por el corpachón de su padre, que estaba amodorrado en su butaca, en medio de la gran siesta, en medio del gran patio. Al sentirlo, el padre, sin abrir los ojos y sotorriéndose, se puso todo duro para ofrecer al juego del hijo una solidez de montaña. Y el niño lo fue escalando: se apoyaba en las estribaciones de las piernas, en el talud del pecho, en los brazos, en los hombros, inmóviles como rocas. Cuando llegó a la cima nevada de la cabeza, el niño no vio a nadie.

—¡Papá, papá! —llamó a punto de llorar.

Un viento frío soplaba allá en lo alto, y el niño, hundido en la nieve, quería caminar y no podía.

—¡Papá, papá!

El niño se echó a llorar, solo sobre el desolado pico de la montaña.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

## El prisionero

Cuando a Luis Augusto Bianqui le metieron de un empujón en una celda tardó varios días en advertir que podía disolverse en el aire, escapar como una exhalación por el tragaluz, reasumir al otro lado su forma corporal, andar por las calles y vivir la vida de siempre. Había un solo inconveniente: cada vez que un guardián se acercaba a la celda para inspeccionarla, Bianqui, estuviera donde estuviese, tenía que dejarlo todo y, en un relámpago, regresar y rehacer su figura de prisionero. ¡Cosas de la conciencia! Si los carceleros se distraían, la libertad de Bianqui se actualizaba. Estudió el horario de la ronda de guardias a fin de pasear por la ciudad solamente entre horas más o menos seguras, sin miedo de ser interrumpido. Trasnocaba. Pero, aun así, en la cárcel solían disponerse vigilancias inesperadas. Más de una vez había sentido el tirón desde la celda y tuvo que desvanecerse en los brazos de una mujer. Demasiado incómodo. Poco a poco fue renunciando a su poder de evaporarse y al cabo de un tiempo no se fugó más.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

## Los tres chinos

Tres chinos, fatigados por una larga travesía, llegan de noche a las murallas de Nang-Chang, justo cuando acaban de cerrar la gran puerta. Uno, rabioso, golpea la puerta con la espada. Otro, razonablemente observa que esos golpes son inútiles y que más vale dormir en las afueras hasta que, al día siguiente, abran la puerta. El tercero avanza, parece que va a tropezar con la puerta, pero se hunde en ella, la atraviesa y aparece ya en el otro lado.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT,

## Mi sombra

No nos decimos ni una palabra pero sé que mi sombra se alegra tanto como yo cuando, por casualidad, nos encontramos en el parque. En esas tardes la veo siempre delante de mí, vestida de negro. Si camino, camina; si me detengo, se detiene. Yo también la imito. Si me parece que ha entrelazado las manos por la espalda, hago lo mismo. Supongo que a veces ladea la cabeza, me mira por encima del hombro y se sonríe con ternura al verme tan excesivo en dimensiones, tan coloreado y pletórico. Mientras paseamos por el parque la voy mimando, cuidando. Cuando calculo que ha de estar cansada doy unos pasos muy medidos —más allá, más acá, según— hasta que consigo llevarla adonde le conviene. Entonces me contorsiono en medio de la luz y busco una postura incómoda para que mi sombra, cómodamente, pueda sentarse en un banco.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

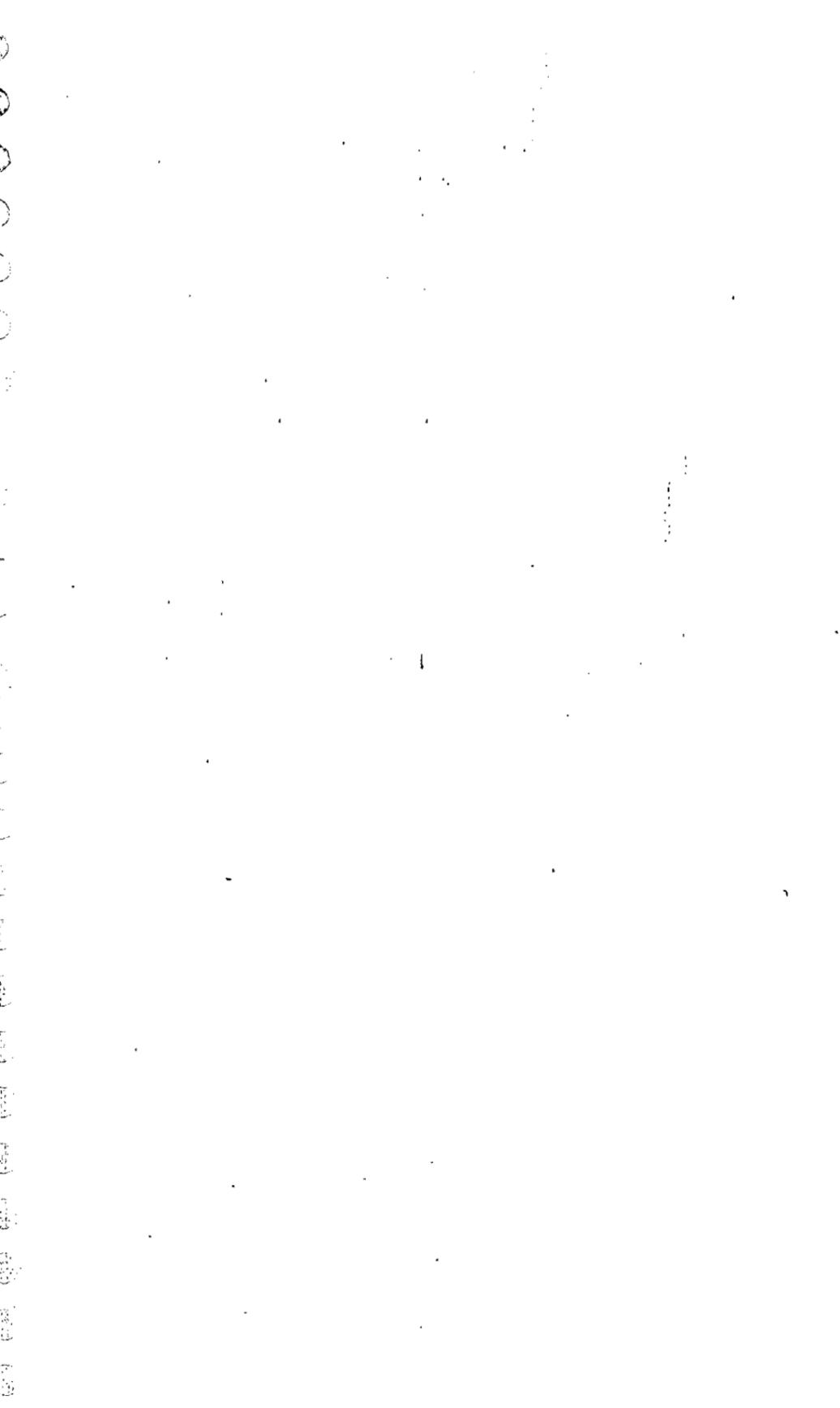
## Tabú

El ángel de la guarda le susurró a Fabián, por detrás del hombro:

—¡Cuidado, Fabián! Está dispuesto que mueras en cuanto pronuncies la palabra *zangolotino*.

—¿Zangolotino? —pregunta Fabián, azorado.  
Y muere.

### III. EL MICRORRELATO HOY



ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

## La oficina

Entro a una oficina y tengo la grata impresión de encontrarme delante de una hermosa mecanógrafa.

Me mira, empieza a teclear en su máquina y siento dolores agudos.

Me alzo la camisa y veo marcarse las letras en mi pecho.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

## Bocetos

Un hombre parecía tener las mangas de la chaqueta pegadas a los brazos, arrastraba los pantalones y los pies. A una mujer le salía la cabellera en el rostro y tenía los brazos en alto. Unos niños parecían salir de la tierra y que les brotaban hojas.

—¿Qué es esto? —pregunté al hombre que parecía estar a su cuidado.

—Bocetos —me dijo—. Algunos llegan a lograrse.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

## Otro

No soy yo. Pero sus conocidos me saludan en la calle.  
Como en su misma mesa.

A la noche me acuesto en su cama.

Su mujer no es culpable de infidelidad. Realmente  
somos iguales y yo mismo podría confundirme.

Ella tiene una forma extraña de gozar. Después se  
queda fría y duerme como un animalillo.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA

## El caramelo

Las mujeres de aquel lugar tenían una actitud tranquila y vestían sin ningún detalle de coquetería o de mal gusto.

No se interesaban por lo que ocurría a su alrededor, sumidas en la tarea de chupar algo que parecía un enorme caramelo, mientras lo sujetaban cuidadosamente entre las manos, como si fuera un niño. Y no eran exactamente niños sino hombres. En aquella región eran muy abundantes y además acudían atraídos por esta circunstancia. Ellas los envolvían con cuidado, con habilidad abrían un agujero redondo en el cráneo, aplicaban los labios y chupaban durante semanas y semanas, hasta dejarlos como una bolsa vacía sin que llegaran nada más que a exhalar un rumor placentero.

ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA.

## La pluma

Había escrito varias hojas de papel cuando advirtió que desde hacía un rato la pluma escribía con tinta roja. Siguió adelante y un poco después aquella tinta le pareció sangre. Y era sangre en efecto. Pero continuó porque tenía ideas felices y las palabras fluían con naturalidad. Así siguió hasta redondear lo escrito al tiempo de acabársele la sangre a la pluma y caer muerta de entre sus dedos.

MARIO BENEDETTI

## Los bomberos

Olegario no sólo fue un as del presentimiento, sino que además siempre estuvo muy orgulloso de su poder. A veces se quedaba absorto por un instante, y luego decía: "Mañana va a llover". Y llovía. Otras veces se rascaba la nuca y anunciaba: "El martes saldrá el 57 a la cabeza". Y el martes salía el 57 a la cabeza. Entre sus amigos gozaba de una admiración sin límites.

Algunos de ellos recuerdan el más famoso de sus aciertos. Caminaban con él frente a la Universidad, cuando de pronto el aire matutino fue atravesado por el sonido y la furia de los bomberos. Olegario sonrió de modo casi imperceptible, y dijo: "Es posible que mi casa se esté quemando".

Llamaron un taxi y encargaron al chófer que siguiera de cerca a los bomberos. Estos tomaron por Rivera, y Olegario dijo: "Es casi seguro que mi casa se está quemando". Los amigos guardaron un respetuoso y afable silencio: tanto lo admiraban.

Los bomberos siguieron por Pereyra y la nerviosidad llegó a su colmo. Cuando doblaron por la calle en que vivía Olegario, los amigos se pusieron tensos de expectativa. Por fin, frente mismo a la llameante casa de Olegario, el carro de bomberos se detuvo y los hombres comenza-

rón rápida y serenamente los preparativos de rigor. De vez en cuando, desde las ventanas de la planta alta, alguna astilla volaba por el aire.

Con toda parsimonia, Olegario bajó del taxi. Se acomodó el nudo de la corbata, y luego, con un aire de humilde vencedor, se aprestó a recibir las felicitaciones y los abrazos de sus buenos amigos.

MARIO BENEDETTI

## Todo lo contrario

—Veamos —dijo el profesor—. ¿Alguno de ustedes sabe qué es lo contrario de IN?

—OUT —respondió prestamente un alumno.

—No es obligatorio pensar en inglés. En español, lo contrario de IN (como prefijo privativo, claro) suele ser la misma palabra, pero sin esa sílaba.

—Sí, ya sé: insensato y sensato, indócil y dócil, ¿no?

—Parcialmente correcto. No olvide, muchacho, que lo contrario del invierno no es el vierno sino el verano.

—No se burle, profesor.

—Vamos a ver. ¿Sería capaz de formar una frase, más o menos coherente, con palabras que, si son despojadas del prefijo IN, no confirman la ortodoxia gramatical?

—Probaré, profesor: “Aquel dividuo memorizó sus cógnitas, se sintió dulgente pero dómito, hizo ventario de las famias con que tanto lo habían cordiado, y aunque se resignó a mantenerse cólume, así y todo en las noches padecía de somnio, ya que le preocupaban la flación y su cremento”.

—Sulso pero pecable —admitió sin euforia el profesor.

MARIO BENEDETTI

## Traducciones

Siempre le pasaba lo mismo. Cuando alguien traducía uno de sus poemas a una lengua extranjera (al menos, de las que él conocía), sus propios versos le sonaban mejor que en el original. Por eso no le sorprendió que la versión francesa de su poema "El tiempo y la campana" le pareciera estupenda, grácil, sustanciosa.

Dos años más tarde, un traductor italiano, que no sabía español, tradujo aquella versión francesa, y aunque él nunca había sido partidario de las versiones indirectas (no olvidaba, sin embargo, que muchos años atrás había conocido a través de ellas a Tolstoy, Dostoievsky y también a Confucio), disfrutó grandemente de su poema "in italico modo".

Transcurrieron otros tres años y un traductor inglés, que, como la mayoría de los traductores ingleses, no sabía español, se basó en la versión italiana, basada a su vez en la versión francesa. Pese a tan lejano origen, fue la que mayor placer le produjo al primigenio autor hispanoparlante. Sólo le asombró un poco (en realidad, lo atribuyó a una errata de tantas) que esta nueva versión indirecta se titulara "Burnt Norton" y que el nombre del presunto autor fuera un tal T. S. Eliot. Sin embargo, le gustó tanto que decidió encargarse personalmente de traducirla al español.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

## La recordadora

Quando fueron avisados de que un fuego de lo alto caería sobre la ciudad donde vivían, para destruirla, se les advirtió también de que en su huida no deberían volver la vista atrás, así que ella, Lot, su marido, sus hijos, los criados y las criadas y las esclavillas, miraban solamente el camino y hacia el horizonte que tenían delante, aunque sentían curiosidad porque las nubes que veían quedaban iluminadas por resplandores, y se oía como un trueno lejano o el rodar de muchas carrozas a sus espaldas.

Entonces ella comenzó a hablar de su infancia, y contó que había tenido una vez un pájaro maravilloso que había muerto, y todavía no estaba consolada; que había tenido luego, ya más adelante, un anillo de oro con una piedra de lapislázuli y se perdió, y aún lo echaba de menos. Y luego quiso decir algo más, como si hubiera perdido también quizás, a lo mejor, un antiguo amor porque sus ojos se oscurecieron y se hicieron de la forma de la almendra, pero calló. Sólo que entonces fue cuando volvió la vista atrás, y sonrió. Pero quedó inmóvil, y vieron todos que se volvía como de una piedra traslúcida como el alabastro, y cuando trataron de despertarla se percataron de que parecía compuesta como de cristallitos de sal. Aunque ella no parecía triste, sino que seguía corriendo y seguramente recordando, y ya se quedaría allí para siempre así, con esa memoria.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

## La analfabeta

Nunca había ido a la escuela y, ahora, a sus cincuenta y nueve años, estaba comenzando a aprender a leer y escribir en las clases nocturnas para analfabetos. Y estaba fascinada.

Escribía muy despacio, pasándose la lengua por los labios mientras trazaba los palotes de las mayúsculas de su nombre: MARÍA; lo leía luego, y decía:

—¡Esta soy yo!

Y se ponía muy contenta, lo mismo que cuando escribía las palabras de las cosas que tenía a su alrededor: MESA, GATO, VASO, AGUA. Y ya no sabía qué otra palabra escribir, pero de repente se le ocurrió poner: ESPEJO. Leía la palabra una y otra vez, se la quedaba mirando y mirando, pero con un gesto de extrañeza porque no se veía ella en aquel espejo. ¿Y por qué no se veía ella en aquel espejo escrito, si se veía bien claramente, cuando estaba escribiendo? Y se contestaba a sí misma, diciendo que eso sería porque todavía no sabía escribir bien, porque, en cuanto supiera hacerlo, tendría todo lo que quisiera con sólo escribírselo. Porque si no, ¿para qué valdría leer y escribir?, preguntó.

Pero allí todos callaron en la clase, y nadie le contestó. Como si hubiese dicho o hecho algo raro, o qué se yo, con un espejo.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

## El recorte

Cuando el gran hombre leyó la carta de su amigo no entendió al principio casi ninguna de las alusiones a las personas, porque hacía cuarenta años que no había vuelto a su ciudad. Pero poco a poco fue recomponiendo rostros, gestos, lugares y palabras y, como en un rompecabezas algo viejo, fueron emergiendo, aunque parcial o borrosamente, su infancia y su adolescencia. Sólo en un caso no encontraba a qué asirse para identificar a la persona de la que su amigo le hablaba: la María Antonia, que había muerto siendo santera de la ermita de San Justo.

Algunos días más tarde, en el pequeño periódico de su ciudad que le remitían, vio su nombre, al resbalar, en su primera página; y allí leyó que había muerto María Antonia González a quien "el gran poeta nacido en esta tierra estuvo sentimentalmente vinculado y que le dio un hijo muerto prematuramente a los pocos días de nacer y al que el gran poeta dedicó un poema que viene en todas las antologías".

Buscó en un libro ese poema y lo leyó atentamente, pero por muchos esfuerzos que hizo no podía recordar nada ni relacionarlo con su vida. Aunque se sintió complacido por lo que decía el periódico, y guardó el recorte.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

## El original

Cuando aprendió a escribir bien a máquina, hizo una copia entera de aquel libro, y en la academia de mecanografía en la que había aprendido a escribir la dijeron que la copia era tan maravillosa con aquellos caracteres tan nítidos y de formas tan elegantes que, si la enviaba a cualquier parte donde se mecanografiaban textos, sería la mejor recomendación para que la diésen trabajo. Así que ella la envió a algunas editoriales sobre todo; pero cuando pasaban dos o tres meses, siempre recibía una misma carta en la que la decían que habían leído su narración con mucho interés, y habían apreciado la perfección del idioma en que estaba escrita y la fuerza de los personajes, y también la originalidad del relato, decía una de esas cartas, pero que sintiéndolo mucho no podían publicar el libro en ese momento.

Entonces ella decidió no enviar más este texto a ninguna parte; quitó del manuscrito la primera hoja en que ella había escrito: "Ejercicio de mecanografía", y copió el título del libro en otra hoja y la colocó en lugar de aquella para encuadernarlas. Y fue luego a mostrar el libro en la academia. Estaba encuadernado en pasta española como la aconsejaron, y en el lomo, con letras doradas en fondo negro, se leía el título como en la primera hoja:

“Camino de Perfección”. Y les gustó tanto el título a los de la academia, que le dieron trabajo allí mismo como profesora para los que querían perfeccionarse.

GUILLERMO SAMPERIO

## Pasear al perro

Amaestrados, ágiles, atentos, bucólicos, bramadores, crespos y elegantes, engañosos y hermafroditas, implacables, jocundos y lunáticos, lúcidos, mirones, niños, prestos, rabiosos y relajientos, sistemáticos, silenciosos, tropel y trueque, ultimátum y veniales, vaivienen, xicotillos, zorros implacables son los perros de la mirada del hombre que fijan sus instintos en el cuerpo de esa mujer que va procreando un apacible, tierno, caliente paisaje de joven trigo donde pueda retozar la comparsa de perros inquietantes. Su minifalda, prenda lila e inteligente, luce su cordedad debido a la largueza de las piernas que suben, firmes y generosas, y se contonean hacia las caderas, las cuales hacen flotar paso a paso la tela breve, ceñida a la cintura aun más inteligente y pequeña, de la que asciende un fuego bugambilia de escote oval ladeado que deja libre el hombro y una media luna trigueña en la espalda. La mujer percibe de inmediato las intenciones de los perros en el magma de aquella mirada, y el hombre les habla con palabras sudorosas, los acaricia, los sosea, los detiene con la correa del espérense un poco, tranquilos, no tan abruptos, calma, eso es, sin precipitarse, vamos, vamos, y los echa, los deja ir, acercarse, galantes, platicadores, atentos, recurrentes. Al llegar a la esquina, la mujer y su apacible,

tierno, caliente paisaje de joven trigo, y el hombre y su inquieta comparsa de animales atraviesan la avenida de la tarde; a los lejos, se escuchan sus risas, los ladridos.

GUILLERMO SAMPERIO

## La cola

Esa noche de estreno, fuera del cine, a partir de la taquilla la gente ha ido formando una fila desordenada que desciende las escalinatas y se alarga sobre la acera, junto a la pared, pasa frente al puesto de dulces y el de revistas y periódicos extensa culebra de mil cabezas, víbora ondulante de colores diversos vestida de suéteres y chamarras, nauyaca inquieta que se contorsiona a lo largo de la calle y da vuelta en la esquina, boa enorme que mueve su cuerpo ansioso azotando la banquetta, invadiendo la calle, enrollada a los automóviles, interrumpiendo el tráfico, trepando por el muro, sobre las cornisas, adelgazándose en el aire, su cola de cascabel introduciéndose por una ventana del segundo piso, a espaldas de una mujer linda que toma un café melancólico ante una mesa redonda, mujer que escucha solitaria el rumor del gentío en la calle y percibe un fino cascabeleo que rompe de pronto su aire de pesadumbre, lo abrillanta y le ayuda a cobrar una débil luz de alegría, recuerda entonces aquellos días de felicidad y amor, de sensualidad nocturna y manos sobre su cuerpo firme y bien formado, abre paulatinamente las piernas, se acaricia el pubis que ya está húmedo, se quita lentamente las pantimedias, la pantaleta, y permite que la punta de la cola, enredada a una pata de la silla y erecta bajo la mesa, la posea.

GUILLERMO SAMPERIO

## Mujer con ciruela

A través de la puerta entornada se yergue la figura de una mujer. En la habitación hay una bullente mezcla de grises y blancos donde predomina la sombra. Detrás de la mujer, la ventana permite una luz pálida. Lejos del cristal se extiende un cielo nublado, de allí la penumbra clara. La figura va hacia la puerta y sostiene en su mano derecha una ciruela grande y roja. Sus delgadas formas están inmóviles; resultaría difícil afirmar que palpita. Los ojos, habrá que imaginarlos; se diluyen en la tela plomiza que aparece a contraluz en el rostro. No obstante, las sutiles líneas de ese mismo rostro insinúan la belleza donde las sombras viven un silencioso festín. La imagen alargada de la mujer sugiere una diosa lejana que sostuviera el símbolo del amor y el fuego. La luz, que parece emerger del cabello, crea una especie de peineta o tocado divino. Ella sigue inmóvil y callada, esperando que un tiempo remoto termine de poseerla. El fruto sostenido es luminoso y todavía permanece rojo.

GUILLERMO SAMPERIO

## Silencia

Qué pasó con usted. Por qué tan silencio. Tan sin ninguna palabra. Como si la iguana le hubiera comido la voz. Como si le hubieran puesto algodón en el esófago. Como si unas manos le estuvieran apretando el cuello. Como si le pusieran sobre el rostro una almohada. Como si la fuéramos a enterrar en la tarde.

GUILLERMO SAMPERIO

## Bebo tu boca

Cuando beso tus labios de agua, nunca son los mismos.

LUIS MATEO DÍEZ

## La afrenta

Te merecías todo lo que te hice menos esa última afrenta, aunque reconozco que nada existe más que lo que se hace en nombre de un amor traicionado.

Lo que le conté en la carta era indigno porque pertenecía exclusivamente a nuestra intimidad, y estoy seguro de que cuando buscó y encontró el lunar en el recóndito secreto que sólo yo besaba, mientras tú excitada me alentabas a hacerlo, sintió la misma frustración de quien halla el cofre del tesoro vacío con la burla de quien ya lo sustrajo.

Sé que tu amor es una pérdida definitiva y me resigno a ello, pero el secreto de ese lunar sólo a mis labios pertenece. Y cuantas veces requiera tan íntimo tesoro encontrará el vacío que queda de quien lo despojó.

Una afrenta que a mí me tiene prisionero y a él esclavo y a ti culpable, y a los tres hundidos en la desdicha porque yo te seguiré queriendo y él nunca podrá quererte del todo, y tú jamás llegarás a olvidarme, al menos mientras el lunar sostenga el recuerdo de mis besos y de mis lágrimas.

LUIS MATEO DÍEZ

## El pozo

Mi hermano Alberto cayó al pozo cuando tenía cinco años.

Fue una de esas tragedias familiares que sólo alivian el tiempo y la circunstancia de la familia numerosa.

Veinte años después mi hermano Eloy sacaba agua un día de aquel pozo al que nadie jamás había vuelto a asomarse.

En el caldero descubrió una pequeña botella con un papel en el interior.

“Este es un mundo como otro cualquiera”, decía el mensaje.

LUIS MATEO DíEZ

## Un crimen

Bajo la luz del flexo la mosca se quedó quieta.  
Alargué con cuidado el dedo índice de la mano derecha.

Poco antes de aplastarla se oyó un grito, después el golpe del cuerpo que caía.

En seguida llamaron a la puerta de mi habitación.

—La he matado —dijo mi vecino.

—Yo también —musité para mí sin comprenderle.

LUIS MATEO DÍEZ

## Autobús

Ella sube al autobús en la misma parada, siempre a la misma hora, y una sonrisa mutua, que ya no recuerdo de cuándo procede, nos une en el viaje trivial, en la monotonía de nuestra costumbre.

Se baja en la parada anterior a la mía y otra sonrisa furtiva marca la muda despedida hasta el día siguiente.

Cuando algunas veces no coincidimos, soy un ser desgraciado que se interna en la rutina de la mañana como en un bosque oscuro.

Entonces el día se desploma hecho pedazos y la noche es una larga y nerviosa vigilia dominada por la sospecha de que acaso no vuelva a verla.

LUIS MATEO DÍEZ

## El sueño

Soñé que un niño me comía. Desperté sobresaltado.  
Mi madre me estaba lamiendo. El rabo todavía me tembló  
durante un rato.

JOSÉ MARÍA MERINO

## Lejanías

No hay demasiada gente y puedo ver con claridad a la mujer desde el mismo momento en que entra en el vagón. Hay algo raro en sus ropas y en su actitud. Cubre su cabeza con una pañoleta oscura, las puntas atadas en la nuca, y los hombros con una toquilla parda. Salvo por los zapatos deportivos, parecería una campesina de otra época. De uno de sus hombros cuelga una especie de zurrón, y lleva en una mano un vaso de plástico, mientras enarbola en la otra un objeto que no puedo distinguir todavía.

Con voz aguda, trémula, y con aire de súplica, la mujer inicia una larga parrafada, en que sólo se entienden dos palabras, una que se parece a "señores" y otra que habla de alguna parte de la Europa del sur oriental. Algunos pasajeros buscan monedas en los bolsillos y las depositan en el vaso de la mujer. Cuando está más cerca puedo ver que el objeto que presenta es la fotografía de un grupito de personas.

Entonces percibo un movimiento en la mujer que va sentada a mi lado, y me encojo con gesto instintivo, imaginando que ha movido sus brazos para buscar en su bolso alguna limosna con destino a la exótica pedigüeña. Mi vecina lleva un bolso de lona viejo y viste un abrigo bastante raído.

Sin embargo su gesto no indicaba ninguna búsqueda en su bolso, sino un movimiento del cuerpo, el, de ponerse en pie. Lo hace, y casi al mismo tiempo empieza a dar voces rabiosas, en un idioma también desconocido, dirigidas a la mujer que viene por el pasillo con su vaso de plástico y su fotografía. La otra se queda quieta, atónita, pero enseguida responde a las imprecaciones de mi vecina con gritos destemplados. Separadas por un pequeño espacio, ambas mujeres se gritan, se recriminan, tal vez se insultan, en esa lengua extranjera, incomprensible.

El metro se ha detenido en una estación y, como si la parada marcara la culminación de una crisis, las mujeres se callan, se miran, y de repente echan ambas a llorar, una frente a la otra, con largos gemidos la mendiga, con hondos sollozos mi vecina, mientras el resto de los pasajeros, sin comprender nada, sentimos pasar a nuestro lado el ángel de la desolación.

JOSÉ MARÍA MERINO

## Ecosistema

El día de mi cumpleaños, mi sobrina me regaló un bonsái y un libro de instrucciones para cuidarlo. Coloqué el bonsái en la galería, con los demás tiestos, y conseguí que floreciese. En otoño aparecieron entre la tierra unos diminutos insectos blancos, pero no parecían perjudicar al bonsái. En primavera, una mañana, a la hora de regar, me pareció vislumbrar algo que revoloteaba entre las hojitas. Con paciencia y una lupa, acabé descubriendo que se trataba de un pájaro minúsculo. En poco tiempo el bonsái se llenó de pájaros, que se alimentaban de los insectos. A finales de verano, escondida entre las raíces del bonsái, encontré una mujercita desnuda. Espiándola con sigilo, supe que comía los huevos de los nidos. Ahora vivo con ella, y hemos ideado el modo de cazar a los pájaros. Al parecer, nadie en casa sabe dónde estoy. Mi sobrina, muy triste por mi ausencia, cuida mis plantas como un homenaje al desaparecido. En uno de los tiestos, a lo lejos, hoy me ha parecido ver la figura de un mamut.

JOSÉ MARÍA MERINO

## Terapia

“Un pequeño huerto, cavar la tierra, abonarla, plantar, regar, recoger la cosecha. Esos ejercicios serían también muy beneficiosos para usted”, le aconsejó el doctor mientras le entregaba el tratamiento contra el estrés.

El primer año comió unos tomates deliciosos. El segundo año se pasaba las jornadas de la bolsa recordando sus tareas dominicales, las plantas de fresas, los calabacines en flor, las lómbardas, según la estación.

Pero un domingo de abril se quedó quieto, y luego se sentó entre los surcos. El lunes ya había arraigado. Produce pimientos en el brazo izquierdo y berenjenas en el derecho. No necesita mucho riego.

JOSÉ MARÍA MERINO

## De fácil acceso

Estuvo trabajando quince días en Madrid, y a lo largo de sus investigaciones localizó en la Biblioteca Nacional tres asuntos que podían servirle para su tesis: una leyenda piadosa morisca, un cuento maravilloso sefardí y una historia simbólica gitana. En los tres era una mujer la protagonista, los tres hablaban de purificaciones y sacrificios propiciatorios. Regresó a los Estados Unidos, e intentaba encontrar el hilo conductor que le aclarase la verdadera naturaleza de los tres asuntos. Mágico, Memoria, Misterio, Mito, Mujer. También Multicultural. Habló de ello con la *adviser* de su tesis. Mas entre aquellas ficciones antiguas, la profesora, que era ferviente posmoderna, no veía otro hilo que la perpetuación de la violencia doméstica.

JOSÉ MARÍA MERINO

## Cien

Al despertar, Augusto Monterroso se había convertido en un dinosaurio. "Te noto mala cara", le dijo Gregorio Samsa, que también estaba en la cocina.

JAVIER TOMELO

## II

*MUJER TEJIENDO junto a la ventana. Inesperadamente, entra en la habitación un NIÑO, sosteniendo algo en el hueco de la mano.*

NIÑO.—Madre, mira qué te traigo.

MADRE.—¿Qué me traes?

NIÑO.—Una luz.

MADRE.—¿Dónde estaba?

NIÑO.—En la charca, debajo de la luna.

MADRE.—¿Te vio alguien cómo la cogías?

NIÑO.—No, nadie.

MADRE.—Anda, préndemela pues en el pelo.

*Pausa. El NIÑO se alza sobre la punta de los pies y prende la luz en el cabello de la MADRE. Por un instante, la MADRE deja de tejer y sonrío.*

JAVIER TOMEIO

IV

*EN EL CENTRO del escenario, sentados al pie de un árbol que ha perdido ya todas las hojas, vemos ahora a un HOMBRE y a una MUJER.*

HOMBRE.—*(Mirando al frente, sin volverse hacia la mujer.)* Oye.

MUJER.—Qué.

HOMBRE.—Dame tu ojo izquierdo.

*Pausa. La MUJER se desenrosca su ojo de cristal y se lo alarga al compañero.*

HOMBRE.—*(Recogiendo el ojo, que se guarda en el bolsillo cerillero de la chaqueta.)* Ya sabes que te prefiero tuerta, Manuela.

*Silencio. El HOMBRE y la MUJER continúan inmóviles, indiferentes al coro de risotadas que se ha levantado en el patio de butacas.*

X

*CAMPESINO PLANTANDO árboles y HOMBRE solitario. Se aproxima la hora solemne del ocaso. El HOMBRE, que ha recorrido todos los caminos del mundo, suspira profundamente.*

HOMBRE.—(Tras un largo silencio.) Oiga.

CAMPESINO.—Qué.

HOMBRE.—(Con voz cansada.) Plánteme también a mí.

CAMPESINO.—(Sorprendido.) ¿Cómo?

HOMBRE.—Que me plante.

CAMPESINO.—(Sin ceder en su sorpresa.) ¿Por qué?

HOMBRE.—Estoy cansado.

CAMPESINO.—¿Y cómo quiere que le plante?

HOMBRE.—Como si fuese un manzano.

CAMPESINO.—¿Está hablando en serio?

HOMBRE.—Yo no sé ya hablar de otra forma.

*Pausa. El CAMPESINO encoge los hombros, carga al HOMBRE sobre sus espaldas, le traslada al pequeño hoyo y le entierra hasta los tobillos. El HOMBRE, que ha abierto los brazos en cruz, levanta la mirada al cielo y se queda muy quieto, apenas sin respirar, esperando el milagro de una nueva primavera que le haga, por fin, fructificar.*

XI

*LOS DOS HOMBRES están sentados en un banco, en la plaza del pueblo. Silencio. Estrellas, luna circular y el ulular paciente del mochuelo que reclama a su hembra.*

HOMBRE PRIMERO.—Tomás.

HOMBRE SEGUNDO.—Qué.

HOMBRE PRIMERO.—Fíjate en aquella estrella.

HOMBRE SEGUNDO.—¿En cuál?

HOMBRE PRIMERO.—En la que está junto a la veleta del campanario.

HOMBRE SEGUNDO.—Sí, ya lo veo, ¿qué pasa?

HOMBRE PRIMERO.—Mira.

Hincha el pecho, sopla con fuerza y la estrella se apaga.

HOMBRE SEGUNDO.—(Admirado.) ¡Oh!

*Silencio. Por allá se acerca el borracho del acordeón. Muge una vaca y las gallinas del corral se despiertan sobresaltadas.*

JAVIER TOMELO

XXIV

*ALDEA Y PÁRAMO. Sol de ocaso. PADRE e HIJO están sentados en la linde del camino que conduce al cementerio. Sobre la tierra húmeda, los gusanos avanzan gracias a las contracciones de una capa muscular subcutánea.*

HIJO.—Padre.

PADRE.—Dime.

HIJO.—(*Alargando el brazo y señalando el horizonte.*) Mira aquel molino.

PADRE.—¿Dónde ves tú un molino?

HIJO.—Allí.

PADRE.—Aquello no es un molino, hijo.

HIJO.—¿Qué es, entonces?

PADRE.—Un gigante.

HIJO.—¿Un gigante?

PADRE.—No hay duda. Fíjate bien. Ahora está quieto, oteando el paisaje. Pero dentro de un momento se pondrá a caminar y a cada zancada avanzará una legua.

HIJO.—(*Tras un intervalo de silencio.*) Padre.

PADRE.—Dime.

HIJO.—(*Con voz compungida.*) Yo no veo que sea un gigante.

PADRE.—Pues lo es.

HIJO.—¿Un gigante con puertas y ventanas? ¿Un gigante con tejas y aspas?

PADRE.—Un gigante.

HIJO.—*(Tras una pausa.)* Padre.

PADRE.—Dime.

HIJO.—Yo sólo veo un molino.

PADRE.—¿Cómo? ¿Un molino?

HIJO.—Sí, un molino. El mismo de siempre.

PADRE.—*(Con voz grave.)* Tomás.

HIJO.—Qué.

PADRE.—*(Volviendo lentamente la cabeza y mirando en derechura a los ojos del hijo.)* Me preocupas.

*Silencio. PADRE e HIJO permanecen inmóviles, sin cambiar ya más palabras. Llega por fin la noche y la luna se enciende.*

JUAN JOSÉ MILLÁS

## Confusión

Antes de que hubiera terminado de desenvolver el regalo de cumpleaños, sonó dentro del paquete un timbre: era un móvil. Lo cogí y oí que mi mujer me felicitaba con una carcajada desde el teléfono del dormitorio. Esa noche, ella quiso que habláramos de la vida: los años que llevábamos juntos y todo eso. Pero se empeñó en que lo hiciéramos por teléfono, de manera que se marchó al dormitorio y me llamó desde allí al cuarto de estar, donde permanecía yo con el trasto colocado en la cintura. Cuando acabamos la conversación, fui al dormitorio y la vi sentada en la cama, pensativa. Me dijo que acababa de hablar con su marido por teléfono y que estaba dudando si volver con él. Lo nuestro le producía culpa. Yo soy su único marido, así que interpreté aquello como una provocación sexual e hicimos el amor con la desesperación de dos adúlteros.

Al día siguiente, estaba en la oficina, tomándome el bocadillo de media mañana, cuando sonó el móvil. Era ella, claro. Dijo que prefería confesarme que tenía un amante. Yo le seguí la corriente porque me pareció que aquel juego nos venía bien a los dos, de manera que le contesté que no se preocupara: habíamos resuelto otras crisis y resolveríamos ésta también. Por la noche volvimos

a hablar por teléfono, como el día anterior, y me contó que dentro de un rato iba a encontrarse con su amante. Aquello me excitó mucho, así que colgué en seguida, fui al dormitorio e hicimos el amor hasta el amanecer.

Toda la semana fue igual. El sábado, por fin, cuando nos encontramos en el dormitorio después de la conversación telefónica habitual, me dijo que me quería pero que tenía que dejarme porque su marido la necesitaba más que yo. Dicho esto, cogió la puerta, se fue y desde entonces el móvil no ha vuelto a sonar. Estoy confundido.

JUAN JOSÉ MILLÁS

## El absurdo

Estos días de agosto, durante los ensueños alcohólicos de la hora de la siesta, imagino a veces que soy un personaje de la *jet* y que puedo hacer rico a un fotógrafo sólo con dejarme fotografiar cortándome las uñas de los pies o haciendo pis contra una tapia. Hoy se valora mucho a la gente que crea puestos de trabajo, y los famosos sostienen, sobre sus genitales mayormente, un imperio editorial que da ocupación a miles de personas. Quizá deberíamos tenerles más respeto. El otro día vi en el periódico a un señor al que habían hecho hijo adoptivo de su pueblo por crear 10.000 puestos de trabajo. No se sabe de ningún escritor, en cambio, que haya publicado 10.000 novelas. Es cierto que hay puestos de trabajo absurdos, pero también hay literatura del absurdo y nos parece bien.

Claro que cuando imagino que por una foto mía dejándome besar por el heredero de una cadena de supermercados podrían pagar millones de pesetas, me da por pensar que la realidad es anormal. O que yo soy un ser superior. Y las dos posibilidades son perturbadoras, porque conducen a consideraciones desastrosas para la salud mental. Fijense en Aznar, que al no entender cómo ha llegado a presidente del Gobierno, y para evitar la idea de que sus votantes no están bien, se refiere a sí mismo en

términos de portento ("el milagro de la economía española soy yo").

El hecho de que parte del producto interior bruto dependa de los muslos de Marta Chávarri o de las declaraciones de Sofía Mazagatos es, en fin, un problema. Crean muchos puestos de trabajo y colaboran a la reducción del déficit, de acuerdo. Pero también de las neuronas. Por eso, cuando despierto de mis delirios alcohólicos, pienso que es preferible dedicarse a la literatura del absurdo. Cualquier cosa antes que veranear en Marbella. O en Mallorca.

JUAN JOSÉ MILLÁS

## La verdad

Se despertó de madrugada y permaneció encogido entre las sábanas, sin decidirse a poner la radio por miedo a despertar a su mujer. Finalmente, los nervios le empujaron a la de la cocina, donde sintonizó un programa de noticias por el que se enteró de que un tornado había causado grandes destrozos en Miami. No se dijo que él estuviera implicado, pero tampoco lo contrario, así que regresó a la cama algo nervioso y concilió un sueño breve, lleno de grumos, antes de que sonara el despertador. Durante el desayuno, su mujer le preguntó si volvía a dolerle la espalda o tenía alguna preocupación. Él negó con la cabeza mientras escuchaba la primera tertulia de la mañana por si salía su nombre a relucir.

Ya en la oficina, leyó atentamente el periódico disimulado entre las piernas, sin verse citado en ningún sitio. No obstante, a las once fue al cuarto de baño y con el móvil que le habían regalado el día del Padre telefoneó a la secretaria de Gómez de Liaño para preguntar si el juez estaba interesado en interrogarle. Le dijeron que no. "¿Puedo salir de España entonces?", insistió al tiempo que cortaban bruscamente la comunicación al otro lado. Regresó al despacho con gesto huidizo y confesó a su compañero de mesa que tenía miedo de que su nombre

figurara entre los 200 expedientes de la supuesta amnistía fiscal. "Pero ¿cuánto dinero ganas?" "No sé, entre mi mujer y yo no llega a tres millones y medio al año." Su compañero le mandó a la mierda y eso fue todo.

Por la tarde, al volver a casa, preguntó si había llegado alguna notificación del juzgado de guardia o si alguien les había amenazado por teléfono, pero no, todo estaba en orden. Antes de acostarse, mientras se cepillaba los dientes, se contempló en el espejo enfrentándose al fin a la verdad. "Dios mío —se dijo—, no soy nadie."

JUAN JOSÉ MILLÁS

## El agente de la Interpol

El padre de mi mejor amigo, durante el bachillerato, era ferretero, pero a su hijo le parecía poca cosa y un día, en secreto, me dijo que la ferretería era una tapadera.

—En realidad —añadió—, es agente de la Interpol.

Yo me asomaba a veces al establecimiento y siempre lo veía allí, contando tuercas y tornillos, o despachando bombillas de 40 vatios, y me preguntaba de dónde sacaba el hombre tiempo para interpolar, aunque quizá lo hacía los domingos, durante los cuales, en aquella época al menos, sólo trabajaban los espías.

Pasado el tiempo, ya de adultos, mi amigo y yo estábamos comiendo un día juntos, cuando le recordé aquella mentira adolescente. Al principio nos reímos mucho, pero luego él se puso serio y me confesó que aquel padre irreal, el agente de la Interpol, había sido más importante en su vida que el verdadero.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Exactamente lo que oyes. Ya sé que mi padre, objetivamente hablando, no fue más que un humilde tendero de barrio, pero ese padre apenas ha influido en mi educación. El que de verdad me hizo fue el imaginario. Él me dio los mejores consejos y orientó mi vida de tal modo

que sin su existencia yo habría sido diferente. No sé si mejor o peor, pero diferente.

Me gustó aquella confesión, pues siempre he mantenido que las cosas irreales han determinado nuestras vidas mucho más que las reales. Mi amigo era un ejemplo vivo. Le animé a que continuara hablando de la relación real con un ser inexistente y mi amigo me contó que aquel padre hipotético le había prohibido fumar, mientras que el de verdad le ofreció un cigarrillo al cumplir los 18 años.

—Imagínate —añadió—, si llego a hacer caso al ferretero, ahora sería un fumador empedernido. ¿Recuerdas la época en que me dio por practicar deporte?

—Claro.

—Pues fue gracias al padre falso también. Me aseguró que el deporte era lo mejor para evitar malos rollos, y tenía razón.

Continuamos hablando del asunto mientras nos servían el café y entonces me confesó que un día, encontrándose al borde de la muerte el padre real, mi amigo se acercó a él y le dijo:

—Papá, tú no has sido para mí un simple ferretero. Quiero que sepas que fuiste un agente de la Interpol.

—¿Un agente de qué? —preguntó el padre con un pie en el más allá.

—De la Interpol. Una especie de espía. Un policía internacional encargado de velar por el orden mundial.

Por lo visto, su padre se quedó mirándolo unos segundos, con rostro pensativo, y finalmente dijo:

—Pues algo había notado yo.

O sea, que no sabemos.

JUAN JOSÉ MILLÁS

## Escribir a máquina

Hace años cultivé el método ciego de escritura a máquina, y aunque nunca logré teclear más de dos palabras seguidas sin cometer un error, conseguí llegar con los ojos cerrados hasta la cocina y regresar sin un solo tropiezo. No aprendí a escribir, pero practiqué la invidencia con resultados notables. En los hoteles, por las noches, no necesito encender la luz para llegar hasta el cuarto de baño, y por mi casa me muevo a oscuras sin problemas, lo que, siendo bueno para mi fotofobia, no resolvió mis problemas con la mecanografía. Quizá por eso durante mucho tiempo me manejé con bolígrafos de punta fina que se adaptaban perfectamente al ritmo de mi pensamiento. Los días en que amanecía torpe, la bola de tinta discurría a trompicones, como si fuera obligada a rodar por una superficie irregular. Pero cuando mi capacidad asociativa estaba a pleno rendimiento, la punta del bolígrafo se deslizaba a lo ancho de la cuartilla como un patinador de un extremo a otro de la pista de hielo.

Escribí así varias novelas que luego me pasaba a máquina un mecanógrafo profesional, de manera que no lamenté mi torpeza con las teclas hasta que empecé a trabajar para la prensa. Los periódicos son un medio rápido; no puedes escribir a mano para pasarlo luego a máquina

si quieres entregar el artículo antes de que cierren la edición. Así que adquirí un ordenador, que me pareció un medio más caliente que la máquina, y comencé a practicar renunciando desde el principio al método ciego: si mirando las teclas tengo dificultad para acertar en el blanco, con los ojos cerrados el desastre está garantizado.

Poco a poco fui ganando velocidad, incluso ganándome la vida. Pero de vez en cuando regresaba al bolígrafo con el sentimiento de regresar a casa. Y no es sólo porque éste eyacule las palabras en lugar de escupirlas, lo que le da una connotación sexual muy querida a la escritura, sino porque la mano derecha, que es la que trabaja, se entera de todo, mientras que con el ordenador, al realizar la faena a medias con la izquierda, sólo se entera de la mitad. Escribir a ciegas, que no es lo mismo que hacerlo por el método ciego, y eso siempre desasosiega. O *desasoclega* quizá; la cuestión es que cansa. Si no me entienden, otro día se lo explico a ustedes a bolígrafo.

JULIA OTXOA

## Maletas

En mi caso hacer el equipaje es toda una batalla, tengo pocas cosas pero mal definidas, hasta el punto que desconozco qué poseo en realidad, tan solo sé que algunas pertenencias son ligeras y ovaladas pero éstas a veces se alargan inesperadamente hasta romperse y vaciarse por completo. Otras en cambio son pesadas y con sólo pensar en ellas modifican su forma, estorban por todas partes, me tropiezo con ellas, tengo las piernas llenas de hematomas, algún día van a lograr que me caiga y me dé un mal golpe.

Hay incluso algunas cuya existencia es dudosa, a menudo ignoro si pertenecen al pasado, al presente o tan sólo al universo de mis sueños. Así que no es extraño que a la hora de hacer las maletas nunca sepa si voy a tardar mucho o poco, son tantas las conjeturas, las hipótesis... La sucesión de enigmas me rompe los nervios, me fatiga en extremo, me deja sin fuerzas para nada. Y claro, en esas circunstancias siempre acabo anulando mis viajes.

JULIA OTXOA

## Palomeras de San Roque

“Palomeras de San Roque” es uno de esos lugares estratégicos de montaña donde los cazadores, escondidos en casetas camufladas, cazan a red la paloma torcaz que emigra en el otoño hacia África.

Pervive en el lugar todavía, un rito de matanza ancestral, un impresionante espectáculo que mueve cada año miles de curiosos. El acto consiste en que los cazadores, una vez que tienen a los cientos de palomas atontadas bajo la red, las van sacando una a una, degollándolas con certeros mordiscos.

Una vez terminada dicha ceremonia de muerte, el rito continúa y esos cazadores, con los labios aún chorreando sangre, besan en la boca a las mozas que quieren buscar novio. Ya que dice la leyenda que los besos mojados en sangre de paloma son los mejores aliados del amor.

No obstante, también se cuenta que durante las noches de luna llena, los cazadores incendiados de pasión amorosa, desenfrenadamente, acarician con los dientes el cuello de sus amedrentadas esposas.

JULIA OTXOA

## Tienda de bromas

Ante mi asombro ya que para nada estábamos en carnaval, aquel hombre alto y flaco, vestido de negro con cara de funeral, entró en la famosa tienda de bromas "El rey de las fiestas", saliendo al poco tiempo transformado, luciendo una ostentosa nariz roja y unos grandes mostachos color naranja, su cabeza cubierta con uno de esos gorritos de chino mandarín. Sin embargo fijándose en él con detenimiento se observaba fácilmente que la seriedad de su rostro no había variado en absoluto, lo seguí durante unos minutos pero pronto lo perdí de vista entre las nubes de turistas que aquellos días abarrotaban la ciudad.

Volví a mi trabajo de portero y me olvidé del asunto hasta que meses más tarde, en la consulta de ingresos del hospital, reconocí las facciones de aquel hombre serio, tremendamente pálido, en el rostro del cirujano que iba a realizar, con mi dañado corazón, una delicada operación a vida o muerte.

JULIA OTXOA

## Hans y Gretel

Veo a Hans y Gretel como a dos extraños. ¿Cómo alguna vez pude pensar en ellos con ilusión, con esperanza, en complicidad de proyectos comunes? Los dos están mirándome desde el umbral, vestidos con sus buzos azules manchados con la sangre de los terneros, las manos metidas en los bolsillos, uno de ellos, silba "*La tramontana*", sabe que me duele terriblemente la cabeza, a veces parece no tengan sentimientos, si tuviera fuerzas los echaría ahora mismo de casa, pero me encuentro muy débil, apenas sé si llegaré a llamar al médico, la sola idea de tenerle que explicar lo que me pasa, me fatiga en extremo. Además ¿en qué idioma lo haría? No conozco ninguna de las tres lenguas que se hablan en el valle, vine aquí desterrado, ellos sabían que yo hablaba de otro modo, pero durante años nos entendimos por señas, ahora sin embargo todo ha cambiado, cuando intento comunicarme cantan o miran para otro lado, lo único que les interesa es seguir matando terneros, todo el pueblo está sometido a las necesidades del matadero municipal, todo gira alrededor de él. Cada vecino tiene un cometido, unos se encargan de llevar los terneros desde los corrales al matadero, otros les tapan los ojos, otros engrasan las poleas para colgarlos una vez muertos, así

que es inútil tratar de hacerme entender, no serviría de nada. ¡Si al menos pudiera conseguir que ya que los matan aprovecharan los terneros, que no los siguieran tirando como lo hacen ahora por todas partes del pueblo como alimento de los buitres! Las calles son una peste de huesos y carne en descomposición, apenas se puede andar con normalidad, hace tiempo que los coches no circulan, ni siquiera los repartidores de alimentos que antes venían de otros pueblos quieren ahora acercarse, pero los vecinos parecen no darse cuenta de nada. Se dicen amantes de los buitres, como si eso lo justificara todo, como si eso solo fuera suficiente para acallar las preguntas de los extranjeros que a veces llegan de lejanos países para trabajar en el matadero.

JULIA OTXOA

## Fábulas

· Siguiendo el ejemplo de los cuentos de "Las Mil y Una Noches", el reo comienza a relatar fábula tras fábula a su verdugo, con el fin de entretenerle y retrasar al máximo el momento de su muerte. Pero ocurre que, en mitad de la noche, se le acaban de pronto las historias y ya no puede encontrar ni una sola en su cansada memoria.

· Aterrado y creyendo próximo su fin, mira al verdugo, aliviado comprueba que éste se ha quedado profundamente dormido con la afilada hacha entre sus manos. Así que ahora ya más tranquilo, piensa que en realidad, él nunca fue un buen narrador de historias. Aprovechando esta circunstancia le quita con suavidad el hacha, y en el preciso momento en que la levanta para descargarla sobre la nuca del durmiente, éste, sonámbulo se incorpora, comenzando a relatar de modo tan magistral los maravillosos sueños por los que en esos instantes viaja, que al punto queda el reo totalmente embelesado.

· Cuando amanece, el verdugo despierta y aprovechando que en virtud del dulce encantamiento el reo duerme ahora apaciblemente, le quita a su vez el hacha, y la historia vuelve a comenzar desde el principio, con el asustado reo contándole de nuevo fábulas al verdugo, etc. Repitiéndose así perfecto, el mágico tiempo circular en el que ambos se perdonan mutuamente la vida.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

## Los verbos de la memoria

Hablábamos de las antiguas cosas. Los recuerdos deshacían su sencillez sin apenas prisa, tenían que ver con la manera posesiva de contar nubes, o con el día en que descubrimos el lucero del alba. También nos gustaba tratar de las marcas que los caracoles dejan de noche en los jardines. Alguien dijo: Una vez llovió rosa pálido, sin embargo, nosotros fuimos ajenos a aquel suceso. Hicimos memoria del sabor de algunas palabras pronunciadas por primera vez, de su dramatismo o de la complejidad emocionada que provocan. De fondo, el mar era el gran indolente, el que existe sólo para ser visto. En un momento, sin poder evitarlo, toqué a mi interlocutor y sentí el frío de cuantas cosas están desprovistas de alma, y me puse triste, y para que él no advirtiera que estaba muerto seguí hablándole.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

## El resucitador

Señalándome a un hombre de gran dignidad, me dijeron: Ése es el resucitador; y como yo preguntara detalles, me explicaron que sólo podía resucitar a aquellos cuya muerte representara para la patria y la cosa pública una pérdida irreparable.

Todos confiaban en este hombre, y al punto creían en su capacidad prodigiosa para devolver a los muertos de su eterno reposo. Mas cuando inquirí sobre el número de sus milagros, ésta fue la respuesta: Nunca ha resucitado a nadie, porque *nadie* nos ha parecido imprescindible. Sin embargo, el hombre actuaba como si hubiera devuelto de las sombras a toda una nación.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

## Elegía

Cuando murió, durante muchos días supe que sería suficiente con marcar su número para que ella misma me hablase de las excelencias del tiempo y de algunas noticias íntimas (estaba seguro que evitaría tratar de su propia muerte). Sin embargo, desconociendo yo la estética de los muertos, y el placer de sus conversaciones, me limitaba a apoyar la cabeza en el teléfono, y, sin descolgarlo, lloraba recordando su voz.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

## Ballena mínima

En el orden del miniaturismo animal brilla por su pequeñez la llamada ballena de los Sargazos. Su color tiene la claridad, la inquietante luminiscencia de la olivina, y su fumarola la transforma a ojos de un raro observador en un nenúfar gaseoso. La leyenda le ha fabricado un origen mítico, y dice que en el primer día fue una muchacha alada, casi un ángel que huyendo de un arquero rijo- so ocultó su gracia en el laberinto de lo vegetal oceánico; y así también, que su tamaño es sólo una defensa, una fuga ante un enamorado tenaz. Y añade que las sirenas, celosas de su hermosura, obligaron a los dioses a que la convirtieran en un vulgar mamífero. Mas aun así, los navegantes que le han dado caza celebran su poder amatorio y cantan la belleza única de sus pechos de niña.

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

## Sólo sé

Sólo sé que, si abro el poema, deberá sangrar.

RENÉ AVILÉS FABILA

## Corrección cinematográfica

Cuando el aterrado público esperaba ver al inmenso King-Kong tomar entre sus manazas a la hermosa Fay Wray, el gorila con paso firme salió de la pantalla, y pisoteando gente que no atinaba a ponerse a salvo, buscó por las calles neoyorquinas hasta que por fin dio con una película de Tarzán. Sin titubeos —y sin comprar boleto—, con toda fiereza, destrozando butacas y matando espectadores, se introdujo en el film y una vez dentro ansiosamente buscó su verdadero amor: Chita.

RENÉ AVILÉS FABILA

## La Esfinge de Tebas

La otrora cruel Esfinge de Tebas, monstruo con cabeza de mujer, garras de león, cuerpo de perro y grandes alas de ave, se aburre y permanece casi silenciosa. Reposa así desde que Edipo la derrotó resolviendo el enigma que proponía a los viajeros, y que era el único inteligente de su repertorio. Ahora, escasa de ingenio, y un tanto acomplexada, la Esfinge formula adivinanzas y acertijos que los niños resuelven fácilmente, entre risas y burlas, cuando el fin de semana van a visitarla.

RENÉ AVILÉS FABILA

## De dragones

Los dragones pasean su aburrimiento, recorren durante horas, de aquí para allá y de allá para acá, los límites de su prisión. Sin fuego en las fauces parecen mansas bestias de aspecto desagradable. La literatura ya no utiliza sus servicios y entonces les resta observar de reojo a sus observadores y vivir de pasadas glorias, cuando con oleadas de fuego y humo ahuyentaban poblaciones enteras, provocando la desolación y la muerte, cuando un caballero en cabalgadura blanca (como Sigfrido y San Jorge) les hacía frente para sacar de apuros a una causa noble. Sólo recuerdos de villano olvidado. Ah, si alguna potencia —de esas muy belicosas— sustituyera blindados y lanzallamas por dragones, el prestigio de éstos cobraría auge nuevamente y la poesía volvería al campo de batalla: otra vez a disputar por motivos románticos y no por razones mezquinas, políticas, económicas o raciales.

RENÉ AVILÉS FABILA

## Nuevas versiones y más fidedignas de la antigua Grecia

Al pobre Narciso lo ponen en un lugar sin espejos, sin agua, sin posibilidad alguna donde reflejarse; así le salvan la vida, lo destinan a la fealdad de la vejez y a una historia mediocre.

A Teseo lo encierran en el laberinto donde aguarda rabioso Minotauro y no le permiten ningún ovillo de hilo. Ariadna tendrá que conformarse con otro héroe menos espectacular.

A Penélope le impiden tejer y, consecuentemente, destejer. Ya sin terapia y sobre todo sin Ulises, quien la engaña con Circe, se desquicia y tiene que consultar a Freud.

RENÉ AVILÉS FABILA

## El harén de un tímido

Como temía decirles que no, opté por conservar a todas las mujeres que he amado.

JOSÉ DE LA COLINA

## Las sirenas

Otra versión de la Odisea cuenta que la tripulación se perdió porque Ulises había ordenado a sus compañeros que se taparan los oídos para no oír el pérfido si bien dulce canto de las Sirenas, pero olvidó indicarles que cerraran los ojos,

y como además las sirenas, de formas generosas, sabían danzar...

JOSÉ DE LA COLINA

## Una pasión en el desierto

El extenuado y sediento viajero perdido en el desierto vio que la hermosa mujer del oasis venía hacia él cargando un ánfora en la que el agua danzaba al ritmo de las caderas.

—¡Por Alá —gritó—, dime que esto no es un espejismo!

—No —respondió la mujer, sonriendo—. El espejismo eres tú.

Y

en un parpadeo de la mujer  
el hombre desapareció.

JOSÉ DE LA COLINA

## La culta dama

Le pregunté a la culta dama si conocía el cuento de Augusto Monterroso titulado "El dinosaurio".

—Ah, es una delicia —me respondió—, ya estoy leyéndolo.

JAIRO ANÍBAL NIÑO

## Cuento de arena

Un día la ciudad desapareció. De cara al desierto y con los pies hundidos en la arena, todos comprendieron que durante treinta largos años habían estado viviendo en un espejismo.

JAIRO ANÍBAL NIÑO

## Fundición y forja

Todo se imaginó Superman, menos que caería derrotado en aquella playa caliente y que su cuerpo fundido, serviría después para hacer tres docenas de tornillos de acero, de regular calidad.

JAIRO ANÍBAL NIÑO

## Fábula

Y los ratones hicieron una alianza y la serpiente de cascabel le puso el cascabel al gato.

TRIUNFO ARCINIEGAS

## El tamaño del miedo

El loco estaba tirando piedras a diestra y siniestra cuando surgió el camión, cuerdas más allá, primero del tamaño de un juguete, luego del tamaño del miedo, verde y repleto de soldados, y el milico se bajó, lo amenazó con el arma desenfundada, y el loco tiró piedras, piedrecitas, polvo, se fue.

TRIUNFO ARCINIEGAS

## La prueba

Me miró con lástima cuando le dije que estaba dispuesto a cumplir la prueba de cortar a medianoche una rosa de su jardín. El rumor de la desaparición de sus novios sólo era una calumnia más de las mujeres que envidiaban su hechizadora belleza. Los perros ladraban furiosos, reluciendo sus amenazantes colmillos y tensando hasta el martirio las cadenas, mientras la mujer me conducía de la mano hasta la puerta. Hizo un gesto y los perros escondieron el rabo entre las piernas y se enroscaron como serpientes.

Volví a la medianoche, arrojé la cuerda y salvé el muro del jardín. Corté la rosa y entonces los perros me rodearon sin hacerme daño porque ya era uno más, con rabo y colmillos. Mientras me revolcaba de dolor sobre la tierra, entendí que el mensaje de sus ladridos no era de amenaza sino de advertencia, y escuché el llanto de la mujer en el fondo de la casa.

TRIUNFO ARCINIEGAS

## Antídoto para la tristeza

Si te despiertas triste y la tristeza no se te pasa mientras te lavas los dientes, sal a la calle y llama al muchacho que agita periódicos en la esquina. En la primera página, marco superior izquierdo, en diez centímetros cuadrados, verás un presidente que sonrío. Entonces no habrá más tristeza en el mundo. El asunto, pienso ahora, es que deberías ver el periódico desde el sueño para que no te despierte la tristeza y el mundo acabe de hacerse antes de que abras los ojos y sonrías.

LUIS BRITTO GARCÍA

## Rubén no:

Estudia Rubén no te jubiles Rubén no fumes Rubén no salgas con tus amigos Rubén no te pelees Rubén, Rubén no te montes en la parrilla de las motos Rubén estudia la química Rubén no trasnoches Rubén no corras Rubén no ensucies tantas camisas Rubén saluda a tu tía Paulina Rubén no andes en pandilla Rubén no seas tan enamorado, Rubén no hables tanto, estudia la matemática Rubén Rubén no te metas con la muchacha del servicio Rubén no pongas tan alto la radio Rubén no cantes serenatas Rubén no te pongas de delegado de curso Rubén no te comprometas Rubén no te vayas a dejar raspar Rubén no le respondas a tu madre Rubén, Rubén córtate el pelo, coge ejemplo Rubén.

LUIS BRITTO GARCÍA

## La canción

Al borde del desierto, en el ribazo, con la lanza clavada en la arena, mientras yo estaba sobre la muchacha ella dijo una canción que pasó a mi boca y supe que venía desde la primera boca que había dicho una canción ante el rostro del tiempo para que llegara hasta mí y yo la clavara en otras bocas para que llegara hasta la última que diría una canción ante el rostro del tiempo.

LUIS BRITTO GARCÍA

## Artes posibles

Máquina maravillosa para hacer el arte, no esas tonterías debiluchas que llaman hoy arte, que apelan por separado a la vista, al oído, a otros sentidos o cosas así. El espectador es introducido en un tubo en donde lo aturden fogonazos, caleidoscopios, estroboscopios (vista); berridos, estampidos, cataplunes y zuáquitis (oído); bocanadas de sulfuro de carbono, pachulí, catanga (olfato); chorros de aceite de ricino y todas esas cosas químicas que tienen sabor sui generis (gusto); pinchazos, raspaduras, cosquillas, mordeduras (tacto), heladuras, quemaduras (sentido de la temperatura), sacudidas eléctricas, vergajazos (sentido del dolor), cambios de sitio, caídas libres, aceleraciones, deceleraciones, giros en hélice, en tirabuzón y en rizo (sentido de la posición), constricciones, torsiones (sentido de la posición corporal relativa), violaciones (percepción sexual); penetraciones, introducciones de espéculos, insuflaciones, inyecciones de hormonas y vasodilatadores (percepción interna de los procesos orgánicos), choques inductores de entremezclamiento y confusión de sensaciones (percepción cenestésica), inyecciones de drogas (percepción delirante). Al final, claro, se debe apelar al más exquisito y más sobresaltado instinto, y como luego de experimentada en su totalidad la expe-

riencia artística ya para qué vivir, el espectador es atacado en su instinto de conservación, fibra a fibra deshilachado, macerado, masticado y digerido. Como sucede con toda nueva forma de arte, en la que proponemos, los espectadores, al principio, serán escasos.

LUIS BRITTO GARCÍA

## Nadar de noche

Para nadar de noche mejor dejar atrás los prejuicios comenzando por el del apego a la vida. En el mar nocturno sólo se ve la espuma de las olas como hileras de dientes que van a devorarnos. Para escapar hay que sumergirse, y entonces descubre uno que en la noche del trópico toda burbuja es centella y toda brazada estela de chispas y que si al hundirse se dijo adiós al cielo estrellado en la profundidad las rocas enfebrecidas de coral son constelaciones y el trazo de los peces nebulosa de fuego. La ola relampaguea y el abismo encandila. Se está muy bien en esta oscuridad tachonada de fulgores. No otra cosa es el mundo. No hay que regresar a la costa, cuya ilusoria seguridad termina devorándonos.

LUIS BRITTO GARCÍA

## Última

La última muerte se me olvidó, que es como si hubiera muerto doblemente.

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

## Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana

Que mi cuerpo se deje en el espacio, fue su última voluntad.

Hubo que hacer los trámites, y para sorpresa nuestra, no era el primero: quienes no habían podido ir en vida al cosmos, era lógico que solicitasen eso.

Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana, como de ataúdes espolvoreados de cristales, que generalmente se cruza en el camino de los cohetes cuando éstos se dirigen a Marte.

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

## Andaban en sus manos y en su cabello arrollado de brisas

Cuando los pájaros que habían andado en una de sus manos se asustaban, nos dábamos cuenta de que aún vivía.

Había pedido al médico que ya que se hallaba totalmente paralizado, le permitiese vivir, a partir de entonces, en una silla de ruedas a la intemperie: *quitero serle úttl a alguten*, dijo trabajosamente.

Hasta el día en que comenzamos a verle sonreído, nos pareció que se había quedado ahí, en un silencio cavernoso: ese día empezó la construcción del nido.

Un mes después, presentimos su muerte: sin embargo, como su cuerpo no se descompuso, lo dejamos allí, en el campo, pues otra pareja había anidado en su cabello arrollado de brisas.

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

## La tatarabuela Felicia

La tatarabuela Felicia fue la mujer más mujer de la familia.

Era muy inteligente y bella según los cuentos del tío Ramón Enrique y un retrato que cuelga en la sala.

Un día, en medio de una de las tantas guerras y revoluciones que hubo en el país en los últimos años del siglo XIX, unos soldados pasaron por la casa de la familia y, como los hombres no quisieron incorporarse a su ejército, decidieron matarlos.

Antes de hacerlo, los soldados les dijeron a las mujeres de la casa que podían irse con lo que llevaran encima, que con ellas no se meterían.

Por idea de la tatarabuela Felicia, cada mujer salió cargando a su marido, a su hermano, a su padre o a su hijo y entonces los soldados se quitaron las gorras, se rascaron las cabezas y se fueron para siempre con las caras rojas y los corazones chiquiticos.

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

## Yo no me considero un funcionario corrupto

¡No, yo no soy, yo no me considero un funcionario corrupto, porque un funcionario corrupto es un individuo que no tiene vergüenza, que carece de moral y que ha perdido el sentido ético...! ¡Yo no, yo todavía me sonrojo, cuando me sobornan...!

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

## Una sola carne

Tan pronto el sacerdote concluyó la frase ...*y formaréis una sola carne*, el novio, excitado, se lanzó a devorar a la novia.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

## Los brazos de Kalym

Kalym se arrancó los brazos y los lanzó a un abismo. Al llegar a su casa, su mujer le preguntó sorprendida: "¿Qué has hecho con tus brazos?"

—Me cansé de ellos y me los arranqué —respondió Kalym.

—Tendrás que ir a buscarlos; vas a necesitarlos para el almuerzo. ¿Dónde están?

—En un abismo, muy lejos de aquí.

—¿Y cómo has hecho para arrancártelos?

—Me despegué el derecho con el izquierdo, y el izquierdo con el derecho.

—No puede ser —respondió su mujer— pues necesitabas el izquierdo para arrancarte el derecho, pero ya te lo habías arrancado.

—Ya lo sé mujer, mis brazos son algo muy extraño. Olvidemos eso por ahora y vayamos a dormir —dijo Kalym abrazando a su mujer.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

## Hojas sin sentido

A veces lleno tantas hojas sin sentido, que ante la obligación de romperlas prefiero ir las colocando en el rincón donde duermen las arañas y los escarabajos. Las hojas se ven tan desvalidas, se pueblan de un polvo finísimo, de mis estornudos y de las imprecaciones que se lanzan los vecinos desde el apartamento de al lado, también del sonido que despiden mis zapatos cuando llego en las madrugadas; del chirrido de las bisagras desgrasadas, del sonido de mis sábanas cuando me arropo, del recuerdo de la mujer a la cual no pude dirigir palabra cuando me clavó su definitiva mirada en el parque; cuando se llenan de todo el vapor que despiden mis miembros tensos cuando se llenan del vacío de mis manos. Ellas recobran entonces un sentido que no puedo comprender, sin embargo adivino que algún día alguien las leerá y sacará de su tumulto de ideas entrecortadas alguna frase que me nombre.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

## El momento más importante

—La fecha más importante de la historia es el nacimiento de Cristo —le dijo un borracho a un hombre en una taberna pobre, pero muy concurrida y alegre.

—Sí, tienes razón —le respondió el hombre, tomándose un trago antes de levantarse del banco de la barra.

Primero lo bendijo.

Después, se fue a hacer sus milagros.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

## Encuentros lejanos

Apenas enciende el ordenador, Bill se pone en contacto con el mundo global que se pone en contacto con los otros contactos del mundo en permanente contacto con otros ordenadores que emplean una red complicada en contactarse entre ellos mismos para obtener la información requerida para poder hacer funcionar la primera tecla del ordenador de Bill.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN

## El hombre invisible

Aquel hombre era invisible, pero nadie se percató de  
ello.

PIA BARROS

## Golpe

—Mamá —dijo el niño—, ¿qué es un golpe?

—Algo que duele muchísimo y deja amoratado el lugar donde te dio.

El niño fue hasta la puerta de casa. Todo el país que le cupo en la mirada tenía un tinte violáceo.

PÍA BARROS

## Las pieles del regreso

*A Miguel Ángel Rojas*

Él amaba sus pechos anchos caídos como lenguas mansas sobre su abdomen abultado. Le gustaba recorrer su cuerpo lleno de curvas, de excesos, de pliegues, de blanda acogida. Tocarla era el presagio del placer y el abrazo le hacía perder los límites de su propia piel confundida en la de ella. Nada se comparaba a su cuerpo lleno de historias.

El día en que se fue sin aviso, él se prosternó ante la desolación. Cada tarde fue un espiar por la ventana aguardando su regreso.

Tres meses después, los conocidos golpecitos rítmicos lo estremecieron.

Parecía ella, sólo que reducida, estirada, tensada como una cuerda. Buscó beber sus pechos, la abrazó, la desnudó lleno de besos y sentido, pero el hálito de goma, la dureza de sus caderas, el vientre plano.

Cuando ella despertó, no pudo explicarse el cuerpo tan amado, balanceándose desde la viga principal.

En los ojos del suicida, se leía la orfandad.

PÍA BARROS

## Estado de perversión

*A J. A. Epple, por perversiones compartidas*

Tienen algo de perverso los walkman, puedes ir por la calle conociendo a Bach y sonreír; o puedes ir por la calle escuchando un instructivo para las bazookas domésticas y sonreír; o puedes ir por la calle escuchando un audio/porno y sonreír, en resumen, sonreír porque los otros no escuchan lo que tú oyes y eres poderoso y privado. Lo que no sabes es que ellos tienen uno más moderno que el tuyo y te sintonizan porque sonríes demasiado en una ciudad en la que no hay nada por qué sonreír.

Por eso no entiendes cuando los dos hombres te toman por los brazos y te llevan al callejón y te disparan, no es que fuesen moralistas o no entendieran a Bach. No es por eso, precisamente, sino porque tienen algo de perverso los walkman.

PÍA BARROS

## Sin claudicar

*A Susana Sánchez, respondiendo a su  
Valparaíso; a Marjorie, también porteña*

Aquí está ella, la más barata del puerto, la del corazón grande, navegante e inconcluso para siempre, los mástiles abiertos para él, que es uno más de hombros anchos y poderosos, uno más sin afeitar y la expresión compungida de los hombres abyectos y desnudos, él, a quien ha dejado creer que la posee cuando es en realidad ella la que permite que le hunda su proa en esa pieza angosta y helada, frente al lavatorio de agua sucia y al espejo que ya ni refleja de cansancio, y que en un extremo tiene su carnet que certifica cincuenta años junto a esa guirnalda atesorada desde la última navidad en que fue niña.

PÍA BARROS

## Trece

Me encantas, bruja, en tu vuelo nocturno. Así le dijo, lo que siempre había querido escuchar. Pero siguió de largo. Era el día de los malos augurios.

JUAN ARMANDO EPPLE

## Sobre libros no hay nada escrito

*A Mempo Giardinelli*

Reunir tantos libros, estudiar tanto —murmura el ahora ex estudiante, mientras la patrulla deletrea títulos y el jefe dictamina con un dedo— para que vengan de pronto cuatro milicos a quemar lo que quieran, y todavía cuadrándose, con cada veredicto, a la orden cabo Gutenberg.

JUAN ARMANDO EPPLE

## Tareas gramaticales

*A Jorge Gilbert*

El Presidente en ejercicio, que se ha adiestrado por décadas en los trucos del poder, telegrafía desde sus vacaciones tácticas en Miami a su Ministro del Interior: "secretaría del Interior encárguese convocatoria elecciones, usted sabe: anuncios prensa, seleccionar candidato oposición de confianza, ayuda discreta, presidente ausente razones de estado, tapabocas rumores intervención electoral, pronunciamiento fuerzas vivas, destacar comportamiento cívico ciudadanía, distinto tropicalismo otros países, resultados transparentes, no exagerar porcentajes".

El Ministro del Interior, que también se ha ejercitado en los trucos del poder, telegrafía desde su puesto de trabajo: "elección presidencial convocada plazos fijados, fuerzas vivas movilizadas, comportamiento cívico ejemplar, candidatos empatados, letra y espíritu Constitución indica ante ausencia jefe de estado asumirá presidencia Ministro del Interior. Para constancia firman jefes fuerzas armadas."

JUAN ARMANDO EPPLE

## Natividad 2000

*A Alicia Sánchez*

María envolvió al bebé recién nacido en una manta y salió a la calle. Se le habían secado prematuramente los pechos y las monedas no le alcanzaban para comprar una lata de leche. Su marido la abandonó apenas supo que estaba embarazada, llevándose los únicos bienes que podían ser vendidos o empeñados: sus herramientas de carpintero.

Recorrió las calles buscando una esquina propicia para instalarse a pedir limosnas. Pero era un día feriado, las tiendas estaban cerradas, la gente se había recogido temprano a sus casas, y sólo pasaban autos apurados salpicando las pozas del pavimento.

Al llegar al centro de la ciudad, descubrió un pequeño establo de madera, iluminado con luces de colores, que adornaba la plaza principal, entre el edificio de la Gobernación y la Catedral. Vio que bajo el pesebre había una cama de paja, rodeada de animalitos de cartón.

Estaba por anochecer y se avecinaba otro temporal. En esas condiciones era peligroso seguir buscando con el bebé a cuestas.

Depositó a la niña en la cama de paja, y siguió su camino.

No esperaba ningún milagro.

JUAN ARMANDO EPPLE

## S.O.S.

*A Ana María Shua*

Náufragos en una isla desierta, que es donde deben ir a parar estos personajes. No es lo mismo naufragar, por ejemplo, en Nueva York que en Tijuana. Pasa el tiempo, y como para el caso pareja sexo opuesto (perfectos desconocidos, simples amigos, novios), un día descubren que tienen hijos. Necesidad de proporcionarles educación aunque sea básica. Descubren que no tienen libros, sólo algunos recuerdos de cuentos infantiles. Zambullidas altruistas en la memoria para sacar a flote y recomponerles con los retazos historia ejemplar de la Caperucita con Botas, Aladino y los Siete Enanitos, el Lobito Valiente, la Cenicienta y los Cuarenta Sastrecillos, el Bello Durmiente y su Lámpara Maravillosa. Llegada providencial de barco de rescate, contratado por agencia literaria, sin fines de lucro. Pasajeros descubren extrañadísimo estado de la isla. Unos se tapan los ojos abochornados. Otros quieren saltar a tierra. Presintiendo un motín, capitán ordena marcha atrás, alejarse a toda máquina. La isla es declarada políticamente incorrecta y borrada de los mapas. También este cuento, lanzado al mar en botella de plástico por tripulante despistado, naufrago de última hora, sin derecho de autor.

JUAN ARMANDO EPPLE

## Diario de vida

*Martes, 26 de abril de 2001*

Hoy comienza una nueva etapa de mi vida: esta mañana nací en la Clínica de la Santísima Trinidad, de Pueblo Nuevo. Pesé 3 kilos y medio.

Fuèron mis padres Avelina Martínez, abogada, Sofía Monterroso, filóloga y Armando Orellana, dueño de casa.

Ojalá esta vez me vaya mejor.

CRISTINA PERI ROSSI

## Atlas

Sostiene el universo sobre sus hombros. No debe asombrar a nadie, pues éste ha dado múltiples pruebas de su desequilibrio. Sostener el universo sobre los hombros es una tarea absorbente y delicada, que exige toda su concentración; no puede permitirse distracciones, ni pausas, ni paseos por los lagos, ni viajes de placer. Tampoco puede desempeñar otra tarea (no puede tener un interesante empleo en la administración pública, ni trepar la pirámide de la iniciativa privada); no ha buscado esposa ni tiene hijos. Es, también, una tarea silenciosa y poco brillante, por la cual no recibe tarjetas de felicitación a fin de año, ni aguinaldo, ni premios especiales. Nadie parece prestar demasiada atención al hecho de que sostiene el universo sobre sus hombros, como no se presta atención al empleado de los retretes públicos; ambos saben que son tareas silenciosas pero imprescindibles.

No siempre sostuvo el universo sobre sus hombros; los primeros años de su niñez transcurrieron sin esa responsabilidad, pero no fueron muchos; tiene una imagen desvaída de esa época, quizás porque el peso de sostener el universo le ha arruinado la memoria.

No discute el hecho de que sea él y no otro quien sostiene el universo; lo acepta de una manera visceral, quizás

porque se trata de un fatalista que no cree en la posibilidad de modificar sustancialmente las cosas. Hace su trabajo con concentración, aunque a veces siente el deseo de pasear, de tomarse unas vacaciones.

No discute con nadie la índole de su trabajo y le gustaría que alguien, al verlo sostener el pesado universo sobre sus hombros, le sonriera. Pero si esto no ocurre (y de hecho: no ocurre), tampoco se deprime. Ha conseguido instalar en sí mismo una sabia indiferencia ante los placeres mundanos (que de todos modos le estarían vedados por la índole de su trabajo), la comodidad, el lujo y las aficiones de la carne. Carece de cualquier clase de religión y no atribuye a su tarea ningún sentido místico: detestaría ser el origen de una corriente religiosa o política.

Ahora que su salud declina (es un ser mortal como cualquier otro), se pregunta quién será el llamado a sustituirle. No tiene descendencia y no cree que, de todos modos, se trate de un cargo hereditario. Tampoco piensa que la elección dependa de alguna clase de mérito social, intelectual o político. Sabe que es una tarea pesada, ingrata, mal remunerada, pero la única frente a la cual no existe opción. No conoce quiénes fueron sus antepasados en el cargo, y posiblemente le esté vedado conocer al sucesor. Pero quizás por efectos de la vejez, recuerda con especial ternura al niño que un día comenzó a sostener el universo sobre sus hombros. No juzga de ninguna manera a los hombres y mujeres que exonerados de esa tarea, se dedican a otras ocupaciones.

Lo que más le molesta es no ir al cine.

CRISTINA PERI ROSSI

## La naturaleza del amor

Un hombre ama a una mujer, porque la cree superior. En realidad, el amor de ese hombre se funda en la conciencia de la superioridad de la mujer, ya que no podría amar a un ser inferior, ni a uno igual. Pero ella también lo ama, y si bien este sentimiento lo satisface y colma algunas de sus aspiraciones, por otro lado le crea una gran incertidumbre. En efecto: si ella es realmente superior a él, no puede amarlo, porque él es inferior. Por lo tanto: o miente cuando afirma que lo ama, o bien no es superior a él, por lo cual su propio amor hacia ella no se justifica más que por un error de juicio.

Esta duda lo vuelve suspicaz y lo atormenta. Desconfía de sus observaciones primeras (acerca de la belleza, la rectitud moral y la inteligencia de la mujer) y a veces acusa a su imaginación de haber inventado una criatura inexistente. Sin embargo, no se ha equivocado: es hermosa, sabia y tolerante, superior a él. No puede, por tanto, amarlo: su amor es una mentira. Ahora bien, si se trata, en realidad, de una mentirosa, de una fingidora, no puede ser superior a él, hombre sincero por excelencia. Demostrada, así, su inferioridad, no corresponde que la ame, y sin embargo, está enamorado de ella.

Desolado, el hombre decide separarse de la mujer durante un tiempo indefinido: debe aclarar sus sentimientos. La mujer acepta con aparente naturalidad su decisión, lo cual vuelve a sumirlo en la duda: o bien se trata de un ser superior que ha comprendido en silencio su incertidumbre, entonces su amor está justificado y debe correr junto a ella y hacerse perdonar, o no lo amaba, por lo cual acepta con indiferencia su separación, y él no debe volver.

En el pueblo al que se ha retirado, el hombre pasa las noches jugando al ajedrez consigo mismo, o con la muñeca tamaño natural que se ha comprado.

CRISTINA PERI ROSSI

## [Siempre imagino que mi madre...]

Siempre imagino que mi madre tiene nada más que veinticinco años (la edad que ella tenía cuando yo nací), de ahí que me enfurezca si la oigo arrastrar los pies, cloquear, toser, pensar como una vieja. No entiendo por qué a los veinticinco años le han salido arrugas ni me explico cómo siendo tan joven se acuesta tan temprano.

Si en algún momento de pavorosa lucidez advierto que es una vieja, tal descubrimiento me llena de horror, por lo cual trato inmediatamente de expulsar dicho conocimiento de la luz de mi conciencia, de manera que en seguida recupera sus veinticinco años.

Ella me trata a mí continuamente como si yo fuera una niña, por lo cual nos entendemos perfectamente. No insisto en crecer, porque sé que es inútil: para nosotras dos, el tiempo se ha estacionado y ninguna cosa en el mundo podría hacerlo correr. Moriré de cinco años y ella de veinticinco: a nuestros funerales asistirá una muchedumbre de ancianos niños y de niños que jamás llegaron a crecer.

CRISTINA PERI ROSSI

## [Cuando los alfiles se rebelaron...]

Cuando los alfiles se rebelaron, el campo quedó sembrado de peones desvanecidos; las torres corrieron a refugiarse en los tamarindos y un caballo, despavorido, vagaba por el camino, ciego de los dos ojos y perdiendo sangre por los oídos. Los peones restantes prepararon en vano una celada: murieron junto al arroyo y solamente el otro caballo parecía resistir. El último embate enemigo dio por tierra con el rey que huía —como casi todos los reyes— dando la espalda. Cuando la reina, majestuosa y trágica, quedó sola en el camino, uno de los alfiles se le subió a la espalda y el otro, con un toque de lanza, la derrumbó. Sobre ella gozaron toda la mañana, hasta que, aburridos, la abandonaron junto a la casilla número cinco.

CRISTINA PERI ROSSI

## [Ella me ha entregado la felicidad...]

Ella me ha entregado la felicidad dentro de una caja bien cerrada, y me la ha dado, diciéndome:

—Ten cuidado, no vayas a perderla, no seas distraída, me ha costado un gran esfuerzo conseguirla: los mercados estaban cerrados, en las tiendas ya no había y los pocos vendedores ambulantes que existían se han jubilado, porque tenían los pies cansados. Ésta es la única que pude hallar en la plaza, pero es de las legítimas. Tiene un poco menos brillo que aquella que consumíamos mientras éramos jóvenes y está un poco arrugada, pero si caminas bien, no notarás la diferencia. Si la apoyas en alguna parte, por favor, recógela antes de irte, y si decides tomar un ómnibus, apriétala bien entre las manos: la ciudad está llena de ladrones y fácilmente te la podrían arrebatar.

Después de todas estas recomendaciones soltó la caja y me la puso entre las manos. Mientras caminaba, noté que no pesaba mucho pero que era un poco incómoda de usar: mientras la sostenía no podía tocar otra cosa, ni me animaba a dejarla depositada, para hacer las compras. De manera que no podía entretenerme, y menos aún, detenerme a explorar, como era mi costumbre. A la mitad de la tarde tuve frío. Quería abrirla, para saber si era de las legítimas, pero ella me dijo que se podía evaporar. Cuan-

do desprendí el papel, noté que en la etiqueta venía una leyenda:

“Consérvese sin usar”.

Desde ese momento tengo la felicidad guardada en una caja. Los domingos de mañana la llevo a pasear, por la plaza, para que los demás me envidien y lamenten su situación; de noche la guardo en el fondo del ropero. Pero se aproxima el verano y tengo un temor: ¿cómo la defenderé de las polillas?

EDUARDO GALEANO

## Garúa

Había sido la última oportunidad. Ahora lo sabía. De todos modos, pensó, hubiera podido ahorrarme la humillación de la llamada y el último diálogo; diálogo de mudos, en la mesa del café. Sentía en la boca un sabor a moneda vieja y piel adentro una sensación de cosa rota. No sólo a la altura del pecho, no: en todo el cuerpo: como si las vísceras se le hubieran adelantado a morir antes que la conciencia lo hubiera resuelto. Sin duda, tenía todavía muchas gracias que dar, a mucha gente, pero se le importaba un carajo. La garúa lo mojaba con suavidad, le mojaba los labios, y él hubiera preferido que la garúa no lo tocara de aquella manera tan conocida. Iba bajando hacia la playa y después se hundió lentamente en el mar sin sacarse siquiera las manos de los bolsillos, y todo el tiempo lamentaba que la garúa se pareciera tanto a la mujer que él había amado y había inventado, y también lamentaba entrar en la muerte con el rostro de ella abarcando la totalidad de la memoria de su paso por la tierra: el rostro de ella con el pequeño tajo en el mentón y aquel deseo de invasión en los ojos.

EDUARDO GALEANO

## El miedo

Una mañana nos regalaron un conejo de Indias.

Llegó a casa enjaulado. Al mediodía le abrí la puerta de la jaula.

Volví a casa al anochecer y lo encontré tal como lo había dejado jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad.

EDUARDO GALEANO

## Mujer que dice chau

Me llevo un paquete vacío y arrugado de cigarrillos Republicana y una revista vieja que dejaste aquí. Me llevo los dos boletos últimos del ferrocarril. Me llevo una servilleta de papel con una cara mía que habías dibujado, de mi boca sale un globito con palabras, las palabras dicen cosas cómicas. También llevo una hoja de acacia recogida en la calle, la otra noche, cuando caminábamos separados por la gente. Y otra hoja, petrificada, blanca, que tiene un agujerito como una ventana, y la ventana estaba velada por el agua y yo soplé y te vi y ése fue el día en que empezó la suerte.

Me llevo el gusto del vino en la boca. (Por todas las cosas buenas, decíamos, todas las cosas cada vez mejores, que nos van a pasar.)

No me llevo ni una sola gota de veneno. Me llevo los besos cuando te ibas (no estaba nunca dormida, nunca). Y un asombro por todo esto que ninguna carta, ninguna explicación, pueden decir a nadie lo que ha sido.

TERESA PORZECANSKI

## Palabras cruzadas

Vertical Dios egipcio de la cuarta dinastía del bajo imperio cinco letras horizontales terminación de verbo en infinitivo perteneciente a la tercera conjugación verticales pasado pluscuamperfecto del verbo roer cinco letras empezando con horizontales moverse al costado de la definición correcta de sombrero de acuerdo al diccionario de la Real Academia de Mutuo Socorro herido en la guerra de Verdún en milcuatrocientos quince decir quien fue la famosa odalisca que deteriorara la imagen de la corte nombrar los cuatro generales que mataron al héroe libertador de Groenlandia decir quien fue el descubridor del abrejetas por qué el predicado de la frase buen día no puede incluirse en el portento, y rascarse, rascarse, rascarse. Estimado señor por la presente comunicamos a usted la buena nueva de que ha acertado al crucigrama que oportunamente publicara nuestra revista y habiendo participado en el sorteo, ha resultado ganador de un estuche completo de las perfumerías Loto que incluye desodorante, desodorante y desodorante, el que puede pasar a retirar durante la ceremonia de entrega de premios próximo lunes a las dieciocho y treinta y yo ya hice pasar tres horas de mi digestión lenta y me sé de memoria los nombres de los hijos de Rodolfo Valentino y ya vuelvo a mi laburo hay un entierro esta tarde y tenemos que cavar la fosa.

TERESA PORZECANSKI

## Hobbies

En la colección es la única pieza que me falta años estuve tratando de lograr coherencia el sistema que diera la unidad a las partes y perdí largas tardes en clasificaciones y hubo días enteros en que no salí de mi casa buscando algunos ejemplares y a veces perdí la noción del tiempo investigando la pista hacia el cruel elemento por las noches soñaba que encontraba la pieza y que era del color y tamaño requeridos y hasta a veces despierto intuía encontrarla en una esquina recóndita de mi propia guarida las demás están todas tranquilas encerradas en sus cajas de vidrio con títulos intactos descansando a la sombra del mundo activo malo graciasadios a salvo de mi desasosiego y de mis ganas locas de mirarle al espejo y comprobar aterrado que yo soy esa pieza la difícil la única pieza que me falta.

ISIDORO BLAISTEN

## Tal vez mañana

En *El bandido de Oklahoma*, tampoco; en *El río de la muerte*, menos.

Quizás en *Dos cadáveres para Bongo*, pero no, no era.

En *Al este de Arizona* pensó que tal vez algo. No.

*Un dólar muerto* la vio como si nada. Tampoco en *Al este de Veracruz. Texanos a caballo*, nada.

Luis paró los dos proyectores y dijo:

—Mire, don: son las seis de la mañana. Si llega a aparecer el trompa, a mí me rajan. Ya le pasé nueve. Quedan dos. ¿Qué hacemos?

El hombre dijo:

—Está bien.

Pagó y salió junto con Luis.

Afuera, la calle parecía una cara mojada. Luis sintió la necesidad de decir:

—No lo tome a mal, don...

—Está bien —dijo el hombre—. ¿Un café?

—No. La patrona me espera.

Luis se fue. Corrió el colectivo y lo alcanzó justo, antes de llegar a la esquina, antes de que acelerase.

Agachado, con las manos en los bolsillos, el hombre se alejó caminando. Como hablándole a los zapatos, bajito.

## El que está escondido y espera

El que está escondido y espera asoma su rostro macilento, cansino, no precisamente estragado, pero más bien cetrino, o por qué no oliváceo, aunque podría ser también aceitunado, que asimismo puede decirse. Aunque se dicen tantas cosas. Siempre hagas lo que hagas te van a criticar. Te la van a dar con todo. La gente es mala. Retomo el hilo. Estábamos en que asoma su rostro macilento por detrás del biombo. Entonces el biombo se cae. Al caerse se caen también todas las flores pintadas en el biombo, todos los pájaros, todos los lotos, todos los japoneses.

Es entonces, en ese preciso instante, cuando todos los tintoreros abandonan a la sanfascón todos los pantalones en las planchas y corren, corren y corren, corriendo a alcanzar todas las flores, todos los pájaros, todos los lotos.

Entonces, el que está escondido y espera se da cuenta de que ya no está escondido puesto que el biombo no está y entonces se dice a sí mismo "qué espero". Y entonces va, abre la puerta y corre detrás de los japoneses, que corren detrás de las flores, detrás de los pájaros, detrás de los lotos.

ISIDORO BLAISTEN

## El principio es mejor

En el principio fue el sustantivo. No había verbos.

Nadie decía: "Voy a la casa". Decía simplemente: "casa" y la casa venía a él. Nadie decía: "te amo". Decía simplemente: "amor" y uno simplemente amaba.

En el principio fue mejor.

LUISA VALENZUELA

## El abecedario

El primer día de enero se despertó al alba y ese hecho fortuito determinó que resolviera ser metódico en su vida. En adelante actuaría con todas las reglas del arte. Se ajustaría a todos los códigos. Respetaría, sobre todo, el viejo y buen abecedario que, al fin y al cabo, es la base del entendimiento humano.

Para cumplir con este plan empezó como es natural por la letra A. Por lo tanto la primera semana amó a Ana; almorzó albóndigas, arroz con azafrán, asado a la árabe y ananás. Adquirió anís, aguardiente y hasta un poco de alcohol. Solamente anduvo en auto, asistió asiduamente al cine Arizona, leyó Amalia, exclamó ¡ahijuna! y también ¡aleluya! y ¡albricias! Ascendió a un árbol, adquirió un antifaz para asaltar un almacén y amaestró una alondra.

Todo iba a pedir de boca. Y de vocabulario. Siempre respetuoso del orden de las letras la segunda semana birló una bicicleta, besó a Beatriz, bebió Borgoña. La tercera cazó cocodrilos, corrió carreras, cortejó a Clara y cerró una cuenta. La cuarta semana se declaró a Desirée, dirigió un diario, dibujó diagramas. La quinta semana engulló empanadas y enfermó del estómago.

Cumplía una experiencia esencial que habría aportado mucho a la humanidad de no ser por el accidente que le impidió llegar a la Z. La decimotercera semana, sin tenerlo previsto, murió de meningitis.

LUISA VALENZUELA

## Este tipo es una mina

No sabemos si fue a causa de su corazón de oro, de su salud de hierro, de su temple de acero o de sus cabellos de plata. El hecho es que finalmente lo expropió el gobierno y lo está explotando. Como a todos nosotros.

LUISA VALENZUELA

## Visión de reojo

La verdad, la verdad, me plantó la mano en el culo y yo estaba ya a punto de pegarle cuatro gritos cuando el colectivo pasó frente a una iglesia y lo vi persignarse. Buen muchacho después de todo, me dije. Quizá no lo esté haciendo a propósito o quizá su mano derecha ignora lo que su izquierda hace o. Traté de correrme al interior del coche —porque una cosa es justificar y otra muy distinta dejarse manosear— pero cada vez subían más pasajeros y no había forma. Mis esguincés sólo sirvieron para que él meta mejor la mano y hasta me acaricie. Yo me movía nerviosa. Él también. Pasamos frente a otra iglesia pero ni se dio cuenta y se llevó la mano a la cara sólo para secarse el sudor. Yo lo empecé a mirar de reojo haciéndome la disimulada, no fuera a creer que me estaba gustando. Imposible correrme y eso que me sacudía. Decidí entonces tomarme la revancha y a mi vez le planté la mano en el culo a él. Pocas cuerdas después una oleada de gente me sacó de su lado a empujones. Los que bajaban me arrancaron del colectivo y ahora lamento haberlo perdido así de golpe porque en su billetera sólo había 7,400 pesos de los viejos y más hubiera podido sacarle en un encuentro a solas. Parecía cariñoso. Y muy desprendido.

LUISA VALENZUELA

## Política

Una pareja baja del tren en Retiro. Tienen las manos ocupadas: de la izquierda de él y de la derecha de ella cuelgan sendos bolsos. La izquierda de ella y la derecha de él están enlazadas. Miran a su alrededor y no entienden. Las manos enlazadas se desenlazan, él se enjuga el sudor de la frente, ella se arregla la blusa. Vuelven a tomarse de la mano y caminan varios metros hasta la calle. Recién llegados del interior. Traen la información. Nadie ha ido a recibirlos. Se pierden en la ciudad, desaparecen para siempre y nunca más serán identificables a partir del momento en que se soltaron las manos, poco después de la llegada a Retiro. Las manos no se vuelven a juntar en la ciudad —o muy esporádicamente— y la información se diluye en los gases de escape y queda flotando por ahí con la esperanza de que alguien, algún día, sepa descifrar el código.

LUISA VALENZUELA

## Confesión esdrújula

Penélope nictálope, de noche tejo redes para atrapar  
un cíclope.

ANA MARÍA SHUA

## La sueñera, 117

¡Arriad el foque!, ordena el capitán. ¡Arriad el foque!, repite el segundo. ¡Orzad a estribor!, grita el capitán. ¡Orzad a estribor!, repite el segundo. ¡Cuidado con el bauprés!, grita el capitán. ¡El bauprés!, repite el segundo. ¡Abatid el palo de mesana!, grita el capitán. ¡El palo de mesana!, repite el segundo. Entretanto, la tormenta arrecia y los marineros corremos de un lado a otro de la cubierta, desconcertados. Si no encontramos pronto un diccionario, nos vamos a pique sin remedio.

ANA MARÍA SHUA

## Simulacro

Claro que no es una verdadera Casa y las geishas no son exactamente japonesas; en épocas de crisis se las ve sin kimono trabajando en el puerto y si no se llaman Jade o Flor de Loto, tampoco Mónica o Vanesa son sus nombres verdaderos. A qué escandalizarse entonces de que ni siquiera sean mujeres las que en la supuesta Casa simulan el placer y a veces el amor (pero por más dinero), mientras cumplan con las reglamentaciones sanitarias. A qué escandalizarse de que ni siquiera sean travestis, mientras paguen regularmente sus impuestos, de que ni siquiera tengan ombligo mientras a los clientes no les incomode esa ausencia un poco brutal en sus vientres tan lisos, tan inhumanamente lisos.

ANA MARÍA SHUA

## Caníbales y exploradores

Los caníbales bailan alrededor de los exploradores. Los caníbales encienden el fuego. Los caníbales tienen la cara pintada de tres colores. Los caníbales están interesados en el corazón y el cerebro, desprecian la carne tierna de los muslos, el resto de las vísceras. Los caníbales ingieren aquellas partes del cuerpo que consideran capaces de infundir en ellos las virtudes que admiran en sus víctimas. Los caníbales se ensañan sin goce en su banquete ritual. Los caníbales visten las prendas de los exploradores. Los caníbales, una vez en Londres, pronuncian documentadas conferencias sobre los caníbales.

ANA MARÍA SHUA

## El Dios Viejo del Fuego

Con las piedras del antiguo templo pagano dedicado al dios del fuego se construyó la iglesia.

Hoy, la iglesia está atestada. Hay, sobre todo, mujeres y algunos niños. Se han refugiado allí y han cerrado la única, enorme puerta con pesadas trabas para defenderse de sus enemigos.

El Dios Viejo del Fuego usa una de sus llamaradas para encender un cigarro de hoja. Los fieles no ven el peligro: confunden con incienso el humo que enrojece sus ojos, confunden con el brillo del sol en los vitrales el fulgor de la brasa.

El Dios del Fuego ha visto ascender y borrarse en la consideración de los hombres muchos monótonos Dioses de la Justicia. Sabe que sólo el terror y la locura perviven a través de los ritos, de las culturas, de los siglos. Usa otra de sus inmensas llamaradas para iluminar la escena a sus ojos legañosos. Es infinitamente viejo y fuma en paz. No va a molestarse en incendiar la iglesia sólo para darle el gusto al lector.

ANA MARÍA SHUA

## Tarzán

Avanzando en oleadas malignas, las hormigas carnívoras no han dejado más que esqueletos blanqueados a su paso. Horrorizado, Tarzán sostiene en su mano temblorosa la calavera pelada de un primate. ¿Se trata de su amada mona Chita? Condenado al infinito, el rey de la selva se pregunta ¿ser tú Chita, mi buena amiga mona? ¿La compañera que alegrar mis largos días en esta selva contumaz? ¿Ser o no ser?

PEDRO ORGAMBIDE

## El incrédulo

Mienten los que dicen que Emiliano Zapata vive todavía. ¡Ni modo, mano, está muerto y bien muerto! ¡Si yo fui uno de los que lo mató! Mienten los que dicen que anda en un caballo blanco por el desierto de Arabia. Puros cuentos, cotorreo de esos viejos que se llenan la cabeza de pulque, de sueños y de pájaros. Se lo digo yo: está muerto. A mí no me falla la memoria ni la puntería. Si ahorita, de un balazo, puedo acabar con el vuelo de un zopilote de las sierras. Esto de que Emiliano vive es cuento, señor, toda esa historia del caballo blanco...

Así dijo el viejo. Sólo que aquella noche, el incrédulo vio bajar de las sierras al caballo blanco y su jinete. Sacó su pistola. Pero tarde. El jinete le disparó su 30-30. Se desparramaron en la tierra los pensamientos del incrédulo. Fue así como murió don Buenaventura Salazar, según dicen.

PEDRO ORGAMBIDE

## Los mellizos

Mientras uno ayudaba al jardinero y juntaba flores para su abuela en la casona de Belgrano R, el otro, armado de una honda, asesinaba a un pájaro. Así, lós sirvientes los reconocían por sus actos y no por sus nombres o su aspecto: el mismo pelo rubio, la misma piel, quizá demasiado blanca, la sonrisa distante de todos los de su estirpe. La institutriz inglesa, de nervios delicados, se desesperaba al descubrir un idéntico tono de voz, la misma inflexión musical y aristocrática. Se tranquilizaba cuando uno, cansado de modular a la perfección, intercalaba, en el texto, una palabra obscena. Entonces el otro bajaba la cabeza, y un leve, casi imperceptible rubor, coloreaba la seriedad de su rostro. Terminada la lección, los chicos paseaban por el jardín tomados de la mano. Durante el invierno, los mellizos se enfermaban juntos. Entonces uno jugaba con su mecano y pegaba figuritas instructivas en su álbum, mientras el otro se limitaba a canturrear los nombres de sus antepasados agregándoles oficios infames, sórdidas ocupaciones que la abuela se apresuraba a negar, santi guándose frente al chico. Curaban los niños, pasaban sus vacaciones en la quinta, y entonces uno resplandecía, ebrio de maldad, entre los pajonales y los charcos. Su imprudencia lo llevaba hasta las vías del ferrocarril y aun

más lejos: hasta el monte donde robaba moras. Robaba, decía la abuela, ignorando que la naturaleza prescinde de la propiedad privada. No obstante, algo de razón tenía: su heredero tomaba lo suyo (un plato de sopa, un vaso de agua) con avidez, con rapiña, casi. "Aprendé de tu hermano, que come despacio", le decía. En vano. Él, durante las vacaciones sobre todo, parecía llevado por los demonios. Por eso, aquella tarde, la abuela no se sorprendió demasiado cuando trajeron el cuerpo del chico. El rápido de las seis puso fin a sus imprudencias.

Volvieron a Belgrano R, la abuela y el nieto preferido. La institutriz inglesa no oyó más obscenidades. Durante el invierno, el niño pegó figuritas y armó su mecano. Llegó noviembre, cálido y perfumado, llegó por fin la noche en que la casona de Belgrano R ardió como una tea, con los sirvientes corriendo por el jardín, con los cuadros quemándose en las paredes y una anciana mirando despavorida, comprobando, un poco tarde, que el otro era él.

PEDRO ORGAMBIDE

## Aquella victrolera

Siempre me gustaste, Rosa, siempre, Y ahora que somos viejos te lo puedo decir. Antes no: eras la mujer de Ignacio Braceras. ¡Mirá qué casualidad, venir a encontrarnos aquí, en el café donde vos trabajabas! ¡Cómo pasa el tiempo, che! Parece mentira, Rosa, que estés charlando conmigo. Yo era muy pibe cuando venía al café para verte. Eras la diosa del barrio, Rosa, la diosa del café. Allá en lo alto, en el palco de la victrolera, campaneabas a los giles. No, el palco ya no está. Y ya nadie escucha tangos, Rosa. ¿Te acordás? Vos ponías los discos en la victrola y nosotros te mirábamos las piernas. Indiferente, mirabas la pared. Me acuerdo, Rosa: me acuerdo de tus medias corridas y me dan ganas de llorar. Yo cerraba los ojos y me hacía la ilusión de que eras vos la que cantaba y no Libertad Lamarque, Azucena Maizani o la Merello. Eras vos, la más linda de todas. Nunca te lo pude decir porque yo era un pibe y a vos te vigilaba tu hombre, ese cafiolo de barrio que te llevó al trocen. Tomaban el tranvía y se iban juntos a la pieza. Después pasó lo que pasó, Rosa, esa desgracia que salió en los diarios. Supe que Ignacio Braceras te faltó, que te dio la biaba y que vos lo tiraste bajo un tren. No llores, Rosa, ya pasó, ya pasó. Estuviste mucho tiempo en la gayola, es cierto, y eso jode a cualquiera. Pero aquí estás,

otra vez. Giraron muchos discos, muchas noches y yo siempre me acordé de vos. Si te parece, si no lo tomás a mal, si no tenés otro compromiso, me gustaría que vinieras a mi bulín para tomar unos mates y escuchar unos tangos. No, no es tarde. Nunca es tarde cuando la dicha es buena, dicen. Y ¿sabés una cosa, che? Me compré una victrola, como la de antes. La lustró todos los días. Está linda. Sólo faltás vos.

ANTONIO DI BENEDETTO

## La imposibilidad de dormir

La imposibilidad de dormir es horrible. Si no duermes, no puedes soñar. Puedes pensar, y recordar, pero pobre de ti si el desvelo despunta recuerdos y trama pensamientos. Sufrirás por ellos y por la urgencia de dormir, que si no mañana de pie estarás dormido y no entenderás las órdenes y te vapulearán.

\* \* \*

De día, prohibición de extenderse en la cama: prohibición de dormir y dórmitar.

Prohibición de dormir sentado en el asiento, que tampoco ofrece apoyo: carece de respaldo. Si a pesar de la prohibición te duermes, te hielas. Es que todo en torno son muros de cemento y ventanas sin vidrios, sólo envarilladas de rejas.

\* \* \*

De noche, el guardián lo despierta, una y muchas veces.

Una noche, el guardián no aparece ni al deslizarse de recorrida por los pasillos va golpeando los barrotes con el palo. Repentinamente se enciende la luz, gobernada

desde el exterior. Se apaga y con ello se extingue la alarma de una requisita nocturna, que te haga saltar en cueros y ponga todo en un gran caos y destrucción.

La luz se apaga y al aflojar la tensión, retorno al sueño y la ensoñación. En seguida, irrumpe de nuevo la luz, una y otra vez, se apaga y se enciende, con pausas de claridad, como para que florezcan, muy unidos, el miedo, el hastío feroz y la esperanza. Se enciende, se apaga, toda la noche. Se apaga.

El hombre sueña que está soñando que el guardián no le concede reposo.

El guardián lo despierta, con un violento zamarreo y la admonición: ¿Con que durmiendo...? ¡Arriba, es de día!

ANTONIO DI BENEDETTO

## Durmientes

En su interioridad tan guardada que ni murmura lo que está soñando, en la noche para nada interrumpida en su silencio, el hombre sueña la muerte repentina de un ser querido.

La mujer, que duerme a su lado, da un grito desgarrado de pena.

El hombre despierta.

Ella sigue durmiendo, pero soñando que llora.

ANTONIO DI BENEDETTO

## La búsqueda del diablo

Ocurrió —o se pudo imaginar— en 1431, año del sacrificio, por fuego, de Juana de Arco.

Eudasio, alquimista y sabio, ha invertido la vida en la búsqueda del diablo. No lo quiere ni le teme: se propone, sencillamente, destruirlo.

En su lecho de muerte, a Eudasio sólo le obedece el entendimiento, no las fuerzas físicas.

Tarde, en el crepúsculo, lo guarda la mujer. Están solos. Ella le susurra:

—Gastaste tus días y tus noches en pos del diablo y lo tenías en casa: el diablo soy yo. Hice contigo tres hijos, con los que ayudaste a multiplicar los males del mundo. Uno matará a su hermano, después que éste haya robado y cortado cabezas; el tercero es mercader.

Hurté tu tiempo y no te di sosiego para cavilar: cuando estabas concentrado en tus cavilaciones, yo enfermaba aparatosamente y tú te distraías para atenderme.

Te daba el gusto, con exceso, en las comidas (sopas espesas, tocino grueso, callos, especias picantes que en seguida reclaman más vino) y tú engordabas, te embriagabas y tu pensamiento se ponía pastoso.

El moribundo ha escuchado sin poder impedirlo.  
Quisiera matarla, pero apenas consigue decirle:

—Pérfida mujer, ¿qué ganabas con eso?

—Que no encontraras al diablo.

ANTONIO DI BENEDETTO

## La seducción

El hombre logra en sueños lo que no logró despierto:  
seducir a una mujer carnal, perfumada y esquiva.

Lo despierta un golpe en las costillas: la esposa, que  
duerme con él, le ha hundido el codo en el costado.

Ha soñado que el marido se ha dejado seducir por  
una mujer carnal, perfumada y esquiva, a quien ella no  
conoce.

ANTONIO DI BENEDETTO

## Oscurecimiento

El suicida se cuelga del cuello con el cable telefónico.  
La ciudad queda a oscuras.

EDUARDO BERTI

## Doble vida

En cuanto supe que mi padre había llevado en sus últimos treinta años una doble vida, sucumbí a la curiosidad y averigüé el nombre de su otra mujer y la dirección del otro hogar. Llamé a la puerta con una excusa cualquiera —una inspección de la compañía de seguros, o algo así—, y una mujer alta y equina me invitó a entrar. Entonces no pude dar crédito a lo que veía: el interior de aquel hogar era una réplica perfecta del que habíamos compartido mi padre, mi madre y yo; los mismos muebles, los mismos sillones con el mismo tapizado distribuidos exactamente igual, y hasta los mismos cuadros, los mismos platos de porcelana y las mismas esculturas de yeso.

De vuelta en casa, esa noche me dediqué con malévolo placer a desordenar los muebles y a revolver las cosas en los estantes. Mi madre seguía perpleja mis movimientos, pero no le dije nada de mi visita a la casa y cenamos en silencio.

De pronto recordé la vez que, siendo un niño, rompí el jarrón chino que flanqueaba el diván. El enojo de mi padre al saber del accidente me había parecido desproporcionado. Ahora podía entenderlo. Podía incluso imaginarlo al día siguiente, destruyendo a conciencia el jarrón igual, sólo para conservar la simetría con su otro hogar.

EDUARDO BERTI

## Amantes idénticas

Las amantes de mi amigo J. C. eran tan iguales a su esposa R. que nadie conseguía explicarse qué curiosidad saciaba siendo infiel a su mujer con otras idénticas. "Amigos", respondía él alzando la ceja derecha, "se ama a una sola mujer en la vida, pero esa sola mujer se encuentra con variantes en distintos cuerpos parecidos". Algo empezamos a entender con el paso del tiempo: mientras R. engordaba, envejecía y perdía el humor de otrora, convirtiéndose en una mujer amargada, J. C. continuaba escogiendo amantes idénticas a ella, aunque siempre menores de treinta años, o sea iguales a su esposa al momento del casamiento. El mes pasado J. C. cumplió setenta y cinco años. Más y más a menudo le sucede que camina del brazo con su amante —nunca ha sido muy discreto—, se topa con alguien vagamente conocido y debe escuchar con lenidad: "¡Pero J. C., lo felicito! Su hija es hermosa. Tan igual a la madre".

EDUARDO BERTI

## El bis

Siempre que le solicitaban un bis, el renombrado violinista húngaro tocaba aquella melodía entre lastimera y quebradiza que nadie había escuchado antes, ni siquiera los melómanos más empedernidos. De nada servía preguntarle el título de esta obra que inexorablemente clausuraba sus conciertos, siempre fuera de programa. Fue a veinte años de su muerte cuando un joven musicólogo —como él, húngaro— cayó en la cuenta de que el bis tan intrigante no era sino el himno de su país, interpretado a la inversa (igual que un mapa reflejado boca abajo en un espejo) nota por nota, de atrás para adelante y en tiempo de adagio.

EDUARDO BERTI

## Este libro no existe

Un hombre sueña que escribe un libro. Cosa curiosa, el sueño le alcanza para sentarse y escribir de un tirón una corta novela de un centenar de páginas, a la que titula *Este libro no existe*. El hombre se despierta tras acabar la escritura, aún reconoce el hormigueo del bolígrafo en la yema de los dedos, se lava los dientes y la cara, se viste para dirigirse a su trabajo y en la librería Cervantes, que visita a menudo porque le queda de paso, entre las novedades que se exponen sobre una mesa cuadrada encuentra un libro que en la tapa no sólo lleva su nombre y apellido sino el mismo título de aquel que escribió mientras soñaba. El hombre compra el libro y lo lleva al trabajo. Pocas horas más tarde, ya en su casa, cena a toda prisa con el fin de leerlo metido en la cama, pero pronto descubre que este libro nada tiene que ver con el del sueño. Más aún, el libro que ha comprado no le gusta, le resulta un melodrama intragable. Claro que lleva su apellido en la tapa y —sólo ahora lo advierte— una foto suya en la solapa, de manera que se siente responsable de su existencia en el mundo y se obliga a completar su lectura. Es muy tarde cuando apaga la luz y se queda dormido. Llega el día siguiente y ningún rastro hay del libro sobre la mesa de noche, ni tampoco en la librería. “Jamás he oído mencionar esa novela”,

se disculpa un vendedor. En ese mismo instante el hombre se despierta, busca en vano el libro por todas partes, se levanta, se lava los dientes y la cara, hace un corto llamado ("lo siento... un dolor de cabeza... hoy no podré..."), se viste, prepara café y por fin se sienta a la mesa ovalada de la cocina, para ponerse a escribir una novela acerca de cierto hombre que escribe una novela que resulta, a la postre, opuesta a aquella que planeaba.

661907

EDUARDO BERTI

## Otro dinosaurio

Cuando el dinosaurio despertó, los dioses todavía estaban allí, inventando a la carrera el resto del mundo.

RAÚL BRASCA

## Todo tiempo futuro fue peor

Anoche se sobrepuso a las balas que lo acribillaron y huyó de la policía entre la multitud.

Se escondió en la copa de un árbol, se le rompió la rama y terminó ensartado en una verja de hierro. Se desprendió del hierro, se durmió en un basural y lo aprisionó una pala mecánica. La pala lo liberó, cayó sobre una cinta transportadora y lo aplastaron toneladas de basura. La cinta lo enfrentó a un horno, él no quiso entrar y empezó a retroceder.

Dejó la cinta y pasó a la pala, dejó la pala y fue al basural, dejó el basural y se ensartó en la verja, dejó la verja y se escondió en el árbol, dejó el árbol y buscó a la policía.

Anoche puso el pecho a las balas que lo acribillaron y se derrumbó como cualquiera cuando lo llenan de plomo: completamente muerto.

RAÚL BRASCA

## La participación del público

Cuando salió al escenario aquel famoso lanzador de cuchillos y pidió al público una ayudante, todas las muchachas levantaron la mano. La elegida se paró contra la placa de madera con los brazos en cruz y el lanzador preparó cinco cuchillos que lanzó con inaudita velocidad. Los dos primeros clavaron a la madera las manos de la muchacha; otros dos le cortaron las orejas con la precisión de un cirujano; y el quinto le atravesó limpiamente el corazón. El público aplaudió a rabiar, pero cuando el siguiente lanzador requirió también una asistente, las muchachas se hundieron en sus butacas procurando desaparecer. Sabían que era un principiante.

RAÚL BRASCA

## Caracol

Se puso el caracol en el oído y oyó el ruido del mar mientras la tarde espléndida se oscurecía y el aire diáfano se volvía agua. Cuando vio pasar un pez frente a sus ojos pensó que se ahogaría y, rápidamente, separó el caracol de su oreja. La luz volvió y el agua se hizo aire transparente. Aliviado, respiró hondo y se pasó la lengua por los labios húmedos que aún conservaban restos de sal.

RAÚL BRASCA

## Los dinosaurios, el dinosaurio

Cada soñador (¿o habría que decir durmiente?) tiene su dinosaurio, aunque lo común es que no lo encuentre al despertar. Soñadores impacientes despiertan siempre antes de que sus dinosaurios lleguen, y dinosaurios impacientes siempre se van antes de que sus soñadores despierten. Lo admirable del cuento de Monterroso consiste en presentar el único caso en que el tiempo del soñador coincidió con la paciencia de su dinosaurio y la impaciencia de un considerable número de lectores.

RAÚL BRASCA

## Walt

Deslumbrado por las posibilidades técnicas de su tiempo, Walt quiso ver cómo sería el mundo pasados cien años. Sabía que era posible: se enfriaba el cuerpo lentamente hasta el mínimo de actividad vital y se mantenía así, en delicada latencia, cuanto se quisiera; era un largo sueño, como un coma prolongado. No pensó que en la frontera con la muerte la memoria colapsa y la vida entera bulle anárquica en su cárcel de hueso. Nadie vuelve del coma el que era, y la huella es tanto mayor cuanto más se permanece en ese estado. Walt permaneció un siglo. Su primer signo de vida cuando volvió fueron dos gruesas lágrimas, luego un gemido, después un llanto. Finalmente balbuceó: déjenme morir.

HIPÓLITO G. NAVARRO

## Territorios

Yo, de perro, la verdad es que no me ando con pampinas. Nada de micción en tronco de árbol o señal de tráfico, nada de sólida esquina de edificio, nada de esos llamativos adoquines de los alcorques. Si hay que marcar un territorio, señalar un dominio, ¿qué porvenir tengo de perro meando en mi barrio y adyacentes?, ¿cuántos barrios puede cubrir la meada de un perro? Yo voy más allá, no me ando con chiquitas ni provincianismos. Me especializo en ruedas de vehículos (tapacubos, llantas y neumáticos), y de últimas no meo a tontas y a locas, así como así, no. Distingo ya perfectamente las matrículas, dosifico, me expando. Adoro esas matrículas de colores extranjeros, amarillos, azules, verdes...

HIPÓLITO G. NAVARRO

## Almez

Luego, con el mismo bastón, dibujó insondables garabatos en la tierra...: persiguió el improvisado lápiz de su edad alguna hormiga, se demoró en un lento esbozo de paralelas, de círculos y elipses. Se imaginó entonces regresando hasta un otoño adolescente, casi de canicas, una vastedad de años atrás, cuando tantas tardes en aquel mismo jardín perdido más allá de la abierta curiosidad de las eras se tendía junto a Alina a la salida del colegio y aprendía en su boca el primer abismo de los besos, disimulado apenas en el juego de robarse de entre los dientes aquellas dulzonas bolitas del almez que ella, ya más alta, más mujer, le alcanzaba de unas ramas que él, recién estrenado en ecuaciones y caricias, confuso de polinomios y de piel, tardaría aún años en rozar.

HIPÓLITO G. NAVARRO

## Árbol del fuego

Es el niño primero de la clase, extraño niño de sobresalientes y matrículas. Por las tardes abunda en su sustancia, y en el parque soslaya la facilidad de los cerezos y los arces y trepa, con dificultades, a lo más alto de un árbol del fuego.

Abajo, intuyendo la caída que algún día tendrá que llegar, espera sin prisas otro niño, éste más discreto tras sus gafas: el que fantasea en la clase en el último pupitre bajo el mapa, donde nunca llegan los premios del maestro.

HIPÓLITO G. NAVARRO

## El cóndor posa

En la reunión anual de pedigüeños musicales urbanos, un año más vuelven a aburrirse como ostras los escasos violinistas y un par de intérpretes de oboe, uno de éstos la primera vez que acude a la cita en realidad. Ori-llados en los márgenes de la discusión general quedan a su vez dos gremios: grupúsculos de tunos con perilla escindidos de sus colegas de facultad, silenciosos mimos de caras blancas y cassette bajo el brazo.

Un tipo de tez sonrosada asegura a voz en grito que su acordeón de once teclas y fuelle recortado es de origen bielorruso, asunto que viene muy poco a cuento en este instante, cuando los guitarras celebran que la respuesta esté en el viento. La celebración, de todas formas, no resulta del todo sincronizada; bien está pues alguna que otra interferencia.

De cualquier manera, me gusta observarlos a todos por igual.

Cuando me canso, recojo las alas.

Aun así, disminuida en mucho mi envergadura, posando como cualquier otro vultúrido, sé que no dejo de inquietar a la abultada delegación de los de la flauta.

HIPÓLITO G. NAVARRO

## Isósceles

Interesa enriquecerse paulatinamente.  
Enriquecerse paulatinamente interesa.  
Paulatinamente Enriquecerse inTeresa.

PABLO URBANYI

## El hombre que hablaba solo

No tan gordo como panzón, vestido con buena ropa, fumando con avidez, siempre lo encontraba sentado en uno de los primeros bancos de la entrada del parque. A medida que me acercaba, el viento, la brisa, o sencillamente el aire, me empezaba a traer sus primeras palabras: "...y entonces le dije" "...me respondió que" "¿y quieres creer que ella...?". Le contaba a alguien, a nadie allí, algo que le había pasado.

Con disimulo inglés, sin abrir la boca, compadecido de su locura, yo pasaba de largo.

A veces su conversación era directa, conversación o discusión. Decía: "No, eso no lo acepto". Y esperaba la respuesta para retrucar, otra vez. "No, te dije que eso no lo acepto."

Amigos o enemigos, un mundo lo rodeaba; así lo probaba su diálogo permanente.

Nunca lo encontraba en invierno. Fue el segundo o el tercer verano que lo reencontré una vez más. Lo vi más delgado. Fumaba sí, pero estaba callado. Sonreí para mis adentros; se me ocurrió que había pasado por las manos de un psiquiatra o psicoanalista y estaría curado. Me acercaba. Me vio y por unos segundos nos miramos, segundos que bastaron para que dijera:

—Hola. Hermoso día, ¿verdad?

Me asusté, miré para otro lado y aceleré mis pasos.

PABLO URBANYI

## La pregunta correcta

En un Centro de Compras inabarcable, se escuchan los llantos y berrinches de un niño.

La gente es menos indiferente de lo que a uno le gusta creer; irritada, sin acercarse al niño que lucha con su madre, lanza preguntas al paso: ¿Qué tendrá ese pobre niño? ¿Le dolerá algo? ¿Se habrá caído y golpeado? ¿Querrá caramelos o alguna otra cosa? ¿Por qué no se lo compran y así se calla de una vez?

Todas estas preguntas son incorrectas. La correcta es: ¿qué hace un niño en un Centro de Compras?

PABLO URBANYI

## Comunicación

Tomado y teatralizado de un dibujo anónimo.

Él y Ella. Los encontramos sentados en los dos extremos de un sofá de tres plazas. Él la observa con un poco de temor. Por fin se anima a hablar:

Él: Parece que estás de mal humor, ¿qué te pasa?

Ella: No me pasa nada. Y te ruego que no hagas suposiciones sobre mí.

Breve pausa.

Él: ¿Es por algo que dije?

Ella: No.

Él: ¿Es por algo que no dije?

Ella: No.

Él: ¿Es por algo que hice?

Ella: No.

Él: ¿Es por algo que no hice?

Ella: No.

Una pausa más larga. Toma aire y remarcando con claridad las palabras:

Él: ¿Es por algo que yo dije casualmente en relación a algo que hice y que no debía haber hecho ni dicho, o por lo menos debería haberlo hecho y dicho de otra manera y tomando en cuenta tus sentimientos?

Ella: Algo así. Pero basta, no insistas.

PABLO URBANYI

## El paso del tiempo

Después de un año de casados, de sobremesa, ella, seria, le dijo a su marido:

—Veo que no nos entendemos. Siempre discutimos y nos peleamos. Es mejor que nos separemos antes de tener hijos, los haríamos infelices. Nos quedan muchos años para vivir otras vidas mejores.

Él respondió:

—De acuerdo.

Luego de la cena en una cocina más grande, mientras los hijos miraban la televisión, ambos bebiendo oporto, ella le dijo:

—No, de una vez por todas, esto no va. Seguimos cada vez peor. Es mejor que nos separemos antes de arruinarles la vida a nuestros hijos. Oportunidades no nos van a faltar.

Él respondió:

—De acuerdo.

Antes de sentarse frente al televisor con un vaso de whisky el marido, y una copa de coñac la mujer, ella le dijo:

—Nuestros hijos ya no están. Ni sabemos por dónde andan. Definitivamente, no hay manera de entendernos. Es mejor que nos separemos antes de arruinarnos el resto de nuestros días.

Él respondió:

—De acuerdo.

Ella, la espalda encorvada por la edad, sentada frente a la televisión, una copa de coñac en una mano y con la otra acariciando un perro, le dijo:

—Nunca me contradecía. Realmente, era un buen hombre.

PABLO URBANYI

## La paz

Por fin, luego de años de practicar yoga, de comer sólo vegetales o comida macrobiótica, de estudiar budismo y sufismo, psicoanalizarse durante una década, la paz infinita que anheló toda su vida descendió sobre él; sin embargo, nunca se enteraría ni lo disfrutaría.

ROGELIO GUEDEA

## La mirada oblicua

Fuimos entrañables amigos en la secundaria. Comíamos en el mismo plato. Él era inteligentísimo y quería ser diputado o dirigente sindical, y yo era más bien torpe y no tenía bien claro nada, salvo que, por consejo de mi madre, debía aprender de él constancia y disciplina, carácter y perseverancia. Por eso, cuando hace poco lo vi por la ventana anunciando frutas y verduras en una camioneta vieja, me sentí conmovido. Me acerqué, corrí la cortina y fijé la vista: no podía ser otro. Dejó el altavoz y se bajó a despachar a una señora que se acercaba con una bolsa de mandado y una niña en brazos. Pretendí salir para abrazarle, para decirle que mi casa era su casa y para demostrarle el enorme gusto que me daba encontrarlo después de más de quince años de extravío. No pude. Desde la ventana me quedé observándolo con los ojos mojados de nostalgia, pidiéndole a todos los ángeles que el vecindario entero le comprara toda su mercancía. Al subir de nuevo a su camioneta y darle marcha, me quedé tumbado en el sofá. Al poco rato, mi mujer llegó y me preguntó: ¿te pasó algo, Rogelio? Nada, le dije rebotando las palabras, es sólo que acabo de confundir a un vendedor de fruta con un viejo amigo que hoy, seguramente, estará legislando en el Congreso de la Unión.

ROGELIO GUEDEA

## En defensa del oficio

Los que no escriben saben que escribir es fácil. Que para ello sólo es necesario un jardín, una mujer y un hombre que, por alguna circunstancia de la vida, ha olvidado la cita. Los que no escriben saben que eso es suficiente para escribir una novela o un cuento, según si en medio del hombre y la mujer interviene un tercero con intenciones de contrariarlo todo. De eso dependen la extensión y la intención de la historia. Sin embargo, los que escriben piensan todo lo contrario, y si se empeñan en estar horas enteras frente a la página en blanco, quemándose las pestañas y la sesera, creando largos e intrincados argumentos, es sólo porque quisieran encontrar, finalmente, esa verdad que de tan buena fuente saben los que no escriben.

ROGELIO GUEDEA

## Los premios

Hace poco me notificaron que gané un premio literario. La voz de la chica que me lo dijo me dio la sensación de que estaba contenta de haber sido ella la encargada de darme la noticia. Por eso, inmediatamente después escribí a mis amigos para compartirles la alegría casi con la misma voz y el mismo placer con el que la chica me dio la enhorabuena. Los amigos todos me respondieron con congratulaciones y fanfarrias, abrazos y apretones de manos, como es el caso. Incluso, yo quedé satisfecho con sus muestras de afecto, aunque prometí que en adelante sólo me limitaría a llamarlos para compartirles mis desgracias, única forma en que puede uno prodigarle al prójimo la verdadera felicidad.

JAIME MUÑOZ VARGAS

## Paz espiritual

Por lo común en casa armaban demasiado escándalo y nadie respetaba sus ávidas horas de lectura. Pero aquel día decidió que no le robarían más el disfrute de aquel placer mayor. Con su libro atenazado bajo la axila salió de casa y seis calles después entró al templo del Sagrado Corazón. Gozó el piso de mármol espejeante, el aroma del incienso, la fogosa temblorina de las veladoras, el oro apagado de los marcos, las bancas en impecable fila, el callado olor de las gladiolas, el sosiego, la paz espiritual del gran crucifijo. Desperdigados, unos cuantos ancianos rezaban con inmóvil devoción. Todo estaba dispuesto y se sentó a continuar la lectura de su libro. El separador marcaba la página 33 de *El anticristo*.

JAIME MUÑOZ VARGAS

## Una pesadilla

*a la memoria de  
Rogelio Villarreal Huerta*

Ésta es mi pesadilla: los humos cunden ya por todas las habitaciones. El calor, amigo íntimo del fuego, cubre el interior del aposento con cruel voracidad. Bastan unos minutos para que la sala y la cocina sucumban al embate de las llamas. Sigue la lumbre su andanza despiadada. Toca su turno a un pasillo estrecho; cinco cuadros —un óleo, dos acuarelas y dos grabados— se desvanecen en cenizas desde la pared al mármol del corredor. Los latigazos de fuego se cuelan hacia el baño; las toallas y un tapete muy afelpado son apenas bocadillos para el hambre del incendio. En este punto la lumbre se detiene y duda un instante entre avanzar hacia la habitación en la que duermo o hacia la biblioteca. La pesadilla entonces me atiza sus enconos: el fuego elige la recámara en la que yo, dormido, sueño en el incendio de mi casa mientras duermo. Es una pesadilla benévola. Mientras mi cama es tragada por las llamas y padezco el achicharramiento de la piel, la biblioteca permanece incólume pues el fuego me da tiempo para despertar y ver que yo puedo morir incinerado; mis libros, nunca.

JAIME MUÑOZ VARGAS

## Las mil y una tardes

Ayer por la tarde escribí un cuento con un argumento muy simple, el más simple y tal vez el más malo de la historia. Trata de un cuentista que ayer por la tarde escribe un cuento muy simple, el más simple y tal vez el más malo de la historia: trata de un cuentista que ayer por la tarde escribe un cuento muy simple, el más simple y tal vez el más malo de la historia: trata de un cuentista que ayer por la tarde escribe un cuento muy simple, el más simple y tal vez el más malo de la historia...

JAIME MUÑOZ VARGAS

## Curso de ética

Durante las primeras diez sesiones el profesor se dedicó a explicar que la delación era una de las manifestaciones más abyectas de la conducta humana. Los alumnos aprobaron el primer examen y el aprovechamiento fue total: las calificaciones no bajaron del 9 (nueve). Luego el maestro abordó otros temas: la mentira, la venganza, la irresponsabilidad. Lamentablemente, esos tópicos apenas fueron sobrevolados y la mayoría de los alumnos acusó notables tropiezos, y resultó entonces previsible que en los siguientes exámenes parciales se dieran caídas casi irreparables. Pero la nota final tuvo una posibilidad de mejoría. El profesor de ética reunió a los alumnos reprobados y, con voz suave, con ademán cómplice, persuasivo, les indicó que para salvar la materia podían llevarle, cada uno, mil pesos en efectivo. No hubo titubeos. Los alumnos desfilaron por el departamento del profesor para entregar la cuota. Luego todos aprobaron ese curso y nadie osó denunciar a su maestro. Los alumnos aprendieron muy bien la primera parte de su clase: la delación es una de las manifestaciones más abyectas de la conducta humana. Gracias a eso rescataron una nota final satisfactoria y el curso les dejó, como era de esperar, una lección indeleble.

JAIME MUÑOZ VARGAS

## Justicia

Hoy los maté. Ya estaba harto de que me llamaran *asesino*.



## REFERENCIAS BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. Argentina, 1910-2000. Historiador de la literatura hispanoamericana, crítico, ensayista y narrador. Presentamos microrrelatos incluidos en tres de sus libros: "Tabú" es de *Las pruebas del caos* (1946); "La montaña" y "El prisionero", de *El gato de Cheshire* (1965), libro compuesto enteramente por textos brevísimos; "Los tres chinos" y "Mi sombra", de *La sandía y otros cuentos* (1969). Todos ellos están publicados en *Cuentos 1, 2 y 3, Obras completas* (Corregidor, 1999). Otros libros suyos donde pueden encontrarse textos de este tipo son *El grimorio* (1961), *La locura juega al ajedrez* (1971) y *La botella de Klein* (1975), además de volúmenes integrados por selecciones de sus relatos.

ARCINIEGAS, TRIUNFO. Colombia, 1957. Cultiva la cuentística y, al mismo tiempo, la literatura infantil, y ha obtenido importantes premios en ambas actividades. Algunas obras: *El cadáver del sol* (cuentos), *Después de la lluvia*, *En concierto*, *El león que escribía historias de amor*, *La media perdida*. "El tamaño del miedo" se publicó en *El Universal* (Cartagena), en 2001; "La prueba" pertenece a *Noticias de la noche* (1973-2002), y "Antídoto para la tristeza" apareció en el número 203-204 de *El cuento*.

ARREOLA, JUAN JOSÉ. México, 1918-2001. Maestro indiscutido de la minificción, su literatura ejerció gran influencia en el desarrollo del género. Obras: *Varia invención* (1949), *Confabulario* (1952), *Bestiario* (1959), *Confabulario total* (en el que se reúnen todos sus libros anteriores además de la obra teatral *La hora de todos*, 1962), *La feria* (1963), *Palíndroma* (1971). Los textos incluidos pertenecen: "De un viajero" y "Cuento de horror" a *Palíndroma*; "Camélidos" a *Bestiario*, y los dos restantes —"De

*L'Osservatore* y "Alarma para el año 2000"— a *Prosodia*, libro incluido en las distintas ediciones de *Confabulario*.

AUB, MAX (París, 1903-México, 1972). Tras la guerra civil española vivió exiliado en México. Entre sus obras más importantes se cuentan las novelas *La calle de Valverde* (1961), la serie de los *Campos* y *Jusep Torres Campalans* (1958), la obra de teatro *San Juan* (1943) y el diario *La gallina ciega* (1971). Y entre sus varios libros de narrativa breve podríamos destacar *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco y otros cuentos* (1960). Su aparición en el microrrelato evidencia su filiación vanguardista y se manifiesta en *Crímenes ejemplares*, libro publicado en México (1956). De su última edición española, de 1991, provienen los textos aquí seleccionados. Al carecer de título —salvo en el caso de "Errata"— hemos adoptado como tal las primeras palabras de cada relato: "Si no duermo...", "Yo no lo sé...", "Hacia un frío...", "Es que ustedes...".

AVILÉS FABILA, RENÉ (México, 1940). Narrador, ha hecho sustanciales contribuciones a la minificción mexicana. Los microrrelatos aquí reunidos resumen la línea central de su producción de textos breves: "Corrección cinematográfica" es de *Cuentos y descuentos* (1986); "La Esfinge de Tebas" y "De dragones" vienen de *Los animales prodigiosos* (1990), mientras que "Nuevas versiones y más fidedignas de la antigua Grecia" y "El harén de un tímido" han sido extraídos de *Cuentos de badas amorosas y otros textos* (1998).

BARROS, PÍA. Esta importante escritora chilena ha publicado varios libros de microrrelatos. La procedencia de los aquí publicados es como sigue: "Golpe", de *Miedos transitorios* (1986); "Las pieles del regreso", incluido en el libro editado por Francisca Nogueroles Jiménez, *Escritos disconformes* (2004); "Estado de perversión" y "Sin claudicar", de *Signos bajo la piel* (1994); y "Trece", de *A horcajadas* (1990).

BENEDETTI, MARIO. Poeta, ensayista y narrador uruguayo de vasta obra, nacido en 1920. "Los bomberos" proviene de *La muerte y*

*otras sorpresas*; "Todo lo contrario" y "Traducciones", de *Despistes y franquezas*, y el material de ambos libros puede encontrarse en *Cuentos completos* (1986).

BERTI, EDUARDO. Nació en la Argentina en 1964; reside en París. "Doble vida"; "Amantes idénticas", "El bis", "Este libro no existe" y "Otro dinosaurio", proceden de su libro de minificciones *La vida imposible* (2002).

BIOY CASARES, ADOLFO. Argentina, 1914-1999. Nació y murió en Buenos Aires. Su obra abarca varios géneros. Tres de sus novelas más importantes son *La invención de Morel* (1941), *Plan de evasión* (1945) y *El sueño de los héroes* (1954), vinculadas con el género fantástico; también es importante su contribución a la literatura policial (*El perjurio de la nieve*, 1946). Con Silvina Ocampo, su esposa, y su amigo Jorge Luis Borges compiló importantes antologías, una de ellas la *Antología de la literatura fantástica* (1965), que además prologó. Las minificciones no ocupan un lugar muy amplio dentro de una obra tan vasta, pero uno de sus libros, *Guirlanda con amores* (1959), incluye una cantidad considerable. De este libro hemos seleccionado "Un museo de objetos monstruosos", "La salvación", "Fábula", "Retrato del héroe" y "Escribir".

BLAISTEN, ISIDORO. Argentina, 1933-2004. Autor de libros de cuentos que se caracterizan por el humor, la nitidez del diseño narrativo, y la certera observación social: *La felicidad* (1969), *La salvación* (1972), *El mago* (1977), *Dublín al Sur* (1980), *Cerrado por melancolía* (1981), *Carroza y reina* (1986), *Al acecho* (1995). Los textos aquí incluidos pertenecen a *El mago*, reeditado junto con otros textos en la compilación *Cuentos anteriores* (1982). En forma póstuma apareció su única novela, *Voces en la noche* (2004).

BORGES, JORGE LUIS. El gran escritor argentino (nacido en Buenos Aires en 1899, muerto en Ginebra en 1986) no dejó ningún libro constituido en forma exclusiva por los textos que hoy llamamos minificciones, aunque abundan en su obra las composiciones

breves que él llamaría "textos" o "prosas"; no obstante, muchas de ellas son inequívocamente microrrelatos. El libro que más se aproxima a ese improbable perfil es *El hacedor* (1960); pero Borges (quien afirmaba descreer de los géneros literarios al mismo tiempo que elaboraba antologías y dirigía colecciones de clara orientación genérica) dejó textos de este tipo en varios de sus libros, incluyendo sus compilaciones poéticas. Las composiciones aquí reunidas provienen del mencionado libro ("Borges y yo", "*Argumentum ornithologicum*", "La trama") y también de *La cifra*, 1981 ("Nota para un cuento fantástico") y *Los conjurados*, 1985 ("Juan López y John Ward").

BRASCA, RAÚL. Este escritor y crítico argentino, nacido en 1948, especializado en la minificción, ha publicado diversas antologías del género: tres volúmenes bajo el título general *Dos veces bueno* (1996, 1997, 2002) y, en colaboración con Luis Chitarroñi, *Antología del cuento breve y oculto* (2001), y *Textículos bestiales. Cuentos breves de animales reales o imaginarios* (2004). Su propia obra en la narrativa breve está contenida hasta ahora en *Últimos juegos* (2005) y *Todo tiempo futuro fue peor*, microrrelatos (Ediciones Thule, 2004). De este último libro proceden los textos aquí incluidos: "Todo tiempo futuro fue peor", "La participación del público", "Caracol", "Los dinosaurios, el dinosaurio", y "Walt".

BRITTO GARCÍA, LUIS. Escritor venezolano nacido en 1940. Los textos suyos que incluimos en esta antología indican su trayectoria en la narrativa breve: "Artes posibles" proviene de *Rajatabla* (1970); "Rubén no:" y "La canción", de *Abrapalabra* (1980), mientras que "Nadar de noche" y "Última" se encontrarán en *Anda nada* (Ediciones Thule, 2004).

CABRAL, MANUEL DEL. República Dominicana, 1907-1999. Este poeta es recordado especialmente por su importancia en la poesía "negrista" antillana, expresada en libros tan exitosos como *Trópico negro* (1942) y *Compadre Mon* (1943). Por otra parte, en *30 parábolas* (1956) y en *Los relámpagos lentos* (1966) hay textos que entran en el campo del microrrelato. De este último

libro hemos seleccionado "Los perros del odio", "El grillo", "Solidaridad", "El regreso inútil" y "Todas las distancias".

COLINA, JOSÉ DE LA. México. Las minificciones que presentamos de este narrador —"Las sirenas", "Una pasión en el desierto" y "La culta dama"— proceden de su libro *Tren de historias* (1998) y se incluyen en *Minificción mexicana* (2003), importante recopilación de Lauro Zavala.

CORTÁZAR, JULIO. Este escritor, una de las grandes figuras de la literatura argentina, nació en Bruselas (de padres argentinos) en 1914 y murió en París en 1984. Es uno de los renovadores de la narrativa latinoamericana, a través de novelas como *Rayuela* (1963) y cuentos como los de *Bestiario* (1951) y *Todos los fuegos el fuego* (1966). Sus relatos aun más breves se encuentran en libros "misceláneos" como *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967) y *Último round* (1969), así como en sus *Historias de cronopios y de famas* (1962) y *Un tal Lucas* (1979). Los textos aquí recogidos proceden del último libro citado y de *Último round*.

DARÍO, RUBÉN. Nicaragua, 1867-1916. Este gran poeta, figura central del Modernismo hispánico, escribió también cuentos, a partir de los incluidos en su libro *Azul...* (1888), así como en publicaciones periódicas; algunos de ellos, influidos por el "poema en prosa" de Baudelaire, se aproximan a las características del microrrelato. "Naturaleza muerta", que aquí se presenta, pertenece al libro citado, mientras que "El nacimiento de la col" se publicó en el diario *La Tribuna*, de Buenos Aires, en 1893.

DENEVI, MARCO. Argentina (1922-1998). Surgió a la fama con sus novelas *Rosaura a las diez* (1955) y *Ceremonia secreta* (1960). Escribió también para el teatro (*Los expedientes*, 1957, *El emperador de la China*, que también incluye minificciones, 1961, *El cuarto de la noche*, 1962) y se destacó especialmente en la narrativa breve y brevísima: *Falsificaciones* (1966), *Parque de diversiones* (1970) y *El jardín de las delicias* (1992), entre otros títulos. Los textos incluidos en esta antología tienen la siguiente procedencia: "Teoría sobre Barranca Yaco" y "La con-

temporaneidad y la posteridad", de *Parque de diversiones*; "La verdad sobre el canario", de *El emperador de la China y otros cuentos*, y los dos restantes, de *Falsificaciones*. Todos sus microrrelatos se encuentran en *Obras completas* (Corregidor, 2005).

DI BENEDETTO, ANTONIO. Argentino, 1922-1986. En la obra de este gran narrador, famoso por novelas tales como *Zama* (1956) y *Los suicidas* (1969), la narrativa brevísima encuentra su lugar sobre todo en *Mundo animal* (1953, reeditado en 1971) y en *Cuentos del exilio* (1983); de este último provienen los textos aquí incluidos.

DÍEZ, LUIS MATEO. Escritor español, nacido en la provincia de León en 1942. Miembro de la Real Academia Española. Algunas de sus novelas más relevantes son: *Las estaciones provinciales* (1982), *La fuente de la edad* (1986, Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura), *Camino de perdición* (1995), *El espíritu del páramo* (1996), *La ruina del cielo* (1999, Premio de la Crítica y Premio Nacional de Literatura), *El oscurecer (Un encuentro)* (2002) y *Fantasmas del invierno* (2004). Ha cultivado también la novela corta en *El diablo meridiano* (2001) y *El eco de la boda* (2003). Directamente relacionados con la narrativa breve y brevísima están: *Memorial de hierbas* (1973), *Brasas de agosto* (1989) y *Los males menores* (1993). Los microrrelatos aquí presentados, "La afrenta", "La carta", "Un crimen", "Autobús" y "El sueño", provienen de la edición de *Los males menores. Microrrelatos*, editada y prologada por Fernando Valls (2002).

EPPLE, JUAN ARMANDO. Chileno, nacido en 1949, Epple es profesor en la Universidad de Oregon, Estados Unidos. Se ha especializado en el estudio del microrrelato hispanoamericano y, con su labor de antólogo, ha contribuido sustancialmente a la difusión del género. Dos de sus valiosas antologías son *Brevísima relación. Nueva antología del microcuento hispanoamericano* (1999) y *Cien microcuentos chilenos* (2002). Su obra de creación en este campo está contenida en *Con tinta sangre*, con dos ediciones, 1999 y 2004. De esta última, publicada por Ediciones Thule, proceden los microrrelatos incluidos en esta antología.

FERNÁNDEZ, MACEDONIO. Argentina, 1874-1952. Interesado fundamentalmente en la metafísica, este escritor argentino se identifica con las vanguardias de los años 20. En ese contexto, produce (no siempre publica, ya que la mayor parte de su obra es póstuma) textos mínimos, cultivadores de un humorismo del absurdo similar al de su amigo Ramón Gómez de la Serna. "Un paciente en disminución" proviene de *Papeles de Recienvenido* (1929, 1944) [*Papeles de Recienvenido y Continuación de la Nada*, Corregidor, 2004]; los textos restantes, de *Cuadernos de todo y nada* (1972) [Corregidor, 1990].

FERNÁNDEZ MOLINA, ANTONIO. Nació en Alcázar de San Juan (Ciudad Real) en 1927; murió en Zaragoza en 2005. Fue poeta, autor teatral, narrador y ensayista; ejerció también la traducción y cultivó el grabado y la pintura. Estuvo vinculado a importantes revistas literarias, como *Papeles de Son Armadans*. Algunas de sus obras narrativas más importantes son: *Solo de trompeta* (1965), *La tienda ausente* (1967), *En Cejunta y Gamud* (1969), *Un caracol en la cocina* (1969), *Dentro de un embudo* (1973), *Arando en la madera* (1975), *Pompón* (1977). Se lo ha vinculado con la estética del realismo mágico, por la unión de un gran vuelo imaginativo con una constante indagación del lenguaje, sin que esté ausente el humor, casi siempre amargo o inquietante. Los textos aquí seleccionados proceden de *Arando en la madera* ("La oficina", "Bocetos", "La pluma") y *Dentro de un embudo* ("Otro", "El caramelo").

GALEANO, EDUARDO. Nacido en el Uruguay en 1940, es autor de ensayos trascendentales sobre los problemas del continente, como *Las venas abiertas de América Latina*, y también otras de carácter narrativo; en estas últimas aparecen textos de minificción. Así ocurre con *Vagamundo* (1975), del que hemos tomado "Garúa" y "Mujer que dice chau", y *El libro de los abrazos* (2001), al que pertenece "El miedo", incluidos en esta recopilación.

GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN. Escritor español. Nació en Madrid en 1888. Participó en los movimientos españoles de vanguardia. Exiliado en la Argentina, murió en Buenos Aires en 1963. Creó

la *greguería*, un tipo de texto ultrabreve de tono humorístico e intención aforística, que le hizo famoso. Fue autor de una vastísima obra que incluye novelas (*La mujer de ámbar*, 1927), retratos y biografías (*Azorín*, 1930), ensayos estéticos (*Ismos*, 1931, versión personal de las vanguardias) y textos autobiográficos (*Automoribundia*, 1948). Sus *Greguerías* y muchos otros escritos suyos exploran las formas literarias breves (*Caprichos*, 1962). La compilación de Luis López Molina, *Disparates y otros caprichos* (2005), es utilísima para estudiar su relación con el microrrelato; de ella proceden los textos seleccionados en este trabajo.

**GUEDEA, ROGELIO.** Nació en México en 1974. Los microrrelatos incluidos en esta antología —“La mirada oblicua”, “En defensa del oficio” y “Los premios”— aparecieron en *Del aire al aire* (Ediciones Thule, 2004).

**HUIDOBRO, VICENTE.** El gran poeta vanguardista chileno (1893-1948), teórico de una estética literaria que llamó “creacionismo”, escribió unos pocos textos narrativos brevísimos destinados a una serie de “cuentos en miniatura”, que luego no continuó. Los más conocidos de esos microrrelatos son “La joven del abrigo largo” y “Tragedia”, que se pueden encontrar en el tomo I de sus *Obras completas*, edición de Hugo Montes (1976).

**JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN.** Escritor español, nacido en Moguer en 1881 y muerto en San Juan de Puerto Rico en 1958. Premio Nobel de Literatura 1956. Procedente del Modernismo, realizó una extensa obra tanto en la poesía (*Jardines lejanos*, *Diario de un poeta recién casado*, *La estación total*), como en la prosa (*Platero y yo* —prosa poética—, *Españoles de tres mundos*, y cuentos diversos). Los textos incluidos proceden: “De sangre seca” y “El recto”, de *Historias y cuentos*, edición de Arturo del Villar (1976); “La niña”, “¡Abrió los ojos!” y “Cuentos largos”, de *Cuentos de antología*, edición de Juan Casamayor (1999).

**JIMÉNEZ EMÁN, GABRIEL.** Venezuela, 1950. Hombre de letras en sentido lato, ha publicado poemas, cuentos, novelas y ensayos. Ha

prestado especial atención al microrrelato y le ha dedicado una antología: *Ficción mínima* (1996). Su propia obra en este género está contenida en los libros *Los dientes de Raquel* (1973), donde figuran "Los brazos de Kalym" y "El juicio"; *Salto sobre la soga* (1975); *Los 1.001 cuentos de 1 línea* (1981), de donde procede "El hombre invisible"; y *La gran jaqueca* (2002), de donde hemos extraído "El momento más importante" y "Encuentros lejanos". En 2005 apareció una nueva colección suya, *El hombre de los pies perdidos*, en Barcelona (Ediciones Thule).

JIMÉNEZ LOZANO, JOSÉ. Escritor español nacido en Langa (Ávila) en 1930. Ha obtenido el Premio de las Letras Españolas (1992) y el Premio Cervantes (2002). En su producción, que es abundante, hay ensayos (*Guía espiritual de Castilla*, 1984), novelas (*El mudejarillo*, 1992), diarios (*Los tres cuadernos rojos*, 1986; *La luz de una candela*, 1996), poesía y diversas colecciones de cuentos. En la narrativa breve, destacan los títulos *El grano de maíz rojo* (1988, Premio de la Crítica) y *Los grandes relatos* (1991), composiciones mucho más breves que los cuentos tradicionales. Los textos incluidos en esta antología tienen la siguiente procedencia: "La recordadora", "La analfabeta" y "El recorte", de *Un dedo en los labios* (1996), y "El original", de *El cogedor de actanos* (1993), hasta ahora sus dos volúmenes de microrrelatos.

LÓPEZ VELARDE, RAMÓN. México, 1888-1921. El poeta López Velarde, famoso por su extenso poema "La suave patria" y otros que reflejan sobre todo la vida provinciana en su país, puede ser estudiado también desde el punto de vista del microrrelato, en relación con sus textos de *El minutero* (1923). Las composiciones aquí incluidas, "Mi pecado" y "Eva", han sido tomadas de la 3ª edición de *Poesías completas y El minutero* (1963).

LUGONES, LEOPOLDO. El gran poeta modernista argentino (1874-1938) cultivó también la narrativa breve (*Las fuerzas extrañas*, 1906; *Cuentos fatales*, 1924); de un libro heterogéneo, *Filosofícula* (1924), hemos seleccionado dos textos, "Mr. Bergeret" y "El espíritu nuevo", que se aproximan a la modalidad del microrrelato.

MATUTE, ANA MARÍA. Escritora española, nacida en Barcelona en 1926. Es miembro de la Real Academia Española. Entre sus novelas destacan *Fiesta al noroeste* (1953), *Primera memoria* (1959), con la que obtuvo el Premio Nadal, *La torre vigía* (1971) y *Olvidado rey Gudú* (1996). Y entre sus numerosos libros de cuentos, *Historias de la Artámila* (1961). También ha cultivado con fortuna la literatura destinada a los niños (*Sólo un pie descalzo*, 1984, Premio Nacional de Literatura Infantil). Con *Los niños tontos* (1957), realiza uno de los aportes pioneros en cuanto al cultivo de la minificción en España. Los textos aquí incluidos —“El niño que no llegó”, “El incendio”, “El hijo de la lavandera”, “El otro niño” y “El niño que no sabía jugar”— provienen de la edición de 2002<sup>14</sup>.

MERINO, JOSÉ MARÍA. España, 1941. Poeta, narrador, ensayista y antólogo del cuento español contemporáneo. Algunas de sus obras narrativas más relevantes son: *La orilla oscura* (1985, Premio de la Crítica), *El centro del aire* (1991), *Las visiones de Lucrecia* (1996), *Cuatro nocturnos* (1999) y *El heredero* (2003). Ha cultivado la literatura juvenil en la trilogía *Las crónicas mestizas* (1992) y en *Los trenes del verano* (1992). Son especialmente importantes para nuestro estudio sus *Cincuenta cuentos y una fábula* (1997), donde se recogen sus relatos. Sus *Cuentos de los días raros* aparecieron en 2004. Los microrrelatos aquí presentados —“Lejanías”, “La memoria confusa”, “Ecosistema”, “Terapia”, “Cien”— han sido tomados de su más reciente compilación: *Días imaginarios* (2002).

MILLÁS, JUAN JOSÉ. Escritor español nacido en Valencia (1946). Algunas obras: *Cerberos son las sombras* (1974), *El jardín vacío* (1981), *La soledad era esto* (1990, Premio Nadal), *Letra muerta* (1992) y *El orden alfabético* (1998). Sus columnas periodísticas son innovadoras, y en reducido espacio tratan no sólo hechos de la actualidad, sino también vivencias personales y ficciones altamente imaginativas, muchas de las cuales son auténticos microrrelatos. De estos textos, editados por Fernando Valls (2001) bajo el título de *Articuentos*, hemos seleccionado los que

aquí se presentan: "Confusión", "El absurdo", "La verdad", "El agente de la Interpol", "Escribir a máquina".

**MONTERROSO, AUGUSTO.** De nacionalidad guatemalteca, nacido en 1921, se incorporó a la vida literaria mexicana en 1941. Es uno de los nombres mayores de la minificción hispanoamericana, un clásico del microrrelato en lengua española. Sus libros más significativos en este sentido son: *Obras completas (y otros cuentos)*, 1959 (de donde proceden "Vaca", aquí incluido, y el famosísimo "El dinosaurio"); *La Oveja negra y demás fábulas*, 1969, al que pertenecen "La tela de Penélope, o quien engaña a quien" y "La Oveja negra"; y *Movimiento perpetuo*, 1972, representado en esta selección por "El mundo". Su *Antología personal* es de 1975, y existen recopilaciones de su narrativa publicadas en varios países. Murió en México en 2003.

**MUÑOZ VARGAS, JAIME.** Nació en Gómez Palacio, México, en 1964. Profesor y escritor, es autor de varias novelas y libros de cuentos, y ha recibido importantes premios literarios en su país. De entre sus microrrelatos seleccionamos "Paz espiritual", "Una pesadilla", "Las mil y una tardes", "Curso de ética", y "Justicia", que aquí aparecen impresos por primera vez.

**NAVARRO, HIPÓLITO G.** Nació en Huelva en 1961; reside en Sevilla. Ha publicado la novela *Las medusas de Niza* (2000) y los libros de relatos: *El cielo está López* (1990), *Manías y melomanías mismamente* (1992), *El aburrimiento, Lester* (1996), y *Los tigres albinos* (2000). En *Los últimos percances* (2005) se recogen numerosos relatos suyos. Del mencionado libro de cuentos del año 2000 proceden "Territorios" y "Árbol del fuego"; "Almez" se publicó en *Imago arborum: árboles y arbustos de Sevilla a través de la imagen* (Editora del Veinte y Fundación Luis Cernuda, Sevilla, 1994); mientras que "El cóndor posa" e "Isósceles" aparecieron en la revista *Químera*, marzo de 2004.

**NIÑO, JAIRO ANÍBAL.** Colombia, 1941. Ha desarrollado una amplia obra, que abarca varios géneros: novela, cuento breve, poesía y teatro, y ha desempeñado importantes funciones en la vida cultu-

ral de su país. Sus contribuciones centrales a la minificción colombiana se encuentran en sus libros *Toda la vida* (1979) —de donde proceden “Cuento de arena”, “Fundición y forja” y “Fábula”— y de *Puro Pueblo*, publicado el mismo año.

ORGAMBIDE, PEDRO. Argentina, 1929-2003. Autor de una amplísima obra —más de 40 volúmenes— que incluyen narrativa, teatro, ensayo y biografías. Es importante la trilogía novelística que forman *El arrabal del mundo*, *Hacer la América* y *Pura memoria* (1984-1985); también lo son sus obras teatrales *La vida privada* (1959) y *Don Fausto* (Premio Municipal de Teatro de Buenos Aires). En dos oportunidades (1954 y 1994) publicó libros sobre Horacio Quiroga, y en 1985 uno sobre Ezequiel Martínez Estrada. Su narrativa brevísima se encuentra en *Historias con tangos y corridos* (1976, Premio Casa de las Américas), de donde hemos tomado “El incrédulo” y “Los mellizos”, y en *Cuentos con tangos* (1998), al que pertenece “Aquella victrolera”.

OTXOA, JULIA. Esta escritora española nació en San Sebastián en 1953. Cultiva la poesía, el ensayo y el relato breve. Se ha ocupado de la *Narrativa corta en Euskadi* (1994) y ha publicado también relatos dedicados al público infantil. Los textos aquí antologados tienen el siguiente origen: “Maletas”, *La sombra del espantapájaros* (2004); “Hans y Gretel”, revista *Ancla* (Bilbao), 2004; “Palomeras de San Roque” y “Fábulas”, *Un león en la cocina* (1999); “Tienda de bromas”, *Variaciones sobre un cuadro de Paul Klee* (2002). El primer libro suyo de relatos breves fue *Kískilt-Káskala* (1994).

PÉREZ ESTRADA, RAFAEL. Escritor español, nacido en Málaga en 1934 y muerto en 2000. Desde 1968, en que apareció su primer libro, *Valle de los galanes*, fue creando una vasta obra —en teatro, poesía y narrativa— caracterizada por la primacía de la imaginación y la belleza formal. Su minificción apareció en varios de los volúmenes que fue publicando a lo largo de los años, como por ejemplo *La ciudad velada* (1989) y *La sombra del obelisco* (1993). Los textos incluidos en esta antología —“Los verbos de la memoria”, “El resucitador”, “Elegía”, “Ballena mínima”, “Sólo sé”— provienen de *El ladrón de atardeceres* (1998).

PERI ROSSI, CRISTINA. Escritora uruguaya, residente en España, nacida en Montevideo en 1941. Es poeta, periodista y narradora. Tres de los microrrelatos aquí incluidos, los que llevan los números 10, 40 y 14 [sin título], proceden de *Indicios pánicos* (1970), mientras que los dos restantes, "Atlas" y "La naturaleza del amor" han sido extraídos de *Una pasión prohibida* (1987).

PIÑERA, VIRGILIO. Cuba, 1912-1979. Cultivó la poesía, el teatro y la narrativa. En este último sentido, deben mencionarse sus novelas *La carne de René* (1952) y *Pequeñas maniobras* (1963). Sus minificciones se encuentran en los libros de narrativa breve *Cuentos fríos* (1956), de donde proceden "El parque", "El comercio", "La batalla" y "En el insomnio", y en *El que vino a salvarme* (1970), del que hemos tomado "Natación".

PORZECANSKI, TERESA. Uruguay, 1945. "Palabras cruzadas" y "Hobbies", provienen de su libro de cuentos *Ciudad impune* (Montevideo: Monte Sexto, 1986).

REYES, ALFONSO. México, 1889-1959. Uno de los más grandes escritores de su país y de Hispanoamérica. Cultivó una multiplicidad de géneros, de los que dan fe títulos como *Cuestiones estéticas* (1914), *Cuestiones gongorinas* (1927), los cuentos de *El plano oblicuo* (1920), los ensayos de *La experiencia literaria* (1942, varias veces reeditado), *Ifigenia cruel* (teatro) y la compilación de su *Obra poética* (1952). Los microrrelatos aquí presentados provienen de *Las vísperas de España* (1937), libro incluido en el tomo II de sus *Obras completas* (1956).

SAMPERIO, GUILLERMO. Nació en México, D.F., en 1948. Tanto en el microrrelato como en otros géneros, es uno de los más importantes escritores mexicanos actuales. En su obra narrativa figuran: *Fuera del ring* (1975), *Lenin en el fútbol* (1978) y *Textos extraños* (1981). Origen de los textos aquí reproducidos: "Pasear al perro", "La cola" y "Mujer con ciruela" figuran en *Gente de la ciudad* (1986); "Silencia" y "Bebo tu boca", están en Francisca Noguero Jiméñez, ed., *Escritos disconformes* (2004).

SEQUERA, ARMANDO JOSÉ. Venezuela, 1953. Periodista y narrador; sus relatos suelen tener contacto con motivos de ciencia-ficción, o bien relacionarse con momentos pretéritos de la vida en su país. "Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana", y "Andaban en sus manos y en su cabello arrollado de brisas", figuran en su libro *Me pareció que saltaba por el espacio como una boja muerta* (1977); "La tatarabuela Felicia", "Yo no me considero un funcionario corrupto" y "Una sola carne" están en el libro editado por Francisca Noguero Jiméñez, *Escritos disconformes* (2004).

SHUA, ANA MARÍA (Argentina, 1951). Ha producido una importante obra, en constante evolución, que abarca la novela, la literatura infantil, el microrrelato y otros géneros. Las minificciones aquí presentadas provienen de los cuatro libros de microrrelatos que ha publicado hasta ahora: "La sueñera, 117", de *La sueñera* (1984); "Simulacro" y "Caníbales y exploradores", de *Casa de geishas* (1992); "El dios viejo del fuego", de *Botánica del caos* (2000); y "Tarzán", de *Temporada de fantasmas* (2004).

TOMELO, JAVIER. Escritor español, nacido en Quicena (Huesca), en 1935. Tiene en su haber una amplísima obra narrativa, entre la que destaca: *El cazador* (1967), *El castillo de la carta cifrada* (1980), *Amado monstruo* (1985) y *El crimen del cine Oriente* (1995). Varias de sus novelas han sido adaptadas con éxito al teatro. Entre sus recopilaciones de textos narrativos brevísimos se cuentan: *Bestiario* (2000) y *Patíbulo interior* (2000), pero sobre todo destacan sus *Historias mínimas* (1988). Estas piezas tienen la particularidad de estar escritas siguiendo las convenciones del género dramático; no obstante, no parecen estar destinadas a la representación en un escenario, sino a la lectura capaz de recrearlas en otro ámbito, la mente del lector. En este libro hemos seleccionado cinco de las composiciones más sugestivas del volumen.

TORRI, JULIO. Este importante escritor mexicano (1889-1970) dejó una obra reducida, pero de gran prestigio e influencia. Su libro *Ensayos y poemas* (1917), constituido por prosas breves, es un

indudable precursor del microrrelato contemporáneo; junto con *De fusilamientos* (1940) y con sus *Prosas dispersas*, integra el volumen *Tres libros* (1964). Publicó también el manual *La literatura española* (1951), y póstumamente apareció *Diálogo de los libros* (1980). En esta antología, "A Circe" procede de su primer libro, y "El descubridor", del segundo.

URBANYI, PABLO. Escritor, periodista y profesor. Nació en Hungría en 1939 y vivió desde su niñez en la Argentina, país cuya nacionalidad adoptó y donde publicó una extensa obra narrativa. Desde 1977 reside en Canadá. Algunas de sus novelas: *Un revólver para Mack* (1975), *Silver* (1994), *Un héroe de nuestro tiempo* (2004). "El hombre que hablaba solo", "Comunicación" y "El paso del tiempo" aparecieron en la revista *Quimera* (febrero de 2003); "La pregunta correcta" y "La paz", en el libro editado por Francisca Noguerol Jiménez, *Escritos disconformes* (2004).

VALADÉS, EDMUNDO. México, 1915-1994. En la difusión y promoción del microrrelato, tanto en México como en los demás países de habla española, es fundamental la revista *El cuento*, creada y dirigida por Valadés durante un extenso período. También fue muy importante su antología *El libro de la imaginación*, con composiciones de diversas culturas antiguas y modernas (1976). Desarrolló asimismo una obra narrativa propia, en libros tales como *La muerte tiene permiso*, *Las dualidades funestas*, *Sólo los sueños y los deseos son inmortales, palomita* (1986) y *De bolsillo* (1989). Del libro de 1986 provienen "La incrédula" y "La marioneta", y del de 1989, "La búsqueda".

VALENZUELA, LUISA. Argentina, 1938. A lo largo de su nutrida obra narrativa aparecen numerosas piezas brevísimas. Así ocurre en su primer libro, *Los heréticos* (1967), de donde procede "El abecedario"; en *Libro que no muerde* (1980), del que hemos seleccionado "Este tipo es una mina" y "Confesión esdrújula"; y en *Aquí pasan cosas raras* (1975), donde aparecieron "Visión de reojo" y "Política".

## BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Andrés-Suárez, Irene, "Notas sobre el origen, trayectoria y significación del cuento brevísimo", *Lucanor*, 11, 1994, pp. 55-69.
- \_\_\_\_\_, "El micro-relato. Intento de caracterización teórica y deslinde con otras formas literarias afines", *La novela y el cuento frente a frente*, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos, Lausana, 1995, pp. 155-173.
- \_\_\_\_\_, "Tendencias del microrrelato español actual", en Romera Castillo y Gutiérrez Carbajo [2002], pp. 659-673.
- Arias García, Benito, ed., *Grandes minicuentos fantásticos*, Alfaguara, Madrid, 2004.
- Avilés Fabila, René, ed., "Antología del cuento breve del siglo XX en México", *Boletín de la Comunidad latinoamericana de escritores* (México), 7, 1970, pp. 1-22.
- Barrera Linares, Luis, "¿Son literarios los textos ultracortos?", *Quitmera*, 211-212, febrero de 2002, pp. 25-29.
- Borges, Jorge Luis, y Adolfo Bioy Casares, eds., *Cuentos breves y extraordinarios*, Losada, Barcelona, 2000 [1955].
- Brasca, Raúl, ed., *Dos veces bueno. Cuentos brevísimos latinoamericanos*, Desde la Gente, Buenos Aires, 1996.
- \_\_\_\_\_, *Dos veces bueno 2. Más cuentos brevísimos latinoamericanos*, Desde la Gente, Buenos Aires, 1997.
- \_\_\_\_\_, *Dos veces bueno 3. Cuentos breves de América y España*, Desde la Gente, Buenos Aires, 2002.
- \_\_\_\_\_, "El microcuentista demiurgo", *Quitmera*, 211-212, febrero de 2002, pp. 30-34.
- \_\_\_\_\_, y Luis Chitarroni, eds., *Antología del cuento breve y oculto*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
- \_\_\_\_\_, *Textículos bestiales. Cuentos breves de animales reales o imaginarios*, Desde la Gente, Buenos Aires, 2004.

- Bustamante Zamudio, Guillermo, y Harold Kremer, eds., *Antología del cuento corto colombiano*, Universidad del Valle (Colombia), 1994.
- \_\_\_\_\_, *Los minicuentos de Ekuóreo*, Deriva, Cali, 2003.
- Corral, Wilfredo H., "Las posibilidades genéricas y narrativas del fragmento: formas breves, historia literaria y campo cultural hispanoamericano", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XLIV, 2, 1996, pp. 451-487.
- Delucchi, Silvia, y Noemí Pendzik, eds., *En frasco chico. Antología de microrrelatos*, Colihue, Buenos Aires, 2004.
- Díaz, R., y Carlos Parra, eds., *Breve teoría y antología sobre el minicuento latinoamericano*, Samán, Nieva (Colombia), 1993.
- Díez R., Miguel, ed., *Antología de cuentos e historias mínimas (Siglos XIX y XX)*, Espasa Calpe (Austral, 527), Madrid, 2002.
- Epple, Juan Armando, ed., *Brevísima relación. Nueva antología del microcuento hispanoamericano*, Mosquito, Santiago de Chile, 1999.
- \_\_\_\_\_, *Breviario de amores. I*, Lluvia Editores, Lima, 2000.
- \_\_\_\_\_, *Cien microcuentos chilenos*, Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2002.
- \_\_\_\_\_, "La minificción y la crítica", en Nogueroles Jiménez [2004], pp. 15-24.
- Fernández Ferrer, Antonio, ed., *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas*, Fugaz, Madrid, 1990.
- García García, José Manuel, "El aforismo o la tradición de lo hiperbreve", *Quimera*, 211-212, febrero de 2002, pp. 20-24.
- González, Joseluis, ed., *Dos veces cuento. Antología de microrrelatos*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 1998, Prólogo de Enrique Anderson Imbert.

- \_\_\_\_\_, "La extensión de la brevedad: vidas breves y otros recursos del microrrelato", *Quimera*, 222, noviembre de 2002, pp. 18-22.
- González Martínez, Henry, ed., *La minificción en Colombia. Antología*, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2002.
- Jaramillo Levi, Enrique, ed., *La minificción en Panamá. Breve antología del cuento breve en Panamá*, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2003.
- Jiménez Arribas, Carlos, "Minicuento y poema en prosa: un esbozo comparativo", en Romera Castillo y Gutiérrez Carbajo [2002], pp. 703-711.
- Jiménez Emán, Gabriel, ed., *Ficción mínima. Muestra del cuento breve en América*, Fundarte, Caracas, 1996.
- Lagmanovich, David, *Microrrelatos*, Cuadernos de Norte y Sur, Buenos Aires-Tucumán, 1993.
- \_\_\_\_\_, "Sobre el microrrelato en la Argentina", *Foro Hispánico* (Amsterdam), 11 (mayo de 1997), pp. 11-22.
- Mars Checa, Amanda, "El cuento perfecto", *Quimera*, 222, noviembre de 2002, pp. 11-17 [Reportaje con entrevistas sobre el microrrelato en España].
- Merino, José María, "De relatos mínimos", *Ficción continua*, Seix Barral, Barcelona, 2004, pp. 229-237.
- Mora, Carmen de, "El cuento argentino del postboom", *Foro Hispánico* (Amsterdam), 11 (mayo de 1997), pp. 23-40.
- Navagómez, Queta, ed., *100 cuentos brevísimos de Latinoamérica*, Instituto Politécnico Nacional, México, 2000.
- Noguerol Jiménez, Francisca, "Micro-relato y posmodernidad: textos nuevos para un final de milenio", *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLVI, 1-4, 1996, pp. 49-66.

- \_\_\_\_\_, ed., *Escritos disconformes. Nuevos modelos de lectura*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2004.
- Obligado, Clara, ed., *Por favor sea breve. Antología de relatos hiperbreves*, Páginas de Espuma, Madrid, 2001.
- Pérez Beltrán, Ángela María, ed., *Cuento y minicuento*, Página Maestra, Bogotá, 1997.
- Pollastri, Laura, "Los rincones de la gaveta: memoria y política en el microrrelato", *Quimera*, 211-212, febrero de 2002, pp. 39-44.
- \_\_\_\_\_, "Los extravíos del inventario: canon y microrrelato en América Latina", en Noguerol Jiménez [2004], pp. 53-64.
- Rodríguez Romero, Nana, *Elementos para una teoría del minicuento*, Colibrí, Tunja (Colombia), 1996.
- Romera Castillo, José, y Francisco Gutiérrez Carbajo, eds., *El cuento en la década de los noventa*, Visor, Madrid, 2002, pp. 637-742.
- Rojo, Violeta, *Breve manual para reconocer minicuentos*, Equinoccio y Fundarte, Caracas, 1996.
- \_\_\_\_\_, ed., *La minificción en Venezuela. Breve antología del cuento breve en Venezuela*, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2004.
- Sorrentino, Fernando, ed., *35 cuentos breves argentinos. Siglo XX*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1975.
- \_\_\_\_\_, *40 cuentos breves argentinos. Siglo XX*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1977.
- Tomassini, Graciela, y Stella Maris Colombo, *Comprensión lectora y producción textual. Minificción hispanoamericana*, Fundación Ross, Rosario (Argentina), 1998.
- Valadés, Edmundo, "Ronda por el cuento brevísimo", en Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares, eds., *Del cuento y sus alrededores*.

*Aproximaciones a una teoría del cuento*, Monte Ávila, Caracas, 1997, pp. 281-289.

Valls, Fernando, "La 'abundancia justa': el microrrelato en España", en Romera Castillo y Gutiérrez Carabajo [2002], pp. 641-657.

VV.AA., *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLVI, 1-4, 1996 [Dedicado a la minificción]. Coordinado por Juan Armando Epple.

—, *La minificción en Hispanoamérica. De Monterroso a los narradores de hoy*, *Quimera*, 211-212, febrero de 2002, pp. 11-78. Coordinado por Lauro Zavala.

—, *El microrrelato español: el futuro de un género*, *Quimera*, 222, noviembre de 2002, pp. 10-44. Coordinado por Rebeca Martín y Fernando Valls.

—, *El microrrelato hoy*. Sección fija de la revista *Quimera* a partir de su número 226, febrero 2003, y hasta el presente.

—, *Microficciones de Nicaragua. Brevísima antología*, Academia de la Lengua Española, Managua, 2005.

Zavala, Lauro, "El cuento ultracorto: hacia un nuevo canon literario", *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLVI, 1-4, 1996, pp. 67-77.

—, ed., *Lecturas simultáneas. la enseñanza de la lengua y literatura con especial atención al cuento ultracorto*, Universidad Autónoma de México, Xochimilco, 1999.

—, ed., *Relatos vertiginosos. Antología de cuentos mínimos*, Alfaguara, México, 2000.

—, ed., *La minificción en México. 50 textos breves*, Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá, 2002.

—, *El dinosaurio anotado. Edición crítica de 'El dinosaurio' de Augusto Monterroso*, Alfaguara y Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2002.

—, *Minificción mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2003.

—, *Cartografías del cuento y la minificción*, Renacimiento, Sevilla, 2004.

—, *El cuento en red. Estudios sobre la ficción breve*. Revista dirigida por Lauro Zavala. <http://cuentoenred.org>

# Índice

- 7 I. INTRODUCCIÓN  
El microrrelato en  
nuestra cultura.  
DAVID LAGMANOVICH
- 35 II. ORIGEN Y  
DESARROLLO DEL  
MICRORRELATO  
HISPÁNICO
- 37 PRECURSORES  
E INICIADORES
- RUBÉN DARÍO
- 39 Naturaleza muerta
- 40 El nacimiento de la col
- LEOPOLDO LUGONES
- 41 Mr. Bergeret
- 42 El espíritu nuevo
- ALFONSO REYES
- 43 Los relinchos
- 45 Sentimiento  
espectacular
- JULIO TORRI
- 46 A Circe
- 47 El descubridor
- JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
- 48 De sangre seca
- 49 El recto
- 50 La niña
- 51 ¡Abrió los ojos!
- 52 Cuentos largos
- RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
- 53 Él y él mismo
- 54 Yo vi matar a aquella  
mujer
- 55 Sueño del violinista
- 56 El ilusionista
- 57 Cuando nos ahogó una  
cortina
- RAMÓN LÓPEZ VELARDE
- 58 Mi pecado
- 60 Eva
- VICENTE HUIDOBRO
- 61 La joven del abrigo largo
- 62 Tragedia

	MACEDONIO FERNÁNDEZ		AUGUSTO MONTERROSO
63	Un paciente en disminución	86	La tela de Penélope o quién engaña a quién
64	[Sin título]	87	La Oveja negra
65	[Aforismos]	88	Vaca
		89	La brevedad
		90	El dinosaurio
67	LOS CLÁSICOS DEL MICRORRELATO		MARCO DENEVI
	JUAN JOSÉ ARREOLA	91	Teoría sobre Barranca Yaco
69	De un viajero	92	La verdad sobre el canario
70	Camélidos	93	La contemporaneidad y la posteridad
71	De <i>L'Osservatore</i>	94	Nada satisface al resentido
72	Alarma para el año 2000	95	Justificación de la mujer de Putifar
73	Cuento de horror		
	JORGE LUIS BORGES	97	HACIA EL MICRORRELATO CONTEMPORÁNEO
74	Borges y yo		ANA MARÍA MATUTE
76	<i>Argumentum ornithologicum</i>	99	El niño que no llegó
77	Juan López y John Ward	100	El incendio
78	Nota para un cuento fantástico	101	El hijo de la lavandera
79	La trama	102	El otro niño
	JULIO CORTÁZAR	103	El niño que no sabía jugar
80	Cortísimo metraje		MAX AUB
81	Nos podría pasar, me crea	104	[Si no duermo...]
83	Elecciones insólitas	106	[Yo no lo sé...]
84	The canary murder case II	107	[Hacía un frío...]
85	Amor 77		



163	Un crimen	196	Elegía
164	Autobús	197	Ballena mínima
165	El sueño	198	Sólo sé
	JOSÉ MARÍA MERINO		RENÉ AVILÉS FABILA
166	Lejanías	199	Corrección cinematográfica
168	Ecosistema	200	La Esfinge de Tebas
169	Terapia	201	De dragones
170	De fácil acceso	202	Nuevas versiones y más fidedignas de la antigua Grecia
171	Cien	203	El harén de un tímido
	JÁVIER TOMELO		JOSÉ DE LA COLINA
172	II	204	Las sirenas
173	IV	205	Una pasión en el desierto
174	X	206	La culta dama
175	XI		JAIRO ANÍBAL NIÑO
176	XXIV	207	Cuento de arena
	JUAN JOSÉ MILLÁS	208	Fundición y forja
178	Confusión	209	Fábula
180	El absurdo		TRIUNFO ARCINIEGAS
182	La verdad	210	El tamaño del miedo
184	El agente de la Interpol	211	La prueba
186	Escribir a máquina	212	Antídoto para la tristeza
	JULIA OTXOA		LUIS BRITTO GARCÍA
188	Maletas	213	Rubén no:
189	Palomeras de San Roque	214	La canción
190	Tienda de bromas	215	Artes posibles
191	Hans y Gretel	217	Nadar de noche
193	Fábulas	218	Última
	RAFAEL PÉREZ ESTRADA		
194	Los verbos de la memoria		
195	El resucitador		

	ARMANDO JOSÉ SEQUERA		CRISTINA PERI ROSSI
219	Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana	239	Atlas
220	Andaban en sus manos y en su cabello arrollado de brisas	241	La naturaleza del amor
221	La tatarabuela Felicia	243	[Siempre imagino que mi madre...]
222	Yo no me considero un funcionario corrupto	244	[Cuando los alfiles se rebelaron...]
223	Una sola carne	245	[Ella me ha entregado la felicidad...]
	GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN		EDUARDO GALEANO
224	Los brazos de Kalym	247	Garúa
225	Hojas sin sentido	248	El miedo
226	El momento más importante	249	Mujer que dice chau
227	Encuentros lejanos		TERESA PORZECANSKI
228	El hombre invisible	250	Palabras cruzadas
	PÍA BARROS	251	Hobbies
229	Golpe		ISIDORO BLAISTEN
230	Las pieles del regreso	252	Tal vez mañana
231	Estado de perversión	253	El que está escondido y espera
232	Sin claudicar	254	El principio es mejor
233	Trece		LUISA VALENZUELA
	JUAN ARMANDO EPPLE	255	El abecedario
234	Sobre libros no hay nada escrito	257	Este tipo es una mina
235	Tareas gramaticales	258	Visión de reojo
236	Natividad 2000	259	Política
237	S.O.S.	260	Confesión esdrújula
238	Diario de vida		ANA MARÍA SHUA
		261	La sueñera, 117
		262	Simulacro

263	Caníbales y exploradores	289	HIPÓLITO G. NAVARRO Territorios
264	El Dios Viejo del Fuego	290	Almez
265	Tarzán	291	Árbol del fuego
	PEDRO ORGAMBIDE	292	El cóndor posa
266	El incrédulo	293	Isósceles
267	Los mellizos		PABLO URBANYI
269	Aquella victrolera	294	El hombre que hablaba solo
	ANTONIO DI BENEDETTO	295	La pregunta correcta
271	La imposibilidad de dormir	296	Comunicación
273	Durmientes	297	El paso del tiempo
274	La búsqueda del diablo	299	La paz
276	La seducción		ROGELIO GUEDEA
277	Oscurecimiento	300	La mirada oblicua
	EDUARDO BERTI	301	En defensa del oficio
278	Doble vida	302	Los premios
279	Amantes idénticas		JAIME MUÑOZ VARGAS
280	El bis	303	Paz espiritual
281	Este libro no existe	304	Una pesadilla
283	Otro dinosaurio	305	Las mil y una tardes
	RAÚL BRASCA	306	Curso de ética
284	Todo tiempo futuro fue peor	307	Justicia
285	La participación del público		
286	Caracol	309	Referencias biográficas y bibliográficas
287	Los dinosaurios, el dinosaurio	324	Bibliografía complementaria
288	Walt		